

NUESTRAS IDEAS

12 ddt

Años : ~~1957 - 1958 - 1959~~

1960 - 1961

12 ddt



MINISTERIO  
DE CULTURA



# Nuestras Ideas

## En este número:

Editoriales

La crisis económica y su perspectiva  
La guerra no es inevitable

Francisco de OARSO

En torno a algunas cuestiones de interés  
para la lengua vasca

Enrique LISTER

Ante dos falsedades sobre la sublevación  
y la guerra

Miguel HERNANDEZ

Poemas inéditos

Discusión

Pintura  
España y Europa



**Crítica de libros, revistas, cine**



**Notas de lectura**

**julio 1960**

8

**teoría, política, cultura**

**Rivista trimestr**

MINISTERIO  
DE CULTURA



# Nuestras Ideas

Revista trimestral

Redacción-Administración : 45, rue S. Denayer. Bruselas - Bélgica

---

## SUMARIO

	Pág.
<i>EDITORIALES</i>	
La crisis económica y su perspectiva . . . . .	3
La guerra no es inevitable . . . . .	9
<i>ENSAYOS</i>	
<i>Francisco de OARSO</i> : En torno a algunas cuestiones de interés para la lengua vasca . . . . .	11
<i>Enrique LISTER</i> : Ante dos falsedades sobre la sublevación y la guerra . . . . .	21
<i>DISCUSION</i>	
Pintura — « A propósito de una crítica, por Bruno » . . . . .	45
<i>Pascual GARCIA</i> : A propósito de la crítica de una crítica . . . . .	48
<i>A. J.</i> : España y Europa . . . . .	52
*	
Poesía y Verdad: Poemas de Miguel Hernández y de Juan de Juan . . . . .	5
<i>CRITICA</i>	
<i>ENSAYO:</i>	
<i>José Luis SORIANO</i> : Jesuítas y dialéctica . . . . .	64
<i>M. ARRAZOLA</i> : Un libro sobre la tradición progresista . . . . .	70
<i>NOVELA:</i>	
<i>María GUERENA</i> : « Los hijos muertos », de Ana María Matute . . . . .	75
<i>Fermin OLMEDO</i> : « La mina », de Armando López Salinas . . . . .	79
<i>J. IZCARAY</i> : « El Haz y el envés », de José Corrales Egea . . . . .	86

POESIA:

*Fermin OLMEDO*: « En Castellano », de Blas de Otero . . . . . 89  
*Fermin OLMEDO*: « Compañeros de viaje », de Gil de Biedma . . . . . 95

NOTAS DE LECTURA:

*A. L.*: « Romancero della Resistenza spagnola » . . . . . 100  
*Martín DIAZ*: « La boda », de Angel María de Lera . . . . . 102  
*Martín DIAZ*: « Nuevas amistades », de Juan García Hortelano . . . . . 102  
*J. L.*: « La piqueta », de Antonio Ferres . . . . . 103  
*M. NONELL*: « Puerta del Sol », de Ricardo Bastid . . . . . 104

RESEÑA DE REVISTAS:

*Juan VALDES*: « Punta Europa » y la ideología del capital monopolista . . . . . 106

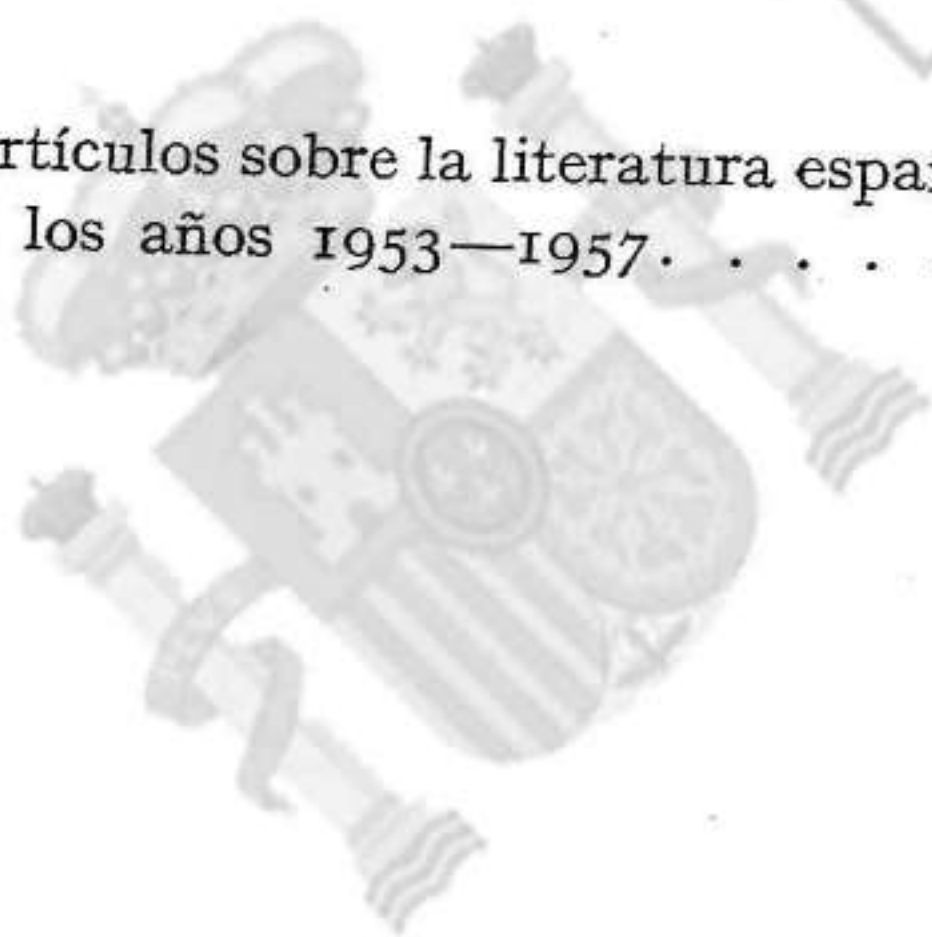
CINE:

*M. ARRAZOLA*: Carta sobre « Sonatas » . . . . . 115  
*P. V.*: Nota sobre la censura . . . . . 120



*Bibliografía*

Libros y artículos sobre la literatura española publicados en Checoslovaquia en los años 1953—1957. . . . . 122



## LA CRISIS ECONOMICA Y SU PERSPECTIVA

Cuando aparezcan estas líneas se habrá cumplido un año de la puesta en marcha del Plan de Estabilización.

Para hacer un balance, ciertos estados de ánimo resultan, a veces, más expresivos que las propias estadísticas.

¿Qué estado de ánimo reina en el Ministerio de Comercio, que dirige Ullastres, alma del Plan?

Su Servicio de estudios ha publicado un número monográfico de « Información Comercial Española », dedicado a la Estabilización. En su pórtico figura la siguiente frase:

« Durante los últimos meses todos hemos oído repetir a muchas personas que el Plan de Estabilización, a pesar de los himnos de alabanza entonados en su honor, ha conducido a España a una situación peor a la de, digamos, 1958 ».

Y, la redacción emprende la penosa tarea de justificar la dura realidad del presente con la descripción minuciosa del desastre que nos aguardaba, en un capítulo titulado, ¿Qué hubiera pasado en España sin el Plan de Estabilización?:

« Asfixia de la economía »; « España sin importaciones »; « el desarrollo económico habría llegado a un callejón sin salida »; « cierre de fábricas »; « fuerte paro », todo ello ilustrado con las fotos de un camión con su destartado gasógeno y de la fatídica cartilla de racionamiento, con su yugo y las flechas y todo.

Al final del número, en las palabras de conclusión, después de haber pasado revista a *algunas* de las ingentes dificultades que no pueden ser soslayadas, los redactores escriben:

« Si el lector siente aquí el pesimismo de enfrentarse con problemas demasiado complejos y graves, quizás pudiera aconsejarse que volviese a páginas atrás y comparase la circunstancia en la que se encontraría hoy nuestra economía de no haber adoptado las medidas estabilizadoras ».

El equipo de economistas reunidos en torno a Enrique Fuentes Quintana, comete aquí un grave error de apreciación política. Ellos intuyen algo que es, indudablemente, cierto. Una parte de la población, concretamente de la burguesía, se resignó en julio de 1959 a aceptar el Plan de Estabilización ante la evidencia de que « así no se puede continuar ». La mentalidad que prevalecía en esas capas en ese momento era: « Nada puede ser peor que lo hoy tenemos ».

El Partido Comunista, conociendo ese estado de ánimo, se dirigió entonces a ellas, diciendo:

« Hay algo peor que *todo* lo que hasta ahora hemos conocido y soportado. Es el Plan de Estabilización económica que *este régimen* va a imponer al país ».

El año transcurrido ha sido el año en el que el conjunto del pueblo ha hecho esta experiencia.

Ante la realidad con su peso aplastante, el error de los responsables del Plan consiste en presumir que los duelos de hoy van a ser soportables por los llantos de ayer, o que la crucifixión de 1960 va a hacer olvidar el calvario de los veinte años anteriores. Se equivocan en redondo. Su argumentación gira en el vacío. Los resortes del gobierno se han quebrado y el país no marcha. Esta sola frase encierra todo el balance de la situación.

En 1959, el dilema era: continuación del régimen agravándose todos sus males con el Plan de Estabilización, o liquidación de la dictadura. Hoy el dilema está dejando de ser dilema porque uno de sus términos se demuestra impracticable. Lo que pasa a primer plano es la *organización concreta* de la liquidación de la dictadura.



La propaganda oficial se esfuerza en hacer olvidar hasta el nombre de estabilización. Ahora estamos en la reactivación. De ella se comenzó a hablar en octubre del año pasado. El gobierno ha puesto en juego todos los instrumentos, económicos y psicológicos, que estaban a su alcance para estimularla. Pero la reactivación no se produce. Ullastres lo ha reconocido explícitamente en su discurso del 2 de junio, en la Feria de Muestras de Barcelona.

Además, ciertos factores objetivos han sido favorables a sus designios. En el plano internacional, la crisis cíclica iniciada en los EE. UU. en la segunda mitad de 1957 y prolongada después en Europa, ha dado paso a la fase de recuperación y más tarde de expansión. Gracias a ello y a otra serie de factores en los que no cabe detenerse aquí, pero que son puramente aleatorios y circunstanciales, determinados renglones de nuestras exportaciones se han visto particularmente favorecidos. Los organismos internacionales, por razones de índole política, han mostrado la mayor condescendencia en la exigencia de parte de los compromisos contraídos por el régimen al establecer el Plan.

Y, pese a todo, la reactivación no aparece. La crisis persiste. ¿Cómo explicarlo?

Las razones son, al mismo tiempo, económicas y políticas.

Las razones económicas parten de la gravedad intrínseca de los problemas que están hoy planteados en España. Son los problemas básicos de la distribución, de la tierra, del atraso de la agricultura, de la falta de un mercado interior, de la debilidad del desarrollo capitalista, del grado de monopolio y de dominación logrado por el capital financiero, del capitalismo monopolista de Estado, de las deformaciones introducidas por una pseudoindustrialización realizada a golpe de inflación y con el solo norte de obtener beneficios elevados y fáciles; es el déficit crónico de nuestra balanza comercial, la corrupción de la dictadura, el despilfarro de recursos en gastos improductivos y parasitarios y tantos y tantos otros. En el marco de esta gravedad, las medidas profundamente reaccionarias y antinacionales del Plan de Estabilización sólo podían conducir a los resultados que se han puesto de manifiesto.

El filo acerado del Plan está dirigido contra el nivel de vida de las masas. Los trabajadores, como consecuencia de los despidos, del paro parcial, de la desaparición de las horas extraordinarias, de los pluses y de las primas, han perdido una parte importante de su poder adquisitivo. El hecho lo reconoce todo el mundo. Lo único que se debate es si el descenso es de un 25 ó de un 40 por ciento.



En todo caso, una caída tan brutal del poder adquisitivo de la masas ha agravado y extendido la crisis y es la causa fundamental de su prolongación.

De otra parte, el índice del coste de la vida sólo ha crecido muy débilmente desde julio de 1959. Esto es cierto y se presenta por el régimen como un gran éxito del Plan. En realidad ha sido la crisis y no el Plan la que ha mantenido relativamente estables los precios. Para ser más exactos habría que decir: han sido las alzas provocadas por el Plan como consecuencia de la devaluación, del aumento de las tarifas y precios oficiales y de los impuestos — junto con el elevado grado de monopolio que existe en el país — lo que ha impedido que se produzca una importante baja de precios. Ahora bien, es la baja de precios lo que facilita en los períodos de crisis cíclica la liquidación de los stocks, preparando así las condiciones de la fase siguiente, la recuperación. Esto no se ha producido a causa del Plan, contribuyendo a la prolongación de la crisis.

Por la naturaleza misma del régimen, la contracción del gasto público ha afectado exclusivamente a los sectores productivos. (Por ejemplo: las inversiones — públicas y privadas — previstas en obras y maquinaria para riegos bajan de 2.812 millones de pesetas, en 1959, a 1.989 millones, en 1960; las inversiones en la ganadería, de 5.217 millones a 565. ¡Quedan reducidas casi a una décima parte!; las inversiones en Enseñanza, obras sociales y otras construcciones, bajan de 4.374 millones a 3.771). Por el contrario, los gastos previstos en el Presupuesto del Estado, para los tres Ministerios militares, pasan de 15.301 millones de pesetas en 1959, a 16.130, en 1960. En las medidas tomadas por el gobierno para estimular la reactivación, los recursos disponibles han sido canalizados, no a los sectores que mayor influencia pueden ejercer sobre el conjunto de la actividad económica, sino a aquéllos que más interesan a la oligarquía. Por ejemplo, el Estado ha tomado a su cargo, mediante los llamados créditos de prefinanciación, los planes de inversión de tres grandes empresas del Banco Urquijo, mientras el Crédito agrícola, que en 1958 dispuso de 1.800 millones de pesetas, este año no dispondrá más que de 150, con lo que quedan paralizados cientos de proyectos de inversión de otros tantos empresarios agrarios.

Pero las razones económicas, con ser tan fundamentales, no bastan para explicar la situación. Su acuidad sólo puede explicarse por razones políticas.

La resistencia, la lucha contra el Plan, toma de día en día mayor envergadura. La clase obrera, en condiciones particularmente difíciles, combate en fábricas y lugares de trabajo contra las consecuencias concretas de las medidas del Plan. Utilizando un símil militar, la clase obrera está librando una dura batalla de desgaste contra la ofensiva lanzada por el enemigo, en la que las fuerzas de éste van siendo contenidas y diezmadas. Los trabajadores realizan contraataques parciales, en tanto preparan sus fuerzas para su gran ofensiva, en las nuevas condiciones creadas.

Una característica de la resistencia y de los contraataques de los trabajadores es su elevado contenido político, como han puesto de manifiesto la acción de « Pegaso »; las concentraciones ante los Sindicatos; las manifestaciones de Sevilla, Tarrasa, Córdoba y otros lugares; las decenas de manifestaciones de parados en los pueblos andaluces; la huelga de Sanlúcar de Barrameda; la concentración de regantes de Lorca, etc., etc. Se lucha directamente contra el Plan y, por consiguiente, contra el gobierno y, en definitiva, por la liquidación de la dictadura.

Una prueba de la envergadura que alcanza esta lucha la tenemos en el freno que hasta ahora ha logrado ponerse, en numerosos casos, a la aplicación de una de las medidas claves del Plan de Estabilización: los despidos en masa; en la confusión que reina en los Sindicatos verticales y en la consternación que gana a muchos de sus jefes; en la obligación en que se han encontrado las jerarquías de la Iglesia de publicar su Declaración colectiva en la que, al mismo tiempo que dan su respaldo a la política del gobierno, ponen en guardia contra los riesgos de la extensión del paro que puede constituir « una peligrosa amenaza para la paz de

la sociedad», y, sobre todo, por el manifiesto de las HOAC del 1º de Mayo, que constituye un acto político de gran importancia. Ante el impacto de estos hechos, el gobierno se ha precipitado a redactar un llamado « Proyecto de Ley de Bases de Aplicación Social del Impuesto y del Ahorro », cuyo carácter lunático, tan en contraste con la realidad del país, revela por sí solo hasta qué punto son agudas las contradicciones entre las camarillas y hasta qué grado ha llegado la descomposición de la dictadura.

Las consecuencias tangibles del Plan, la prolongación de la crisis, la falta de reactivación, tienen las más amplias repercusiones en el seno de la burguesía no monopolista y de los campesinos. Son incontables los empresarios — industriales, comerciantes y agrarios — que están hoy, literalmente, comiéndose sus fortunas y sus negocios. La reacción de estos sectores se manifiesta no sólo en las exigencias gremiales y profesionales que continuamente están presentando en los más diversos sectores, en la oposición al incremento de las cargas tributarias, en las denuncias de uno u otro aspecto del Plan, sino también en un incremento considerable de la actividad y de las luchas políticas parciales, de los que son sus representantes sociales.

En este renglón hay que anotar en lugar destacado el eco, la acogida que en estas capas encuentra la lucha por la amnistía y contra la represión y la participación directa en esa lucha de los intelectuales, los Colegios de Abogados y numerosos representantes de la Iglesia; la exigencia de libertades democráticas, en el documento firmado por un nutrido grupo de dirigentes universitarios; la defensa de la cultura catalana y de su idioma por los intelectuales de Cataluña; los incidentes promovidos por la oposición durante la estancia de Franco en Barcelona y, sobre todo, el documento entregado el 30 de Mayo a sus respectivos Obispos por centenares de sacerdotes vascos, que plantean abiertamente la cuestión de la liquidación de la dictadura y del restablecimiento de todas las libertades democráticas.

Ante la gravedad de los problemas y bajo la presión de la resistencia y de la lucha de las masas, las contradicciones entre las camarillas se han agudizado en grado extremo en los últimos meses. Manifestaciones estentóreas de estas contradicciones las tenemos en la salida de Arrese del gobierno y su carta pública de ruptura con Navarro Rubio; en las discrepancias en cuanto al ritmo en que deben efectuarse los despidos en masa; en las disputas en cuanto a los medios de financiación del Instituto Nacional de Industria y en cuanto al destino ulterior de sus empresas; en la revelación del nuevo escándalo de la huída de divisas en el que aparecen complicados los hombres de mano de los negocios de Nicolás Franco . . . Incluso en el seno de cada una de las camarillas, las discrepancias se manifiestan públicamente y, por no citar más que el caso de la más compacta y homogénea, el Opus Dei, cada día son más notorias las diferencias entre los dos hombres que echaron sobre sus espaldas el peso fundamental de la aplicación del Plan, Ullastres y Navarro Rubio.

La oligarquía financiera tampoco está satisfecha y ciertos de sus representantes lo manifiestan abiertamente. En el plano exterior, nuestro capital monopolista se encuentra hoy enfrentado con un verdadero dilema hamletiano. De un lado, por sus posiciones de clase, se siente impulsado hacia la integración en los organismos europeos occidentales, dominados por los grandes trusts monopolistas, pero, de otro lado, teme la integración porque tiene plena conciencia de su extrema debilidad relativa frente a los colosos a que habría de enfrentarse. De momento, comienza por dotarse de un arancel acusadamente proteccionista, que está en contradicción con los objetivos del Plan y habrá de ser revisado en cuanto comience la confrontación internacional arancelaria, y por oponerse a la liberalización en todos y en cada uno de los sectores concretos en que sus intereses aparecen amenazados. Es bien notable el cambio de tono perceptible en este terreno. Hace un año, todo eran cánticos a la integración. Hoy en día, lo que domina (por ejemplo, en el « Diario de Barcelona », portavoz de Mateu y Plá, representante de

la oligarquía catalana) son las puestas en guardia contra la integración e, incluso, la denuncia completa de una tal perspectiva.

En el plano interior, la oligarquía reprocha al gobierno que « la estabilización se está haciendo a costa del sector privado »; que no se ha dado un solo paso en la liberalización interior; que el ritmo a que se procede en los despidos en masa no corresponde a las exigencias del Plan; que es preciso destinar más recursos — incluyendo la « contrapartida de la ayuda americana » — a respaldar a las grandes empresas; que no se facilita con la suficiente rapidez el incremento de los beneficios . . .

¿Cuál es el sentido de todas estas críticas?

Para proseguir la vía de la liberalización y la integración, la oligarquía necesita reforzar de una manera drástica y radical sus posiciones internas. En las condiciones de nuestro país, ello sólo puede lograrse a costa de una explotación implacable y de una reducción sin precedentes del nivel de vida de los trabajadores; de una expoliación realizada a paso de carga de los campesinos y de la burguesía no monopolista. La oligarquía se encuentra con que su poder, la dictadura de Franco, no se muestra capaz de llevar adelante al ritmo deseado una tal tarea.



Este conjunto de factores económicos y políticos, que explican el fracaso de los intentos de estimular la reactivación y que dan la medida de la gravedad de la situación en que se encuentra el país, han sido reconocidos sin ambages por Ullastres, en su discurso del 2 de Junio.

En cuanto los factores económicos, Ullastres ha declarado:

« Está en juego la vida de todas y cada una de las empresas españolas y el tufuro de la economía española ».

Así, ni más ni menos. ¿Cómo pretender que el país puede resignarse a que su destino siga en las mismas manos que en veinte años de poder omnímodo le han conducido a semejante trance?

Pero, al mismo tiempo, Ullastres, dirigiéndose a un auditorio formado por la burguesía y la gran burguesía catalana, le ha increpado:

« Vosotros tenéis pesetas ahora, pero no tenéis voluntad de utilizarlas ».

. . . . « Hay del orden de los 30.000 millones de pesetas a disposición de los españoles ».

. . . . « Os digo que hagáis lo que queráis, que consumáis o que ahorréis, pero que en ningún caso, atesoréis ».

. . . . « Os reprocho que ni consumís, ni invertís ».

Para terminar, después de ofrecerles pesetas, divisas, créditos, arancel proteccionista y todo lo que deseen, con tal de que abandonen su actitud inhibitoria, con esta admonición:

« Si así lo hacéis, que Dios y la Patria os lo premien y si no . . . que os lo perdonen ».

Es decir, con otras palabras, si os mantenéis en esa posición: ¡que Dios nos coja confesados!

Es preciso insistir en que los frutos que hemos conocido en este año de aplicación del Plan de Estabilización no son más que las primicias; que los problemas más arduos y de mayores consecuencias sociales están aún por delante. Los despidos en masa van a acentuarse, tal es la lógica implacable del Plan (de hecho, tras la demagogía demencial del último Proyecto de Ley de Bases, lo que trata de ocultarse es el anuncio del incremento de los despidos).

La perspectiva más realista de la evolución inmediata es que desaparezca el superávit de la balanza exterior, sin que se haya producido la reanimación interna.

Es decir, que podemos encontrarnos en una situación aun más dramática que la que se produjo al agotarse totalmente las reservas, en los primeros meses de 1959.

Desde el punto de vista económico, la alternativa no se presenta entre la continuación de la política de estabilización o la vuelta a la inflación. Esto, ni lo permiten las condiciones objetivas ni sería admitido por el país. Lo que éste exige es la liquidación de la dictadura y que, frente a la vía reaccionaria monopolista por la que se han dirigido los destinos económicos de España en las últimas décadas, se abra la vía democrática que permita abordar sus problemas básicos de acuerdo con los intereses de la inmensa mayoría de los españoles, promoviendo una auténtica industrialización, un desarrollo económico más armónico, utilizando todos los recursos internos y apoyándose en una intensificación de las relaciones comerciales y crediticias con todos los países.



Un año de aplicación del Plan de Estabilización ha hecho madurar la conciencia de que es indispensable poner fin a la dictadura de Franco y de que el camino para lograrlo, en el espíritu de la reconciliación nacional, es la intensificación de la lucha de masas, que culmine en la huelga nacional pacífica.

A la maduración de esta conciencia ha contribuido poderosamente la evolución de la situación internacional caracterizada, ante todo, porque la correlación de fuerzas ha cambiado definitivamente en favor de las fuerzas de la paz.

Los últimos acontecimientos internacionales, en Corea, en Turquía, en el Japón, vienen a confirmar plenamente la justeza de las soluciones que desde las páginas de «Nuestras Ideas» venimos proponiendo para resolver el problema político de nuestro país. Esas experiencias demuestran que ni el terror, ni el apoyo y la presencia de los norteamericanos bastan para salvar a los regímenes corrompidos y odiados por el pueblo; demuestran también que el Ejército, llegado el momento, cuando las masas se lanzan resueltamente a la calle, no se bate por el dictador, sino que le abandona a su suerte.

Todas las condiciones objetivas se dan hoy en nuestro país para poner fin a la dictadura. Para que las condiciones subjetivas lleguen a su punto de eclosión, lo decisivo es impulsar el desarrollo de la lucha de masas y lograr la unidad, la coordinación de todas las fuerzas de la oposición, de izquierda y de derecha.

Para impulsar el movimiento de masas, hay que organizar resueltamente toda suerte de acciones parciales económicas y políticas. Hay que dar el paso decisivo de que todas las fuerzas de oposición se reúnan en torno a una mesa redonda y procedan a elaborar el plan de acción y la alternativa política que debe suceder a la dictadura.

En toda esta labor, a la que la marcha de los acontecimientos concede una dramática urgencia, el papel de los intelectuales puede ser muy considerable.

Desde aquí saludamos todo lo que han hecho en los últimos meses, que es ya mucho y muy importante. Pero, el más alto de los deberes, el interés nacional en un momento de trascendencia histórica, exige de ellos que den un nuevo paso.

Después del documento de los sacerdotes vascos tendría una inmensa repercusión en el país que la intelectualidad española planteara abierta y públicamente que ha llegado la hora de que sean restablecidas las libertades democráticas, de que se dé a nuestro pueblo la posibilidad de decidir libremente sobre su propio destino.

Así prestarían a España el más señalado de los servicios.

*28 de junio de 1960*

## LA GUERRA NO ES INEVITABLE

Como todas las ideas leninistas, la idea de la coexistencia pacífica es una noción sencilla, con un gran dinamismo lógico, lo cual la hace asequible a las más amplias masas, lo cual hace que pueda convertirse en una fuerza material impresionante, al prender profundamente en aquéllas. En realidad, junto al poderío militar y económico de la Unión Soviética, junto a los cohetes intercontinentales y a los éxitos del plan septenal, el factor decisivo que ha hecho cambiar la correlación de fuerzas en escala mundial, a favor del campo socialista, reside precisamente en esa movilización universal en defensa de la paz, de la coexistencia pacífica, contra el imperialismo.

Una simple ojeada a los acontecimientos de estos últimos tiempos, y muy especialmente a los de estas últimas semanas, permite ver cómo los éxitos de los pueblos en la lucha contra el imperialismo están vinculados, cómo están, en última instancia, *determinados* por las victorias de la coexistencia pacífica. Para elegir un solo ejemplo: ¿hubiera sido concebible el abandono de Syng Man Rhee por sus amos yanquis, en el período de la guerra fría? Es claro que no. Es claro que los yanquis, que han hecho al pueblo coreano una guerra larga y sangrienta para mantener a Syng Man Rhee en el poder, que han gastado miles de millones de dólares en ayuda militar al régimen surcoreano, se hubieran batido en su defensa, si los acontecimientos de hace unas semanas se hubiesen producido en pleno desarrollo de la guerra fría.

El supuesto anterior, claro está, sólo se hace a título de ejemplo; es un supuesto abstracto. Porque, en verdad, *en el período de la guerra fría no hubieran sido posibles las manifestaciones de masa que acabaron con Syng Man Rhee*; en aquel período no se habría producido la actitud de neutralidad del Ejército surcoreano, que ha constituido, de hecho, una ayuda a las fuerzas de la oposición. Coexistencia pacífica y liquidación de los regímenes tiránicos son dos aspectos, dos caras de un mismo proceso histórico, del proceso mundial de transición hacia el socialismo, de desarrollo de la lucha de clases, en escala mundial, bajo las formas de la coexistencia pacífica.

Por ello, la política de la coexistencia pacífica, en todas sus implicaciones, es la única política realmente revolucionaria. Y no sólo porque es la mejor política frente al imperialismo, la política que más amplio apoyo de masas facilita en la lucha con el imperialismo, sino también porque es una política que obliga a las fuerzas revolucionarias, a los partidos marxistas leninistas, a pensar por cuenta propia, a aplicar creadoramente los principios generales de nuestra teoría, a salirse de los moldes establecidos, a liquidar la fraseología. Y no hay cosa más revolucionaria, precisamente, que el acabar con la fraseología, con la repetición mecánica de fórmulas que pudieron ser justas en sus tiempos. No hay, por el contrario, cosa más antirrevolucionaria que confundir el marxismo con el molino de rezos

tibetano, seguir repitiendo conceptos sobre el imperialismo de 1914 o de 1939, olvidándose de que estamos en 1960.

Dentro del conjunto de nociones y de directrices que abarca la concepción leninista de la coexistencia pacífica, la más importante, sin duda, la que conviene destacar — y éste es uno de los méritos históricos del PCUS en su XX y en su XXI Congresos — es la idea de que, en las condiciones actuales de la correlación de fuerzas entre el socialismo y el imperialismo, la guerra ya no es inevitable, que es *realmente* posible conjurarla. A este respecto, los acontecimientos de estos últimos meses, desde el derribo del avión-espía U-2 hasta las manifestaciones de masa del Japón, muestran a los ojos de los hombres del mundo entero cómo es posible hacer que retroceda el imperialismo, cómo es posible imponerle paso a paso la coexistencia pacífica, impedir que recurra de nuevo a los métodos de la guerra fría.

Estas tesis sobre la coexistencia y sobre las posibilidades de conjurar la guerra en nuestra época forman parte integrante — y así acaban de recordarlo los Partidos Comunistas y Obreros de los países socialistas, reunidos a finales de junio en Bucarest — del programa de principios del movimiento comunista y obrero contemporáneo. Nunca se insistirá bastante en ello, y «Nuestras Ideas» dedicará especial atención a estas cuestiones capitales en sus próximos números.

Para nosotros, españoles, para nuestro país, cubierto de bases yanquis de las que pueden despegar los aviones de la provocación y del espionaje imperialistas, estos problemas de la paz, del fortalecimiento de la distensión internacional, de la lucha por el desarme y por la liquidación de las bases militares en territorios extranjeros son problemas vitales. En el despliegue de una gran campaña de lucha por la paz en nuestro país, los intelectuales españoles tienen un puesto que ocupar. Un puesto muy importante. De Corea, de Turquía, del Japón nos llega, como ejemplo y como estímulo, la experiencia del papel desempeñado en los movimientos de masas por los estudiantes, los profesores, los intelectuales en general. De España misma, de nuestro inmediato contorno, mil signos precursores, decenas de iniciativas y de acciones parciales nos dicen que ha llegado el momento de movimientos más amplios, más radicales, contra la dictadura, por la paz, por la democracia.

Pero aquí, como en todo, el movimiento se demuestra andando. En marcha, pues.

2 de julio de 1960

# ENSAYOS

## EN TORNO A ALGUNAS CUESTIONES DE INTERES PARA LA LENGUA VASCA

por Francisco de OARSA

A pesar de ser una lengua varias veces milenaria y no conocersele origen, la lengua vasca no forma en la actualidad una lengua con una gramática y unas reglas completamente comunes a todos los vascos que la hablan y escriben. La lengua está ramificada en distintos dialectos, de los cuales los principales son el vizcaíno, el guipúzcoano, el labortano, el suletino y el bajo-navarro.

Inseparablemente unido a la ignorancia de los orígenes del pueblo vasco se halla el desconocimiento de las raíces originarias de la vieja lengua de los vascos. Los etnógrafos y los lingüistas se encuentran aquí en un callejón sin salida. El euzkera no está emparentado con ninguna lengua de tipo indo-germánico ni de otra familia.

Los lingüistas han buscado y rebuscado. Relacionaron y cotejaron nuestro idioma. Unos han creído ver ligazones de vieja cepa con el antiguo finés, estos otros hallaron algunas semejanzas entre el húngaro y el euzkera, en tanto que hay algunos que encuentran razones para pensar que el euzkera proviene del Cáucaso, por ciertas similitudes con algunos idiomas allí existentes. Por su parte, con sincera candidez, el presbítero marquinés Pedro Astarloa (1748—1821) creía que el euzkera era la lengua que Adán y Eva hablaban en el Paraíso terrenal.

¡Causa admiración a los lingüistas esta ignorancia de los orígenes de nuestra milenaria lengua! Y los doctos y profanos coinciden al decir: «Sabemos que la lengua vasca se pierde en las brumas vaporosas de la prehistoria, conocemos relatos de la antigüedad que nos hablan ya de su remota existencia ... pero ¿cómo ha podido conservarse hasta nuestros días?»

Evidentemente, hay en esto una idealización, paralela, además, a la idealización que se ha hecho particularmente por parte del nacionalismo vasco, en cuanto al carácter del pueblo vasco como raza-isla, sin orígenes conocidos, sin parentesco. Son muchísimos los vascos que todavía se estremecen de orgullo por la respuesta dada por el vasco al de Montmorency: «Los vascos no datamos».

En la prehistoria y en la antigüedad, reclusos en las montañas, defendidos por los rocosos acantilados frente al mar, los vascos resistieron durante siglos a todo contacto y comercio con el exterior. Se negaron a dejarse dominar per-

**manentemente por los conquistadores romanos**, particularmente los vascos que habitaban las regiones abruptas y montañosas del norte de Navarra, de Guipúzcoa y de Vizcaya. La arqueología muestra que el impulso de romanización fué bastante desigual para el conjunto del país. Mientras en los actuales territorios de Guipúzcoa y de Vizcaya hay poquísimos vestigios que indiquen el sometimiento y la asimilación de los vascos al Imperio (vestigios que informan sobre la explotación de algunas minas, como, por ejemplo, la de Arditurri, en Oyarzun), en la ribera de Navarra y en la llanada de Alava se han encontrado vestigios mucho más importantes que hacen presumir la probabilidad de una penetración considerable de la civilización romana. Estos vestigios son variados y residen en elementos comprobados de las vías seguidas por los romanos, especialmente para su comunicación con la Aquitania, en piedras utilizadas para construcciones residenciales o templos, en restos murales, estatuas, relieves, monedas e infinidad de otros testimonios.

Por eso la idea de un aislamiento perpetuo del pueblo vasco mantenida hasta hace poco tiempo va perdiendo terreno, pues ya aparece como insostenible a muchos estudiosos e investigadores objetivos. Aunque esos elementos que la arqueología suministra son fragmentarios, contribuyen a mostrar los frágiles fundamentos de las afirmaciones que absolutizan el aislamiento del pueblo vasco. Si hay signos particulares importantes de aislamiento, éstos no son ni permanentes ni generales. Ese apriorismo que toma como punto de partida el aislamiento del pueblo vasco ha levantado construcciones artificiosas en torno a la historia de nuestro país, a sus instituciones políticas y a las relaciones sociales existentes en su seno y, también, en torno a la lengua, construcciones que están frecuentemente en contradicción con las condiciones en que se ha desarrollado la realidad objetiva.

Julio Caro Baroja, en el prólogo de su interesante obra « Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina » (Universidad de Salamanca 1946), dice que « al señalar en la lengua vasca una porción de elementos románicos o latinos muy considerables se enojará, sin duda, a muchos amantes del particularismo local ». Esa porción considerable se manifiesta no sólo en el léxico, sino también en el carácter de muchos sufijos.

Y, aparte de las influencias romanas y románicas, el pueblo vasco ha conocido el contacto con los visigodos, con los sarracenos y ha vivido en contigüidad con pueblos de cultura diferente a la suya, con influencia recíproca, más o menos grande, sobre los usos y costumbres y sobre el idioma. En su docta obra « Estudios sobre la poesía vasca » (Editorial Ekin, Buenos Aires, 1951), Jesús María Leizaola, efectuando visiblemente una digresión del tema general de la obra, observa ciertos casos de influencia de la lengua vasca sobre la **langue d'oc**, afirma que el gascón no es otra cosa que el hablar latino popular así convertido por el fuerte contacto con nuestra lengua, y cita algunos ejemplos para justificar su aseveración. No vamos a entrar en polémica en cuanto a esta influencia sobre el gascón, pero si éste era primitivamente latín popular, no hay la menor duda que la influencia de los elementos latinos del mismo ejercieron recíprocamente su influencia (probablemente más poderosa) sobre el euzkera.

Resulta evidente que hay entre el euzkera y las lenguas vecinas, más poderosas y de cultura más desarrollada, un contacto y una interacción. Pero también será necesario que aquí no se caiga en exageraciones, ni en sutilezas de erudito. Si en su poema sobre la guerra de los albigenses Guillermo de Tudela deslizó una o dos palabras vascas, de ahí no puede inferirse influencia alguna del euzkera sobre la lengua languedocina, sino las influencias del euzkera sobre Guillermo de Tudela, ciudad de habla vasca por la época. Caso distinto al de Gonzalo de Berceo, que escribió sus poemas en « román paladino », en el castellano de la época, y que en ellos deslizó más de un euzkerismo, resíduos del euzkera que se hablaba en la Rioja, a muy poca distancia de donde escribía el poeta. En la etimología de varios centenares de palabras incorporadas al diccionario de la lengua castellana hay



raíces vascas. Esto ya lo ha hecho observar Miguel de Unamuno. En cuanto al euzkera es natural que habiendo sufrido la presión constante del latín, del latín popular o lenguas romances contiguas, del francés y del castellano, ello se manifieste en el léxico de todos sus dialectos de manera considerable. Cuando hacemos referencia a la presión alienígena sobre el euzkera conviene no tomar la palabra en sentido peyorativo, pues contrariamente cabe pensar que tal presión ha ejercido una influencia favorable para que el desarrollo de los distintos dialectos se realizara a través de la historia sin romper la coherencia y la unidad idiomática del euzkera.

Ejemplos notorios y múltiples de esas influencias existen en todos los dialectos vascos y se encuentran incorporados en el léxico común del idioma. Así, aunque el vocablo arcaico *lili* sirve también para designar la flor, ésta se dice comúnmente *lore* y la elisión de la *f* no oculta por ello su origen latino. Y con *lore* vienen sus derivados: *loretegi*, *lorealor*, *loretsu*, etc. Otro tanto ocurre con *gurutze*, igual *cruz*, igual *crucem*; *maindiria*, igual *sábana*, igual *mantiliam*. Y así en una gran parte del léxico vasco.

Julio Caro Baroja, en su citada obra, cuya lectura y estudio han sido provechosos para esclarecer algunas cuestiones que aparecían confusas para el autor de esta trabajo, estima que es posible que «en la época romana los vascones, los várdulos y los caristios tuviesen sus dialectos dentro de un idioma común». Eso, en el caso particular, no es más que una suposición no acompañada de elemento probatorio alguno, pero tiene la particularidad de corresponder plenamente a la línea general del desarrollo histórico de todas las lenguas primitivas: lengua de gens, lengua de tribu, lengua de federación de tribus, lengua donde la base de la comunidad ya no es el parentesco sino la comunidad de territorio.

Caro Baroja, respondiendo a una pregunta que le hiciera don Angel Irigaray sobre si las ramificaciones dialectales no serían un fenómeno que se produjo en la Edad Media como consecuencia de la influencia de la Iglesia, considerada ésta como órgano cultural, califica de sutiles las observaciones de Irigaray, pero ni las admite ni las refuta directamente, aunque las refuta indirectamente al situar ya en la época romana la diferenciación dialectal del euzkera.

La observación de Irigaray no parece atinada y menos lo será si se admite la existencia de diferentes dialectos en la época romana, ya que las exigencias de las nuevas condiciones de vida y el impacto de la lengua de los invasores pudo manifestarse de diversa forma en las comunidades vascas con un habla de tronco común pero que iban aislándose entre sí. Y aunque parezca paradójico y contradictorio desde el punto de vista de la lógica formal, en el desarrollo histórico el latín litúrgico de la Iglesia, como órgano cultural, no ejerció función dispersiva sino función de reunión, de coherencia. Y ello por la razón de que el rito religioso, los oficios, las oraciones, la divulgación de la doctrina cristiana que hubo de acompañar necesariamente a la evangelización del pueblo vasco, hizo aparecer en éste nuevos conceptos, de la misma manera que el lento desarrollo técnico trajo la necesidad de nuevas herramientas en la labranza y en la artesanía, y el desarrollo económico nuevas relaciones sociales, políticas y jurídicas, con su correspondiente necesidad de conceptos nuevos que sin el elemento aglutinante de origen latino habrían de expresarse con palabras formadas con los escasos materiales del fondo propio en cada dialecto, generalmente todos ellos cumplieron esas necesidades acudiendo a voces prestadas del latín o de lenguas de él derivadas.

La separación de los vascos en entidades políticas distintas, su aislamiento secular entre sí tendía a la acentuación de las ramificaciones dialectales, y el aspecto cultural de la Iglesia y otras influencias de la lengua y de la cultura heredada de los romanos ejercían una influencia aglutinante. La dialéctica de estos dos elementos contradictorios ha presidido el desarrollo de nuestro idioma. Su estructura gramatical y la mayor parte del léxico original de cada dialecto muestran

el tronco común de una lengua que en el pasado fué posiblemente más tosca, pero más unida que la que actualmente conocemos.

Terminado el aislamiento medieval, los vascos de aquende y de allende el Pirineo, como todos los pueblos, acentuaron sus relaciones con los otros que convivían dentro de un mismo Estado e incluso con los que se hallaban fuera de él, por lo que las influencias exteriores sobre la lengua se intensifican. Esto se observa en su literatura, tanto hablada (poesía popular) como escrita. La primera obra publicada en letras de molde fué la traducción del Nuevo Testamento, hecha por Lizarraga en 1571, bajo el título de « Testamentu Berria » y que contiene muchas influencias francesas y latinizantes. En otras obras la aportación es del castellano. En muchas de ellas no hace falta ir al texto, con el título basta. El sacerdote Argiñaratz publicó en 1641 un libro de piedad titulado « Abisu ta Exortazione Probecosoak » (Avisos y Exhortaciones Provechosas). Un segundo libro suyo, publicado en 1665, lleva por título « Devoten Breviarioa » (Breviario de los devotos). Y eso sin hablar de las aberraciones todavía recientes, tales como las contenidas en el manual de doctrina cristiana del P. Astete, versión « euzkérica », con su « Jaungoikoa infinitamente poderosa, savioa », con su « **principioa eta fina** », como nos lo hace recordar un reciente artículo de Basarri.

Eliminados esos errores, la literatura escrita favorece objetivamente, junto al mayor contacto de los vascos entre sí, la unificación del idioma. Pero, por otra parte, la diferenciación dialectal en cuanto al empleo de los sustantivos, adjetivos y de otras partes de la oración que no sea el verbo no tiene una importancia esencial.

Que la expresión de un concepto sea variada, que la designación de un objeto sea múltiple, según los dialectos, es algo que no ofrece dificultad mayor, y dará, por el contrario, una riqueza adicional al idioma a través de la gama de sus palabras sinónimas. Por lo demás, es un fenómeno que se da en todas las lenguas. Fruto de su larga experiencia por tierras salmantinas, Miguel de Unamuno hizo pertinentes observaciones acerca de la variedades de palabras de origen castellano-leonés que han entrado como aportación de esta región al fondo común de la lengua castellana.

El verbo, en el idioma vasco como en todo idioma, es con el sustantivo elemento esencial de todo el proceso discursivo. En los distintos dialectos de nuestra lengua tenemos verbos que significando lo mismo tienen radicales dispares, flexiones que no son concordantes, desinencias diferentes. Esa es, indudablemente, la tarea más importante en la unificación del idioma, en la tarea de hacerlo más homogéneo y en la que junto a la actividad de los gramáticos ha de concurrir la acción del tiempo, porque de él se necesitará para que el pueblo recoja y asimile las modificaciones que la favorezcan.



Pero aparte de estos problemas que pudiéramos llamar intrínsecos de la lengua, parte de los cuales no hemos hecho más que enunciar, existen otros de vital importancia para el euzkera.

Voces se han elevado desde el nacionalismo vasco que han calificado a los campesinos vascos de ser los guardianes de la nacionalidad vasca, de ser los depositarios del idioma. Esa afirmación creo que es tendenciosa y errónea.

La población rural ha desempeñado un papel importante en la conservación multiseccular del euzkera. Eso nadie lo pone en duda, pero el idioma no debe ser considerado como una reliquia en custodia que se transmite de generación en generación, sino como un instrumento vivo y perdurable de relaciones humanas. Mientras en estas relaciones la vida rural tuvo un peso preponderante es natural que eso se manifestara en el idioma. La propia rusticidad de éste lo confirma. Pero cuando la vida social del país se transforma, operándose tales cambios en la correlación de clases y grupos sociales hasta el punto de que hoy el sector

rural sea minoritario en el conjunto de país, su contribución al mantenimiento y desarrollo del idioma no es más que una parte de la tarea que incumbe a todos los sectores del pueblo: los campesinos y los habitantes de las zonas urbanas los proletarios de las zonas fabriles, los hombres de la montaña y los del llano. El ideal expresado en el poema de Emeterio Arrese «Basatiaren Oyua», además de selvático es suicida. Y entre todas las capas y clases sociales el proletariado vasco tiene que jugar en esta tarea un papel de primer orden. Es más: sin interesar al proletariado en esta tarea, como en otras en torno a los derechos nacionales de Euzkadi, y en general en todas las cuestiones de carácter democrático, no se puede pensar en una recuperación estable y duradera del euzkera. Y no solamente en la zonas industriales y urbanas, sino también entre los campesinos y los pescadores del litoral.

Desde la creación de la gran industria vizcaína, desde que las minas de hierro de Vizcaya empezaron a ser explotadas intensivamente, desde la aparición de centros metalúrgicos y de otras ramas industriales en Euzkadi, el desarrollo industrial atrajo al país a decenas de millares de trabajadores procedentes de distintas provincias, que en una vida de luchas y trabajos adquirieron conciencia de clase proletaria y se vincularon realmente al país, **habiendo asimilado la idiosincrasia** del mismo y bastantes hasta su idioma, incluso.

Debido a las condiciones técnicas, económicas y sociales creadas por el desenlace de la guerra civil, la victoria del franquismo trajo como consecuencia un aumento considerable de la mano de obra en las principales ramas industriales de Euzkadi. Esta mano de obra la suministraron, como en el pasado, Castilla, Extremadura, Andalucía y otras regiones. Es un movimiento demográfico que tiene repercusiones indudables e importantes en el país y a las cuales tampoco escapa el idioma.

La actitud que se sigue hacia esos obreros por parte de ciertos elementos nacionalistas de tipo xenófobo no es la más adecuada para proteger el desarrollo de nuestra lengua. Como antaño llamaron «maketos» a todos los trabajadores que procedentes de las zonas campesinas de la Península venían a Euzkadi, ahora han inventado el mote de «coreanos» como designación de todos aquéllos que han venido a tierra vasca. Los vascos tenemos que resolver esta cuestión de modo realista y justo. El fenómeno de la afluencia de mano de obra venida de fuera al País Vasco es algo que puede ser previsto y estudiado en su perspectiva, en su devenir, pero los millares de familias que se han avecindado, que se han instalado en el País, que van asimilándose a él, que trabajan, que sufren y luchan en Euzkadi, quedarán permanentemente, definitivamente en el País, pues su instalación es ya un fenómeno irreversible, ya que nadie puede pensar seriamente en devolver a sus lugares de origen a esos millares de trabajadores y a sus familias.

Deberá ser una preocupación constante nuestra ayudar a esos millares de familias a que se asimilen a nuestro país. Tenemos que ganarles para la causa de los derechos nacionales de Euzkadi, para la causa de la defensa y desarrollo de nuestro idioma. Eso es posible, eso es hacedero. Comencemos, los vascos euskaldunes, por hacer que el euzkera que se hable ante ellos no lo consideren como una especie de reto, y que no haya en ningún **euzkeldun** ni animosidad ni hostilidad hacia ellos. Que haya cordialidad y convivencia y que ésta ceda el paso, en última instancia, a la fusión. Deberemos mostrarles que nuestra lengua no es una jerigonza, persuadirles e inclinarles a que tomen cariño y estima por nuestro idioma, que se preocupen por conocerlo y aprenderlo.

En los últimos veinticinco años el uso del euzkera en los diferentes dialectos ha disminuído muy sensiblemente, cosa que preocupa muy seriamente a todos los euzkerófilos, y duele profundamente a las gentes sencillas del pueblo. Particularmente desde el advenimiento de la brutal dictadura franquista el fenómeno se ha dejado sentir, estúpido sería negarlo. El movimiento renacentista del euzkera, iniciado y desarrollado al calor de la República, fué parado en seco por el fran-

quismo. Desaparecieron los periódicos escritos en euzkera. Prohibido fué el teatro vasco, lapidados los nombres euzkéricos de plazas y de calles y castellanizados los nombres de tantísimos niños vascos que tenían sus patronímicos con acusadas resonancias vasquizantes.

No cabe duda que el franquismo, al querer detener el desarrollo democrático del país, consiguió en lo que concierne a nuestro idioma contener el avance renacentista que comenzaba a manifestarse pujante. Pero sería ilusorio creer que sólo el régimen franquista es el causante de los males que aquejan al euzkera. El régimen franquista no tiene raigambre duradera, está ya en su ocaso, en su agonía definitiva. Si ésa fuera la causa esencial podría esperarse un porvenir fácil y radiante para nuestro idioma.

A pesar de las persecuciones sin cuento, el franquismo no ha podido matar el sentimiento nacional vasco, no ha podido asestar los golpes que esperaba a la lengua vasca, y ante la pujanza creciente de la lucha del pueblo vasco por sus derechos democráticos y nacionales se ve obligado a hacer concesiones, a dar marcha atrás, a simular ahora un cariño y un interés por nuestra lengua que jamás tuvo, bien al contrario. En los últimos años ha abierto una cátedra de lengua vasca en la Universidad de Salamanca, permite el funcionamiento de la Academia de la Lengua Vasca, ha puesto en funcionamiento la Real Sociedad de Amigos del País, — que con su lema *Irurak-Bat* fué fundada a fines del siglo XVIII por los caballeros de Azcoitia, por los Munibe, Altuna, Samaniego, hombres formados en el período de la Ilustración, algunos de ellos corresponsales de la Enciclopedia, y que fundaron la Sociedad para el fomento de la literatura, de la ciencia y de las artes, para el desarrollo y el progreso del país, cuyo nombre preclaro es usurpado actualmente por gentes retrógradas y oscurantistas. La Diputación de Navarra acordó establecer en el seno de la Institución Príncipe de Viana una Sección dedicada al fomento del vascuence en la comarca de la Barranta, en cuyos pueblos corre riesgo de desaparición la lengua vasca. El Obispado de Vizcaya realizó hace algún tiempo la edición de un catecismo en euzkera, para que los niños de las zonas rurales aprendan en la lengua materna la doctrina cristiana. En Vitoria se ha abierto una Sección del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo», en el Instituto «Ramiro de Maeztu», donde se imparte enseñanza de la lengua vasca. Actualmente se publican revistas y periódicos en lengua vasca que hace años estaban prohibidos como crimen nefando. En Vitoria, el diario «El Pensamiento Navarro» publicó hace algo más de dos años, por primera vez desde su fundación hace veinticinco años, un artículo escrito en lengua vasca. En el Ateneo Guipúzcoano se dan conferencias en vascuence. Vuelven a representarse obras teatrales vascas, y las casas editoras, muy particularmente la Editorial Itsaropena, de Zarauz, han publicado numerosos libros escritos en lengua vasca.

Actualmente, en el pueblo, se siente una preocupación acusadísima por el empleo del euzkera. Son numerosísimos los grupos de vascos que se organizan en club de estudio y uso del idioma. En la calle, en los bares, en los cafés, en todos los lugares públicos hay, ostensiblemente, esta preocupación. El pueblo ha tomado en sus manos la defensa del idioma, y las carantoñas franquistas actuales expresan la extremada debilidad de su régimen, incapaz de enfrentarse a ese movimiento.

Al mismo tiempo que una autodefensa y un propio fortalecimiento por su uso, el hablar en euzkera es un arma política contra el régimen franquista, esto es indudable. Pero ¡ay! eso por sí solo no es suficiente. La defensa del euzkera está íntimamente ligada a la defensa de los derechos nacionales de Euzkadi, estrechamente ligada al desarrollo de una lucha efectiva, constante y tenaz contra la dictadura franquista, por proporcionar una salida democrática al país. Por eso, las reivindicaciones en defensa del euzkera deben estar unidas a las reivindicaciones obreras, populares y democráticas.

Hay múltiples maneras de plantear esas reivindicaciones en torno a la lengua. Por ejemplo, son numerosas las villas vascas que tienen escuelas municipales. ¿No sería posible que en esas villas todos los amantes del euzkera, independientemente de condición social, de credo político, se dirigieran, usando el derecho de petición reconocido por el llamado Fuero de los Españoles, a las autoridades municipales pidiendo el restablecimiento de la enseñanza del euzkera en dichas escuelas? ¿No sería posible hacer otro tanto en las escuelas que mantienen las Diputaciones?

Eso para empezar, porque luego podría extenderse también a las escuelas nacionales, a las Escuelas Normales que preparan maestros y maestras que van a dedicarse a la enseñanza en el País Vasco, para lo cual deberían exigirles los conocimientos bilingües necesarios a su labor docente entre los niños vascos ... Y así sucesivamente.



El hombre debe trabajar sobre el fondo que ha recibido. Lo justo de esa afirmación aparece en muchas disciplinas, y adquiere una extraordinaria nitidez en los problemas de la lingüística, en los problemas que están relacionados con el desarrollo de los idiomas. Nosotros, los vascos, tenemos que trabajar con el fondo de nuestro propio idioma, al cual no le faltan raíces que juiciosamente reunidas entrambas o sufijadas puedan dar paso a la formación de los neologismos que la vida contemporánea exige para que el euzkeldun las utilice en la conversación o en la escritura, pero ¡cuidado! no nos encaminemos por la angostura del chovinismo limitador que llevaría al idioma a asfixiarse en su propia salsa.

Esto no quiere decir que el trabajar sobre ese fondo implique el que no efectuemos el acarrero de materiales necesarios procedentes de un fondo exterior a nuestra lengua. Es más, puede afirmarse que ese acarreo es imprescindible. El euzkera tiene que renovarse, y para ello hay que abandonar la tendencia hacia un purismo ridículo. Es una tendencia dañina para el euzkera la tendencia exclusivista de formar los neologismos que la vida moderna exige hoy a cada idioma a base de los radicales y sufijos extraídos del propio idioma. Un primer resultado negativo es que el pueblo que habla el euzkera no comprende él mismo esos neologismos, algunos de ellos, por no decir la mayoría, formados de una manera retorcida. Eso está en contradicción con la dinámica del desarrollo de los idiomas en general, y del nuestro en particular. No son los areópagos de lingüistas y académicos los que van a desarrollar el idioma. Ese desarrollo es obra del pueblo.

Hay que confiar en esa obra creadora. Estar atentos a ella, estimularla. Una obra útil que está por hacer es el inventario de palabras vascas y vasquizadas que el pueblo tiene en su acervo. Algo sobre esto han hecho algunos investigadores ilustres. No es una obra inmediata, pero la necesidad de su realización surgirá imperiosamente cuando tengamos un régimen democrático en el país. Ese inventario lo podrían hacer los municipios a base de la comisión de cultura de cada corporación municipal, con la participación directa de las gentes del pueblo. Se recogerían no sólo las voces que ya van cayendo en desuso, los cantos y los modismos, los viejos refranes o « esaera zarrak », los nombres de los viejos y nuevos aperos de labranza, los de los pájaros, de los animales de tiro, de corral y otros; los nombres de las semillas, de los abonos animales y químicos, de la lluvia y del buen tiempo, sino también los nombres de las herramientas y de las máquinas en fábricas y talleres, los nombres de los metales, de las aleaciones, de los procesos productivos. Obra común toda ella de hombres y mujeres del pueblo, de labradores y obreros, de técnicos, de hombres de profesiones liberales, de escritores y de artistas.

El euzkera tiene que renovarse. Si no, está condenado a languidecer, camino de su extinción. Y hay que renovarlo enriqueciéndolo con nuevos vocablos. Hay que reconocer que el lenguaje popular hablado es muy limitado y que está tachado, además, de importantes lagunas; eso es evidente. Nuestra lengua debe

convertirse no solamente en lengua «para andar por casa», un idioma que se hable solamente en los caseríos o en algunos puertos del litoral, sino en una lengua apta para el intercambio de ideas en toda la sociedad vasca.

Precisemos bien esto. Trátase aquí de la vía a seguir si se quiere que el euzkera llegue a ser lo que no es aún, ni con mucho: un instrumento para el trabajo discursivo del pensamiento y para su expresión hablada o escrita, lo suficientemente elaborado para cubrir las exigencias que plantea el intercambio de ideas en la sociedad contemporánea. La función de la lengua en la sociedad es la de la inteligencia en general, por lo que inteligencia, lengua y sociedad implican una trilogía inseparable, donde el desarrollo de una presupone el de las otras dos, sin ninguna disyunción posible. Una lengua, con su gramática y fondo lexical, debe satisfacer las necesidades de la sociedad. Ya lo dijo con agudeza el poeta y filósofo materialista Lucrecio: «fué la necesidad la que produjo los nombres de las cosas».

La lengua debe desarrollarse al mismo tiempo que la sociedad. No puede concebirse desarrollo de la sociedad sin el correspondiente desarrollo del idioma. Si el euzkera ha quedado retrasado, si está insuficientemente desarrollado, es que en la vida intelectual de la sociedad se ha introducido, a través de un proceso histórico secular, un vehículo que le suple, o que le completa y hace sus veces: el castellano. El desarrollo de la sociedad se manifiesta en lo que es su vida, sus ocupaciones, sus adquisiciones en el terreno de las ciencias y de las artes, en sus gustos y en su uso, los cuales no permanecen estáticos, sino que están en constante fluir y movimiento.

Esta empresa podrá llevarse a cabo si se toma como base el impulso creador del pueblo. Hay que acudir a él para aumentar el léxico. Aunque parezca mentira, el ejemplo nos lo da el Eibar de antaño. Allí todo el mundo hablaba el euzkera: en casa, en el taller, en la Casa del Pueblo, en el café, en el mercado y en el campo. Lo hablaban los viejos, los jóvenes y los niños. Los que se apellidaban Lizardi como los que se llamaban Fresnedo. ¿Que en su labor de creación el pueblo eibarrés cometiera excesos y se permitiera licencias? De eso no hay duda; pero, por otra parte, mostró la manera de hacer el aporte necesario para incrementar el léxico de nuestro idioma. La Academia de la Lengua Vasca debe recoger el aporte de ese tipo, pasarlo por el cedazo, corregir, enmendar, devolver al pueblo, de manera elaborada, gramaticalmente hablando, lo que el pueblo de antemano ha creado.

El pueblo aportará, hablándolo, escribiéndolo, los elementos nuevos que darán al idioma la savia que necesita. Entre esas aportaciones habrá alguna que otra aberración, posiblemente, que el académico y el gramático criticarán, corregirán y, en algunos casos, rechazarán.

La ciencia, la técnica, el arte, las actividades filosóficas, políticas y de todo orden contemporáneas ¿pueden ser bien expuestas, con plena propiedad y exactitud a través de nuestro idioma vasco? ¿Es apto el euzkera, en su desarrollo actual, para que el hombre pueda expresarse mediante él acerca de las múltiples actividades y conocimientos producto de la civilización? No, evidentemente, no. Tengo ante mis ojos un manual de Física, escrito en castellano. ¿Estaríamos en condiciones de redactar ese manual en euzkera, en un lenguaje consagrado y comprendido por el pueblo, sin que pierda sus calidades científicas? Mi respuesta es negativa.

Prosigamos con el ejemplo de la Física. Creo que nuestro idioma no está preparado para que mediante él se pueda hacer un enunciado de las propiedades físicas de los cuerpos, sus leyes, etc. Si tratáramos de explicar la ley del equilibrio de la palanca sólo con voces de origen euzkérico nos veríamos indudablemente en un aprieto. Y no digamos los inconvenientes que tendríamos para explicar los fenómenos eléctricos y electromagnéticos. Hay algunos autores que traducen **electricidad** por **tximist-indar**. Traducción muy desafortunada, y eso porque lo que en castellano y en todas las lenguas modernas se dice tomando una raíz griega, en vasco ha de decirse a base de la asociación de dos palabras vascas.

Pero mientras que el concepto de electricidad es claro, científico, y es base para la formación de otras palabras de su familia, **tximist-indar** no lo es, y además en su etimología expresa un concepto erróneo. Separando las dos palabras unidas tendremos **tximist**, que es rayo o relámpago, e **indar**, que significa fuerza. Ahora bien, el rayo no es electricidad sino un fenómeno eléctrico, puesto que el rayo es producto de la diferencia de potencial existente entre dos nubes con carga eléctrica opuesta. Por eso, aunque el académico o gramático purista se inclinase por **tximist-indar** la chispa del genio popular anduviera más acertada diciendo «elekttrizidatea».

Y lo mismo sucede con otras ramas de la ciencia, de la técnica y de las artes. Hay que ir a la vasquización resuelta de innumerables palabras de tipo universal. Para los que en el terreno de los problemas de la lengua quieren que el vasco se recluya en sí mismo, como dicen algunos que se reclusa nuestro pueblo retirándose del contacto de otro, según la tradición del árbol Malato, esto sonará a blasfemia, pero los vascos que quieran conservar y desarrollar nuestra lengua comprenderán que no hay otro camino.

Quien firma con el seudónimo de «Adiskide Berri» ha publicado en «Egan», suplemento literario del boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, redactado por el Seminario de Filología «Julio Urquijo», correspondiente a Mayo-Agosto de 1957, una entrevista con el Padre Plácido Múgica, en la que éste, explicando el carácter que quiere dar al diccionario vascocastellano-, castellano-vasco que prepara, indica que, para bien del euzkera, a su juicio, en lo que concierne a cuestiones técnicas hay que acudir a otros idiomas, al castellano, al latín, al griego. Como se ve esto está completamente de acuerdo con lo que acabamos de decir por nuestra parte, puesto que, además, estas voces extraídas del fondo de otras lenguas no impiden, como sucede con frecuencia en lengua alemana, por ejemplo, la formación de neologismos formados con radicales del propio idioma. Sin embargo, el Padre Múgica es partidario de la eliminación en su diccionario de muchas palabras que él llama «doctas» (exactamente dice «dotore», pues la entrevista se hizo en euzkera), arguyendo que esas palabras son ininteligibles para el pueblo y que es mejor suministrarle expresiones más sencillas, que está en mejores condiciones de comprender, tomando como raíces voces del fondo de nuestra propia lengua.

Esas razones no son suficientemente válidas. Hay vocablos que son origen o raíz de numerosísimas palabras derivadas, que entre ellas forman lo que se llama una familia. Eso en la técnica, en las ciencias, en la filosofía, tiene gran importancia. No se trata, evidentemente, de dar al pueblo sencillas adaptaciones al euzkera de voces técnicas extrañas porque sí. El ejemplo de **litofagia** que el Padre Plácido Múgica expone es tan ininteligible para el aldeano de Elduayen como para el campesino de Pampliega. Sin embargo, los especialistas tendrán necesidad de ese vocablo. Y los vascos no tenemos por qué rompernos la cabeza buscando la construcción de neologismos puramente vascos cuando basta simplemente con vasquizar aquellas voces que ofrezcan ventajas indiscutibles.

Entre las comunicaciones presentadas en el Congreso Mundial Vasco, Sección Cultural, hubo varias que propugnaron, creo yo que con tino y buen sentido, por el bilingüismo, y otras que propugnaron la enseñanza en Euzkadi a base del euzkera como lengua única, extirpando de raíz el castellano. Esta última posición encierra muchas cosas y, sobre todas, una cantidad incalculable de estupidez. El gobernante que intentara aplicar semejante barbaridad se desacreditaría definitivamente ante los ojos de nuestro pueblo, puesto que prestaría un flaco servicio al euzkera, que en vez de resurgir y cobrar nueva pujanza, por el peso de las propias condiciones objetivas, se hundiría irremisiblemente. El euzkera no sobrevivirá como lengua única, sino que se desarrollará a través del bilingüismo.



Antes de la Revolución de Octubre, Rusia era «una cárcel de pueblos». La revolución socialista dirigida por el P. C. U. S. terminó con la opresión nacional y colonial en el vasto territorio de la Unión Soviética. Pueblos que anteriormente no habían logrado formarse como nación lo lograron. Numerosos pueblos que anteriormente no tenían ni alfabeto, ni literatura, poseen hoy una lengua en plena expansión y desarrollo. El Quijote no ha podido ser traducido todavía al euzkera, pero hay versiones en numerosas lenguas de los libres pueblos soviéticos.

En China, la lengua y la cultura de los pueblos que forman el gran país son objeto de solícito cuidado y atención por parte del Partido Comunista y del Gobierno chinos. El artículo 3 de la Constitución de la República Popular China establece que «todas las nacionalidades (de la R. P. China) son iguales en derechos. Toda discriminación y opresión respecto a una nacionalidad están prohibidos. (...) Todas las nacionalidades gozan de la libertad de utilizar y desarrollar su lengua y su escritura ...». Experimentados lingüistas de la Academia de Ciencias de China estudian las características de las lenguas y de los dialectos en uso en los distintos pueblos, a fin de crear una base sobre la cual podría establecerse para estos pueblos una lengua escrita. Para las nacionalidades que poseen una lengua escrita se han hecho ediciones de libros de texto para los niños, para escolares de secundaria, libros técnicos, científicos, de literatura política y económica y otros. Particularmente grande ha sido el esfuerzo realizado en los idiomas uigur, mongol y kazako. En el Tibet se ha emprendido la edición de obras escolares y de un diccionario tibetano-chino.

Todos los pueblos citados tienen además periódicos, revistas, estaciones de radio, cinematógrafos, teatros, etc., en su lengua nacional.

Nosotros queremos para el idioma vasco posibilidades de desarrollo, en toda su plenitud. Queremos para nuestro idioma facilidades, ayudas, comprensión, y no odio, trabas y coerción como le ha traído el franquismo, aunque ahora aparente tener una actitud distinta. Hace más de ciento cincuenta años el filólogo Guillermo de Humboldt no daba a nuestra lengua más que veinticinco años de existencia. Y un vasco eminente, Miguel de Unamuno, en Juegos Florales famosos declaraba en Bilbao que el euzkera estaba muerto y debería ser embalsamado y guardado en un túmulo. Pero el euzkera vive ...

Vive y vivirá porque el pueblo está interesado así. Vive y vivirá porque la clase obrera y las fuerzas populares de Euzkadi saben que la defensa del idioma, además de la justa solución de sus problemas intrínsecos, está íntimamente ligada a la defensa y desarrollo de la **cultura nacional vasca**, a la consecución de sus aspiraciones nacionales en el cuadro de una España independiente y democrática.



## ANTE DOS FALSEDADES SOBRE LA SUBLEVACION Y LA GUERRA

por Enrique LISTER

En la propaganda de la dictadura ocupa cada día un lugar mayor la « explicación » franquista de la sublevación, de la guerra y de todo lo que tiene relación con ese período y con el establecimiento en España del régimen actual.

Entre las acusaciones que desde todas partes llueven sobre la dictadura, ocupa el primer lugar la de su origen. De ahí que el dictador y los que aún le apoyan se desgañiten tratando de demostrar la necesidad de la sublevación, su carácter « nacional y patriótico », presentándola como una explosión de casi todo el país, encabezada por las fuerzas armadas en pleno, lo que bastaría para justificarla y para legitimar al régimen.

Ligada estrechamente a esta « explicación », aparece en la propaganda franquista la versión — no menos falseada — de la participación de extranjeros en la guerra de España y del papel de los comunistas en la misma.

Durante veintitrés años, en todos sus escritos, los franquistas han venido repitiendo machaconamente que si la guerra duró tres años fué por culpa de los comunistas, quienes, merced a las Brigadas Internacionales, con el apoyo de algunos españoles engañados y con la ayuda de la Unión Soviética, pudieron hacer la guerra a los « nacionales » e imponérsela, al mismo tiempo, a los españoles de la zona republicana.

Estas « explicaciones » y esta propaganda franquistas están dirigidas, fundamentalmente, a las nuevas generaciones y, entre ellas, a los jóvenes miembros de las fuerzas armadas, a quienes la dictadura se esfuerza por mantener en el engaño, tratando así de evitar su incorporación decidida al gran movimiento de reconciliación nacional que va ganando a los españoles, independientemente del lado en que ellos, sus padres o sus hermanos, hayan estado durante la guerra. Esta propaganda y estas « explicaciones » — acompañadas de toda una serie de medidas orgánicas — tienen, asimismo, por objeto reagrupar en torno a la dictadura a los españoles que durante la guerra combatieron, más o menos voluntariamente, del lado franquista.

Sin pretender, ni mucho menos, decir la última palabra sobre cuestiones tan amplias y complicadas como son la sublevación franquista y la participación de

extranjeros en nuestra guerra, vamos, sin embargo, a referirnos a ellas, con el único propósito de cooperar a la reconciliación de los españoles, la gran obra nacional y patriótica que Franco y sus camarillas odian y combaten con tanto afán.

Recurriremos con frecuencia a textos franquistas — algunos de ellos de hace dieciocho y veinte años — y a documentos alemanes e italianos del período de la guerra de España, conservados secretos hasta hace unos años. Creemos que estos textos de ayer ponen al desnudo, con claridad irrefutable, la falsedad de lo que hoy todavía siguen afirmando el dictador y los que aún le sirven.

¿Quién se sublevó en España?

Según la propaganda oficial, la mayor parte del país y, prácticamente, la totalidad de las fuerzas armadas. Según la verdad histórica, se sublevó, ayudada por el fascismo italo-germano, una minoría de la población, una coalición de fuerzas reaccionarias en las cuales las determinantes fueron: en lo social, la oligarquía financiera-terrateniente; en lo militar, la casta militar africanista que constituía, en 1936, el sector más reaccionario de los mandos del Ejército. (Los jefes llamados « africanistas » son los que constituyen la actual casta militar franquista).

En lo que se refiere a la generalidad de las fuerzas armadas, la verdad verdadera es que sólo una parte reducida de las mismas participó en la sublevación y que la mayoría de ellas se conservó fiel al régimen democrático. La única verdad es que en gran parte de las guarniciones de la Península no hubo ni intento de sublevación siquiera; que en otras, los intentos de los mandos fascistas fueron cortados por los mismos militares leales; que hubo guarniciones o unidades sublevadas donde la sublevación fué aplastada por la acción conjunta del pueblo y de las fuerzas armadas fieles a la República; y que, finalmente, en aquellos lugares en que triunfó la sublevación, fué a costa del engaño y del fusilamiento de cientos de militares fieles a la democracia, entre ellos doce generales y un almirante.

Pero pasemos a examinar más concretamente la sublevación en algunos puntos fundamentales del país, apoyándonos, para hacerlo, en los relatos de los propios « historiadores » franquistas de la misma.

## Madrid

La sublevación llegó a producirse en el Regimiento de Artillería de Getafe; pero fué rápidamente aplastada por la acción conjunta de las fuerzas de aviación, Guardia Civil y de las Milicias.

Más seria fué la sublevación en el Cuartel de la Montaña, donde se habían concentrado grupos de falangistas y militares de otros cuarteles y retirados. La sublevación fué aplastada también por la acción conjunta de militares leales, fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto y las Milicias. Facilitó mucho la toma de este cuartel la actitud que adoptaron, dentro del mismo, una gran parte de las clases, de los suboficiales, e incluso algunos oficiales, que no estaban dispuestos a luchar contra el pueblo.

En la mayor parte del resto de los cuarteles de la guarnición de Madrid, no hubo el menor intento de sublevación, y en los pocos en que lo hubo fué cortado por los mandos y los soldados fieles a la República.

En cuanto al regimiento de Transmisiones de El Pardo, algunos jefes lograron, con engaños, llevarlo a Segovia, donde le obligaron a participar en la sublevación, después de fusilar o encarcelar a los mandos y soldados leales que había en el mismo.

## Barcelona

Aquí hubo intento de sublevación en varios cuarteles y en algunos de ellos los jefes fascistas lograron sacar a la calle a los soldados, con engaños e incluso emborrachándoles. Parte de los mandos sublevados eran militares retirados u

oficiales de complemento que — con varios centenares de fascistas, vestidos de soldados — fueron introducidos en los cuarteles. Unos y otros fueron aplastados por la acción combinada de las masas y de las fuerzas de la Guardia Civil, Asalto, Intendencia y otras fuerzas militares que, con sus jefes al frente, y desde el primer momento, pasaron a la acción contra los sublevados, luchando con gran decisión. Al mismo tiempo, cuando los soldados que habían sido sacados a la calle con engaños tomaban contacto con el pueblo, abandonaban a los oficiales fascistas y se pasaban a las filas de las fuerzas leales.

Pero dejemos que hablen los mismos franquistas:

« En el alzamiento militar — en Barcelona — participaron con el mismo espíritu entusiasta y resuelto varios grupos de paisanos; muchos de la Falange del Tradicionalismo, Renovación Española y voluntariado español, que estaban de acuerdo con el espíritu de la conspiración y que habían participado en sus preparativos. La mayoría de ellos se presentaron en el Parque de Artillería de San Andrés, en el Regimiento de Badajoz, en el de Caballería de Montesa y en el 1.º de Montaña, donde se les proveyó de uniforme y armas. Algunos eran jóvenes oficiales de complemento, que acudieron vistiendo el antiguo uniforme ».

(« El Alzamiento, la Revolución y el Terror en Barcelona » — obra publicada en Barcelona en 1943 — pág. 97)

« El Regimiento de Alcántara n.º 14 era una de las unidades donde las opiniones estaban más divididas, pues aunque el coronel, Crispulo Moracho, izquierdista y masón relevante, había procurado agrupar en torno suyo al mayor número de indeseables, aún quedaban algunos elementos adictos al espíritu nacional ». (Idem., íd. pág. 37.)

« Antes de que saliera a la calle la segunda agrupación — del Regimiento de Artillería n.º 7 —, el general Legorburo ordenó al capitán Reinlein que organizase a los paisanos que se habían presentado en el cuartel y a los que se había armado convenientemente en el Parque de Artillería, inmediato al edificio, para que formasen parte de las fuerzas de protección de la batería.

« Para cumplir el encargo, Reinlein se trasladó al citado Parque, en donde se hallaban congregados cerca de dos centenares de paisanos. Eran en su mayor parte jóvenes elementos pertenecientes a los grupos del voluntariado español, Renovación Española y Comunión Tradicionalista... Todos ellos obedeciendo al capitán de caballería retirado don Ramón Ros Martínez, que iba como jefe.

« Después de formarlos, el capitán Reinlein les arengó brevemente, terminando con gritos de ¡ Viva España!, ¡ Viva la República! » (Idem. íd. pág. 63.)

« El cometido que se había adjudicado al Parque (se refiere al Parque del Ejército n.º 4) era el de abrir sus puertas a 1.800 paisanos que — según le había sido prometido al capitán López Varela — deberían presentarse en el momento preciso, y armarlos, distribuyendo una parte para que se agregasen a la tropa en misión de protección de las baterías, y la otra para que defendiese los edificios e interceptase el tránsito de los elementos marxistas por la carretera.

« A eso de las diez de la noche del mismo día 18, comenzaron a llegar al cuartel los paisanos que se esperaba. Se les pedía el santo y seña, que era: Fernando Furriel, Ferrol, y una vez contestado se les dejaba entrar y se les facilitaban las armas y uniformes ». (Idem. íd. pág. 67.)

En cuanto a las guarniciones del resto de Cataluña, se conservaron fieles a la República, siendo reducidos a la obediencia por sus propios compañeros los elementos fascistas comprometidos, que en algunos lugares intentaron arrastrar a las tropas a la sublevación.

## Asturias

Como se demuestra en otro lugar con una cita de Aznar, la sublevación en Asturias se venía preparando desde mucho antes, a pesar de lo cual fué un fracaso en toda la provincia y estuvo a punto de serlo también en Oviedo, único lugar en que triunfó.

Aranda, después de concentrar en el cuartel a 100 soldados de cuota y a 858 fascistas — a los que armó y vistió de soldados — encargó al comandante Caballero que se apoderase traicioneramente del cuartel donde estaba el grupo de Asalto. He aquí lo que dice Aznar en su « Historia Militar de la Guerra Española » sobre este episodio, tan característico de los métodos empleados por los sublevados:

« El comandante Caballero cumplía su cometido con valor y acierto admirables; casi sin lucha se apoderó del cuartel y redujo a los oficiales y soldados rojos, salvo al comandante del grupo y una decena de soldados que se refugiaron en un calabozo y fueron muertos al día siguiente cuando salieron atacando con granadas de mano ». (Aznar, « Historia Militar ... », pág. 216.)

« Por tanto, el número de combatientes inicial fué como máximo dos mil doscientos; » (Idem. id., pág. 243.)

« El enemigo (es decir, los defensores de la República (E. L.) contaba con tres o cuatro mil hombres con fusiles procedentes del año 1934; de la Guardia Civil de Sama de Langreo y La Felguera; de la Guardia Civil de Gijón; de dos compañías de Infantería de Simancas que se pasaron al enemigo — es decir, que quedaron fieles a la República — el día 20 de julio; de la compañía de guarnición de Trubia; la compañía completa de Asalto de Gijón y la casi totalidad de fuerzas de Carabineros de la Costa. (Idem. id., pág. 242.)

En el resto del territorio de la provincia, que quedó en poder de la República, no se produjo, por parte de los partidarios de la sublevación, ninguna otra acción que merezca detenerse en ella. Por el contrario, en la zona que quedó en poder de los sublevados, se produjeron acciones de lucha de gran importancia que desmienten la « unanimidad » de la sublevación pregonada por la propaganda franquista.

## Logroño

« Apenas el coronel García Escámez abandonó Navarra y se internó en la provincia de Logroño, fué avisado de que la ciudad de este nombre, lejos de haber sido ya dominada por la guarnición de Artillería, ofrecía el peligro de incorporarse al Frente Popular y por lo cual era necesario que las fuerzas navarras hicieran acto de presencia y resolvieran una situación poco tranquilizadora. *El Comandante Militar de la Plaza, general Carrasco, no se unía al alzamiento*, con lo cual las masas sindicales comunistas y sindicalistas podían actuar sin limitaciones e imponerse a sus adversarios. Hubo, pues, el coronel Escámez de dedicar todo el día 20 de julio y parte de la jornada siguiente a la pacificación de Logroño ». (Aznar. Lugar citado, pág. 114.)

## Vitoria

« En este puesto — el de jefe del Batallón de Flandes, de guarnición en Vitoria — le sorprendió el movimiento nacional, y, *secundado por un reducido número de jefes y oficiales, gana la plaza de Vitoria para la causa nacional* ». (De una biografía de Alonso Vega, publicada por los periódicos al ser nombrado ministro.)

## Sevilla

« Sevilla, escenario de una inimaginable proeza llevada a cabo por el general Queipo de Llano, el cual, *prácticamente solo, frente a unos mandos hostiles*, y en medio de una población integrada por grandes masas comunistas y anarquistas, hizo el milagro de alcanzar una victoria decisiva para la marcha futura de la guerra nacional ». (Aznar, « Historia Militar de la Guerra Española ».)

## En otros lugares

En León, los sublevados necesitan dos días para ocupar el aeródromo defendido por los aviadores.

Fuerzas del Ejército lucharon entre sí en La Coruña, donde fueron fusilados — con otros militares — los generales Pita Caridad y Salcedo. Igual ocurrió en Vigo y en El Ferrol, donde — también con otros muchos militares — fué fusilado el almirante Arazola.

« En Galicia, el choque es encarnizado y, en revuelto montón, no se sabe quién vence, a nadie importa la táctica ni el conjunto. Dios decidirá el final cuando no queden enemigos. El Ferrol es llave de la victoria o de la derrota. Los buques de la Armada pasan de mano a mano, según la alternativa de ganancia ». (Tomás Borrás, en el periódico « ABC »)

En Palencia hubo igualmente combate entre militares. En Burgos fué fusilado el Capitán General de la IV Región Militar, general Batet, y con él otros mandos a sus órdenes, por oponerse uno y otros a la sublevación. Y en Zaragoza, los sublevados fusilaron al general Núñez de Prado.

Ni siquiera en Marruecos se hizo la sublevación sin sangre y sin resistencia de una parte de las fuerzas armadas. El aeródromo de Tetuán fué ocupado después de duros combates. Los sublevados fusilaron a sus defensores, como fusilaron a los generales Gómez Morato y Romerales, jefe superior de las fuerzas militares de Marruecos y Gobernador Militar de Melilla, respectivamente, y a sus ayudantes y secretarios, así como a otros jefes y oficiales que se opusieron a la sublevación o que se negaron a sumarse a ella.

En la Escuadra, la rebelión no tuvo éxito. La masa fundamental de la Marina, cuarenta y seis buques de guerra, permaneció leal a la República, apoderándose únicamente los sublevados de siete unidades.

¿ Bajo qué consignas y con qué pretextos se llevó a cabo la sublevación ?

La propaganda franquista de hoy afirma que « las fuerzas armadas se sublevaron como un solo hombre para poner fin al odiado régimen republicano, culpable de todos los males de la Nación, e implantar en su lugar el actual régimen ». Por el contrario, la verdad histórica y los mismos textos franquistas de ayer dicen que la sublevación se llevó a cabo al grito de ¡ Viva la República ! y que fué presentada por los sublevados como una explosión de las fuerzas armadas, apoyadas por el país, para salir al paso de la conducta del Gobierno, sobre todo después del triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936, y para

poner fin a las ofensas inferidas a esas fuerzas armadas por los gobiernos de la República.

Los diferentes gobiernos republicanos y republicano-socialistas que se sucedieron en España desde la proclamación de la República, en 1931, hasta julio de 1936 acumularon error sobre error en lo que se refiere a las fuerzas armadas españolas, pero no en el sentido que dicen Franco y sus secuaces, ni mucho menos.

La realidad es que en el Ejército no se notó el paso de la Monarquía a la República. Buena prueba de ello es que los distintos gobiernos republicanos continuaron utilizando al Ejército para los mismos menesteres que la derrocada Monarquía, es decir, para romper huelgas, aplastar las luchas obreras y campesinas, etc., etc. Es más, durante la República, la casta militar africanista continuó imponiendo su ley en el Ejército, idénticamente a como lo había hecho en la época de la Monarquía. Y aunque los actuales falsificadores oficiales de la Historia llamen a la Ley Azaña «ley trituradora del Ejército», la verdad es que la mencionada disposición oficial no pasó de una simple escaramuza y que los gobernantes republicanos del período 1931—1936 no sólo no trituraron nada en el Ejército, sino que ni siquiera tomaron las más elementales medidas de defensa del nuevo régimen. Como consecuencia de esa imprevisión — llamémosla así — fué la República, y con ella un millón de españoles, quienes resultaron triturados.

El grito de ¡Viva la República! tras el cual ocultaban sus verdaderas intenciones los jefes de la sublevación, no tenía otra finalidad que engañar a la población civil, a los soldados y a muchos jefes, oficiales, suboficiales y clases del Ejército que, por sus ideas democráticas, o simplemente por una cuestión de honor, no estaban dispuestos a rebelarse contra la República.

A este respecto, conviene recordar la carta que dirigió Franco al Ministro de la Guerra, no mucho antes de estallar la sublevación. En ella el actual dictador hacía protestas de acatamiento al régimen republicano y afirmaba que ésa era también la actitud de la oficialidad, cuyo descontento — aseguraba — no obedecía a oposición a dicho régimen, sino al malestar e inquietud que provocaba en los oficiales del Ejército la actitud del Gobierno en materia militar. La sublevación se inició, pues, bajo la máscara de un acto de violencia *contra el Gobierno, pero no contra la República*.

Esa máscara continuaron llevándola, durante mucho tiempo, los jefes de la sublevación. Por ejemplo, un mes después de comenzada la guerra, Yagüe, dirigiéndose a sus fuerzas en Badajoz, decía:

« Legionarios de la 16 Compañía: ¡Qué pocos habéis quedado y qué orgulloso me siento de vosotros! Gritad conmigo: ¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva el Ejército! ». (Aznar. Lugar citado, pag. 105.)

Los propagandistas franquistas, puestos a buscar causas justificativas a la sublevación, dieron con la patraña del peligro de una «revolución comunista», en curso de preparación desde las elecciones del 16 de febrero y que debía estallar el 1º de agosto de 1936. Con semejante infundio, inventado de arriba abajo, tratan no sólo de justificar la sublevación, sino de tomar la victoria del Frente Popular en las citadas elecciones como base de partida de la preparación por ellos de su levantamiento.

Sin embargo, han visto la luz pública tantos documentos, libros y publicaciones — incluso de fuente franquista — sobre esta cuestión que hoy nadie ignora ya que los acuerdos entre los jefes de la sublevación y los gobernantes fascistas de Italia y Alemania datan de marzo de 1934 y junio de 1935, es decir, que son anteriores, en mucho, a febrero de 1936.

Siendo demasiado conocida la mayor parte de esos documentos e informaciones, nos limitaremos a extractar algunos párrafos de libros pergeñados por « histo-

riadores » adscritos al régimen y publicados en la España del Caudillo, libros en que se reconoce lo que afirmamos en el párrafo anterior, es decir, que la sublevación se venía preparando desde mucho antes de febrero de 1936.

« La acción militar en Oviedo fué planeada un mes antes de las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular, en colaboración con los jefes de Estado Mayor, fuerzas, servicios y fábricas, como parte de una acción general en Asturias ». (Aznar. Obra citada, Pág. 21.)

« Allí, en Barcelona, después de ser derrotado y herido López Varela, quedó tendido en un sofá. Sin quejarse, sin exhalar siquiera un ¡ay! por los sufrimientos que le debía causar la lesión, el capitán miraba en torno suyo con gesto de infinita amargura. *Era toda su obra de patriota, a la que consagró más de dos años de arriesgada labor de conspirador, la que se derrumbaba en aquel instante* ». (« El Alzamiento, la Revolución y el Terror en Barcelona », pág. 57.)

La casta militar africanista y lo más negro de la reacción vivieron en guerra con la República desde que ésta fué proclamada; ahí están, para atestiguarlo, la sublevación de agosto de 1932, la feroz represión de los mercegaros del Tercio contra el pueblo, en 1934, y otros muchos hechos de los que los franquistas continúan alardeando en sus escritos y discursos.

Por ejemplo, en marzo de 1958, conmemorando en Villagarcía de Arosa la fundación de las Falanges Gallegas, Jiménez Millas, vicesecretario general de la Falange, dijo en su discurso:

« Habíamos vivido, entre los años 1931 y 1936, un auténtico espíritu de movimiento nacional. Y este espíritu preparó e hizo posible el 18 de julio.

« Con anterioridad, todos los movimientos, comuniones, grupos y partidos de signo patriótico y españolista — que se sentían vinculados en el gran quehacer nacional — crearon el ambiente propicio y necesario para el alzamiento.

« Y las luchas callejeras, casi siempre sangrientas; y la prensa afecta, cuando le era posible; y el heroico sacrificio del 10 de agosto (sublevación fracasada de Sanjurjo en 1932). Todo y todos, en fin, contribuyeron con la formación de una conciencia colectiva de movimiento, de cruzada contra *aquello* ».

Y en el « Ideal Gallego » del 1º de abril de 1959, Angel Ruíz Ayúcar escribía lo siguiente:

« Una guerra que en realidad no había comenzado con el alzamiento del 18 de julio, sino varios años antes, casi el mismo día que se proclamó la República. La guerra que se inició el 18 de julio no hizo sino dar forma castrense a la decisión de acabar con las hostilidades declaradas años antes ».

## **Correlación de fuerzas en los primeros momentos**

En los primeros días de la sublevación, la correlación de las fuerzas sociales, políticas y militares favorecía decididamente a la República. La rebelión había fracasado en los centros fundamentales del país, y, por otra parte, en las zonas que habían conseguido dominar, los sublevados no disponían de una base social, política, económica ni militar lo bastante poderosa para llevar a término su empresa. Además, el territorio de que habían logrado apoderarse estaba dividido en dos partes por la cuña de Extremadura y los restos del antiguo Ejército, en las guarniciones de la Península en su poder, no representaban una fuerza combativa

de importancia. Tal situación — verdaderamente desfavorable para los sublevados — sufrió un cambio patente con el traslado a la Península del Ejército de Marruecos.

Las fuerzas militares del Marruecos español ascendían, en julio de 1936, a unos 36.000 hombres, 11.000 de los cuales pertenecían a la Legión Extranjera y 14.000 a las distintas unidades marroquíes. Fueron precisamente estos 25.000 hombres los que Franco trasladó a la Península en los primeros días de la sublevación, dejando de guarnición en Marruecos a las fuerzas españolas que fueron utilizadas, además, en la instrucción de los indígenas, reclutados en gran escala desde ese momento no sólo en la zona española, sino en toda el Africa del Norte, y que, en los 32 meses que duró la guerra, alcanzaron la cifra de 90.000 hombres.

Esos 25.000 mercenarios legionarios y marroquíes, y la ayuda militar italo-alemana dispensada a Franco desde el primer día, hicieron cambiar el curso de los acontecimientos en la Península y salvaron de una total y rápida derrota a los sublevados. Así ha sido reconocido por los propios franquistas y así está explicado, además, en los documentos italo-alemanes de que hemos hecho mención.

« Solo mediante la incorporación de las fuerzas de la Legión y de tropas regulares indígenas, podía quedar transformado el panorama inicial de la guerra ». (Aznar, Obra citada, Pág. 81.)

« La clave de la victoria de España sobre sus asesinos, se llama Ejército de Marruecos ». (Tomás Borrás. « ABC ». 1959.)

« El Ejército de Africa es, en suma, el único residuo vivo de lo que fué el Ejército español. En Marruecos hay listos ya 18.000 hombres encuadrados por jefes y oficiales de calidad extraordinaria. Franco cuenta con esos 18.000 hombres y otros miles más que pueden agregárseles en cualquier instante ». (Aznar, Lugar citado, pág. 56.)

« El paso del convoy de la victoria, clave del triunfo nacional. La segunda reconquista de España, iniciada esta vez en Melilla, en la tarde del 17 de julio de 1936. » (González Muñoz, « Arriba », 1958.)

Podríamos dar centenares de citas como éstas. Destaca en ellas la escasa o ninguna confianza que tenían los jefes de la sublevación en sus posibilidades de triunfo en la Península y cómo habían puesto toda su esperanza en las fuerzas mercenarias de Marruecos. Pero esas fuerzas había que trasladarlas al territorio peninsular, y para ello hacían falta barcos o aviones. Los jefes de la sublevación sabían que no podían contar con los buques de guerra ni con los aviones que estaban en la Península, pues la inmensa mayoría de los hombres que componían las dotaciones de unos y otros eran leales a la República. El hecho de que, desde el primer día de la sublevación, los facciosos recibieran de la Italia y la Alemania fascistas esos medios de transporte para sus tropas, pone una vez más de relieve que el levantamiento estaba preparado, en todos sus detalles, desde mucho antes de producirse.

Dejemos a Aznar y a Galinsoga la narración del traslado a España de las tropas mercenarias de Marruecos y veamos lo que, según ellos mismos, representó este hecho en la balanza de la guerra:

« Tanto el coronel Solans, en Melilla, como Yagüe, en Ceuta, como Bautista Sánchez, en Villa Cisneros, y Buruaga, en Tetuán, se dedicaron el 18 (de julio) a intentar el transporte de tropas a la Península ». (Galinsoga. « Centinela de Occidente ». pág. 237.)

« Como refuerzo para su delicada situación (la de Queipo de Llano en Sevilla) el Ejército de Africa le envió desde Tetuán, a bordo de un bimotor, doce soldados de la Legión ». (Aznar. Obra citada, pág. 79.)



Esos doce legionarios llegan a la capital andaluza el 18 de julio y

«... el día 19 de julio llega a Sevilla el comandante Castejón, al frente de 500 hombres pertenecientes a la quinta bandera del Tercio». ... «La llegada del comandante Castejón representó un refuerzo decisivo para el general Queipo de Llano».

Desde este momento, la llegada de fuerzas de Marruecos, por mar y por aire, va en constante aumento.

« 5 de agosto de 1936: Ya han desembarcado en Algeciras las tropas del convoy. Son soldados de la Legión y moros de las tropas regulares indígenas ». (Aznar, Lugar citado, pág. 87.)

« En este convoy pasaron el estrecho unos tres mil hombres, entre regulares, legionarios y tropas indígenas, así como seis baterías, dos millones de cartuchos, doce toneladas de dinamita y dos mil proyectiles de cañón ». (Galinsoga. Obra citada, pág. 256.)

Y en la página 88 de su « Historia » nos dice el señor Aznar:

« O sea, que durante tres meses y medio de vuelos constantes la aviación de Tetuán trasladó a España 24.930 hombres ».

Si tenemos en cuenta que esa cifra corresponde únicamente a los hombres trasladados por avión y a sólo tres meses y medio de tiempo, podemos imaginar el volumen de las fuerzas que fueron trasladadas desde África a la Península, más aún si se tiene en cuenta que el principal medio de transporte utilizado fueron los barcos, protegidos, desde el primer día, por buques de guerra alemanes y por submarinos italianos.

En cuanto al origen de esos aviones « de Tetuán », he aquí lo que dice Galinsoga, en las páginas 250 y 251 de su citado libro:

« El 30 de julio, repetimos, llegó a conocimiento del general (Franco) que en el aeródromo de Nador habían aterrizado nueve trimotores italianos de bombardeo, « Savoia 81 », con armamento de cuatro ametralladoras ».

« Alemania accedió a la ayuda de aviones de transporte, vendiendo veinte a la sociedad Hisma. Poco a poco fué aumentando el número de soldados que se mandaban a Sevilla, llegando a efectuar expediciones con 500 hombres y 15 toneladas de material de guerra ».

Al señor Galinsoga se le « escapan », sin duda, algunos *detalles*. Aunque sean conocidos, queremos puntualizar su información por la importancia del asunto. Por ejemplo, Galinsoga « olvida » decirnos que, con esos nueve aviones italianos a que se refiere — y que llegaron a Nador no el 30, sino el 26 de julio —, venían otros tres más que, por despiste o por lo que fuera, aterrizaron en Orán, circunstancia que permitió descubrir que las órdenes de misión de que eran portadores sus pilotos databan del día 15, es decir, de dos días antes de la sublevación: una prueba más de cómo la ayuda italiana estaba acordada y preparada desde antes de lo que los fascistas españoles han llamado « el glorioso movimiento ».

En cuanto a esos veinte inofensivos aviones de transporte vendidos por los alemanes, en fecha que el señor Galinsoga calla púdicamente, podemos decir que llegaron a Tetuán el 21 de julio acompañados de algunos « Junkers » de bombardeo, a los que siguieron — de la misma procedencia y vía Portugal — otros veinte bombarderos, llegados el 26 del mismo mes, y el 7 de agosto, también por Portugal, catorce aviones más y quince pilotos y mecánicos alemanes. Ese mismo día 7 de agosto, Franco recibió de Italia otros dieciocho aviones de bombardeo.

Pero volvamos a la cita de documentos y dejemos hablar ahora a las autoridades diplomáticas nazis, que tenían motivos para saber lo que ocurría en la

España de Franco. Los textos que reproducimos a continuación están tomados del volumen III de los « Documentos Secretos del Ministerio de Negocios Extranjeros Alemán », hechos públicos recientemente por ingleses, americanos y franceses. El volumen citado corresponde a la guerra de España (1936—1939), y hemos utilizado la edición francesa de 1955, que contiene 566 documentos. En ellos aparece patente la importancia de la ayuda italo-alemana a los sublevados desde el primer día, así como el carácter decisivo de dicha ayuda. Estamos seguros de que los « historiadores » franquistas conocen esos documentos y que conocían, antes de la publicación de los mismos, los hechos que en ellos se ponen ahora en conocimiento del gran público, pese al silencio pudoroso que han guardado siempre, y siguen guardando, en relación con estas cuestiones.

Veamos, pues, algunas citas de los documentos en cuestión, advirtiéndolo al lector que, al fin de cada cita y entre paréntesis, indicamos el número de orden del documento en la ya mencionada edición francesa.

*28 de julio* — El Encargado de Negocios alemán en Lisboa al Ministerio de Negocios Extranjeros de su país: « El general (se refiere a Queipo de Llano) ha declarado que a Marruecos han llegado ya muchos aviones italianos con pilotos italianos que por guardar las formas han sido incorporados a la Legión Extranjera. » (8)

*31 de julio* — El Embajador alemán en París al Ministerio Alemán de Negocios Extranjeros: « Las informaciones aparecidas en la prensa, según las cuales los aviones italianos caídos en la zona francesa de Marruecos serían aviones militares, son exactas . . . Un sargento ha declarado que los aviones habían salido por orden del comandante de un aeródromo militar de Sicilia para ser entregados a Franco. » (23)

*8 de agosto* — El Embajador alemán en París a su ministro: « Mola pide el envío inmediato a La Coruña, por el medio que sea, de diez millones de cartuchos para fusil « Mauser » español. » (23)

*14 de agosto* — El Cónsul alemán en Sevilla al Ministerio de Negocios Extranjeros de Alemania: « Los alemanes que han venido a Sevilla para entregar cierto material a España han sido rápidamente reconocidos . . . Los aviadores italianos que han venido aquí se han vestido con el uniforme de oficiales de la Legión Extranjera española y pasan por lo tanto inadvertidos. Hace mucho tiempo que se ha hecho imposible continuar guardando secreta nuestra empresa. » (27)

*15 de agosto* — El Embajador alemán en París al Ministerio de Negocios Extranjeros de su país: « 1º) El general Mola acaba de hacerme conocer por un enviado especial:

- « a) La ligazón con Franco continúa siendo insuficiente.
- « b) El grupo Norte tiene la más urgente necesidad de aviones, sobre todo de caza, así como de bombas, de municiones de fusil y ametralladoras y de granadas de mano.
- « c) Lugar de destinación para todo el aprovisionamiento: La Coruña.

« 2º) Según mi opinión, el aprovisionamiento es actualmente urgente, sobre todo para el grupo Norte, pues hasta ahora sólo el grupo Sur ha sido abastecido.

« 3º) El enviado del general Mola espera cerca de mí la contestación a los puntos 1º y 2º. » (29)

*22 de agosto* — El Encargado de Negocios alemán en Lisboa al Ministerio de Negocios Extranjeros de Alemania: « Después de la

llegada de los barcos Kamerun y Wigbert a Lisboa, la reexpedición del material ha sido puesta en marcha sin la menor dificultad por intermedio de Bernhardt (Hisma). En esta ocasión, el presidente del Consejo, Salazar, ha liquidado todas las dificultades en el mínimo de tiempo, interviniendo personalmente y resolviendo él mismo todos los detalles.» (35)

*22 de agosto* — El mismo al mismo: «Yo no quisiera tampoco dejar de señalar que existen condiciones particularmente favorables para la visita a Lisboa de uno de nuestros acorazados que se encuentran operando en aguas españolas, todo ello teniendo en cuenta que las simpatías que se muestran aquí hacia nuestras fuerzas navales que operan en España son muy vivas.» (36)

Los documentos oficiales que acabamos de citar — todos ellos de 1936 — evidencian, sin lugar a dudas, la intervención en España, desde el principio de la sublevación fascista, de las fuerzas armadas de tierra, mar y aire de Alemania e Italia, así como el envío de abundante material de guerra por parte de dichos países. La intervención italo-alemana en esos primeros días de la sublevación tuvo una importancia fundamental en la marcha de todos los acontecimientos de nuestro país.

Está fuera de toda duda que, sin esa intervención, la sublevación hubiese quedado reducida a una militarada, a un «pronunciamiento» más. Pero, desde los primeros días de la rebelión, se puso de manifiesto para todos los que quisieron comprenderlo, que no se trataba de un «putsch» de carácter interior, llevado a cabo por un grupo reducido de mandos reaccionarios del Ejército y otros elementos reaccionarios y fascistas del país, sino que se trataba de un movimiento estrechamente ligado a los planes internacionales de los invasores extranjeros.

Como hemos visto, los documentos señalan también la importancia de la ayuda prestada a los rebeldes españoles por la dictadura clerical-fascista de Salazar.

## **Los extranjeros en la guerra de España**

### ***Del lado republicano***

Por espacio de veintitrés años, la propaganda franquista ha venido repitiendo — como decíamos al principio — que si la guerra de España duró cerca de tres años fué debido a la importancia de la intervención en ella, del lado republicano, de los combatientes de las Brigadas Internacionales.

La mayoría de quienes propagan esta mentira — entre los que se distinguen Franco y Barroso — recurren a las falsificaciones más groseras, tanto en lo que se refiere a la cantidad de Brigadas, como al número de hombres que las componían, a sus fechas de entrada en combate, etc., etc.

En los escritos y discursos franquistas se ha venido y se sigue hablando de la cifra de 100.000 a 150.000 internacionales, organizados en numerosas brigadas y divisiones del Ejército republicano, que comenzaron a combatir desde los primeros días de nuestra guerra y cuya intervención — al decir de los franquistas — fué decisiva en todas las batallas importantes. Pero como toda esa propaganda está montada sobre falsedades, cuando algún escritor del régimen quiere escribir algo que tenga apariencias de seriedad, se encuentra cogido en su propia trampa, pues no es tarea fácil compaginar las cifras, fechas y datos falsos con los reales, por lo que, a pesar de todas sus argucias, lo falso salta a la vista y la verdad, aunque sea incompleta y desfigurada, asoma por todos lados.

En el fondo, esta táctica franquista de presentar los hechos recuerda el conocido ardid del ladrón callejero que, al ver descubierto el robo, se apresura a gritar ¡Al ladrón!, con el fin de desviar hacia otro la atención de la gente.

Por eso, si en sus libros, artículos y discursos, inmediatamente posteriores al fin de la guerra, los franquistas reconocían la ayuda de Alemania e Italia, ahora, por el contrario, ponen todo su interés en disminuir cínicamente el volumen de esa ayuda, mientras se esfuerzan por aumentar el volumen y la importancia de la participación de los voluntarios de las Brigadas Internacionales en la zona republicana.

Con ello, los franquistas persiguen el fin de hacer creer a la juventud de hoy — y, sobre todo, a los jóvenes mandos del Ejército — que la fuerza principal del Ejército republicano la constituían los extranjeros y que la duración de la guerra no se debió a la resistencia heroica del pueblo español, sino a la actuación de las Brigadas Internacionales.

Mucho se ha escrito — bueno y malo, en España o fuera de ella — sobre las Brigadas Internacionales. Pero la verdad es que la historia auténtica de las Brigadas está por escribir; está esperando el hombre o el grupo de hombres capaces de narrarnos la gesta de sus combatientes, de decirnos cómo y por qué vinieron a luchar a España, desde los más lejanos países, al lado del pueblo español.

A nuestra zona, para combatir a la reacción y al fascismo internacionales, llegaron 35.000 voluntarios verdaderos, ciudadanos de 54 países diferentes, de los que 5.000 reposan en tierra española, al lado de sus hermanos de combate españoles. Fueron 35.000 auténticos embajadores de todos los pueblos del mundo, 35.000 representantes dignos y heroicos de la clase obrera, de los campesinos, de los empleados y de los intelectuales de cada país. En los hombres llegados a España desde 54 países del mundo, para luchar con el pueblo español en defensa de la República, arteramente traicionada, estaba representada toda la humanidad avanzada y progresiva.

Por el contrario, los 300.000 « voluntarios » llegados a la zona franquista de diferentes países, no representaban más que a una ínfima minoría de cada uno de esos países, a las minorías reaccionarias y fascistas, a los explotadores, a los peores enemigos de los pueblos respectivos de cada país de procedencia. Unos llegaban obligados, militarmente movilizados por los gobiernos fascistas de Alemania e Italia; otros, eran simples mercenarios que venían a ganar un salario o en busca de aventuras.

Esta es la verdad, la pura y simple verdad que ni los franquistas pueden ocultar, por mucho que se esfuercen por conseguirlo. El general Barroso, en una entrevista concedida a Tomás Borrás, en julio de 1957, dijo:

« Un verdadero Ejército: eso fueron las Brigadas Internacionales. En octubre estaba constituida ya en Albacete la XI Brigada Mixta, que salió precipitadamente para Madrid a primeros de noviembre. Pocos días después pusieron en línea en el mismo frente la XII Brigada Mixta y así sucesivamente fueron organizando las cuatro restantes, con las que quisieron organizar un Cuerpo de Ejército, para lo cual también organizaron las unidades complementarias ».

Como puede verse, « un verdadero Ejército » quedó reducido a seis Brigadas, con las que ni siquiera se llegó a formar un Cuerpo de Ejército.

Por su parte, el coronel Juan Priego, en la revista « Ejército » de septiembre de 1956, escribe lo siguiente:

« El total de voluntarios reclutados para las Brigadas Internacionales, se calcula, según informes fidedignos, en unos 125.000.

« La primera expedición de reclutas con destino a las Brigadas Internacionales llegó a Albacete el 12 de octubre de 1936 y, a base

de tales reclutas, comenzaron a organizarse inmediatamente varios batallones de composición homogénea o casi homogénea.

« La XI Brigada Internacional fué empeñada por primera vez el 8 de noviembre en el sector más importante de la Casa de Campo, con el fin de detener el avance nacional hacia el Puente de los Franceses. Mientras tanto, la XII Brigada Internacional había salido también para Madrid el 10 de noviembre y tres días después, es decir, el 13, tomaba parte en un contraataque ».

Y el comandante Martínez Bande — también en la revista « Ejército » — afirma que:

« El 8 intervienen por primera vez los Internacionales ».

A los falsificadores franquistas, con Franco en cabeza, todo les resulta fácil mientras se trata de dar cifras globales, producto de su mala fe; pero en cuanto intentan dar a esas cifras la menor apariencia de realidad, y se ven obligados a citar las unidades de que formaban parte esos hombres, entonces ninguno es capaz de encontrar una sola Brigada más.

Lo mismo les pasa en relación con la fecha de formación de la primera Brigada Internacional o la de su entrada en fuego, viéndose obligados a reconocer que lo hizo el 8 de noviembre de 1936, y que fué el 22 de octubre cuando el gobierno español tomó la decisión de crear las Brigadas Internacionales.

En lo referente al volumen de los efectivos y a su participación en cada batalla, los franquistas tropiezan con las mismas dificultades para hacerse creer, ya que los Internacionales fueron siempre una ínfima minoría en las operaciones en que participaron.

He aquí el número, composición y orden de organización de las siete Brigadas Internacionales — pues fueron siete y no seis — y desafiamos a los « historiadores » franquistas a que demuestren con datos y hechos que lo que decimos no es cierto.

— La XI Brigada — compuesta por los batallones « Edgar André », « Comuna de París » y « Dombrowsky » —, se formó a últimos de octubre y entró en fuego, por vez primera, el 8 de noviembre de 1936.

— La XII Brigada — compuesta por los batallones « Garibaldi », « Franco-Belga » y « Thaelmann » y una batería del 77 —, se formó durante los primeros días de noviembre y entró en fuego ese mismo mes.

— La XIII Brigada — compuesta por los batallones « Chapaiev », « Mickiewicz » y « Henri Guillemin » —, se formó durante los meses de diciembre de 1936 y enero de 1937.

— La XIV Brigada — compuesta por los batallones « Henri Barbusse », uno « Franco-Inglés », « Domingo Germinal » y el « Núm. 9 » —, se formó en el mismo período que la anterior.

— La XV Brigada — compuesta por los batallones « Lincoln », « Dimitrov », uno « Franco-Belga », otro « Inglés » y un batallón « Español », — se formó en el mismo período que las dos anteriores.

— La 150 Brigada — compuesta por tres batallones —, se formó entre junio y julio de 1937.

— La 129 Brigada — compuesta por los batallones « Dimitrov », « Masaryk » y « Djakiqwiek » —, se formó a finales de 1937.

Hubo, además, un batallón internacional en la 86 Brigada española.

Tenemos, pues, siete Brigadas Internacionales que suman 24 batallones, y un batallón en la 86 Brigada, lo que hace un total de 25 batallones, de los que

hay que descontar dos batallones españoles que actuaban en las Brigadas Internacionales (el 9° de la XIV y otro en la XV), por lo que el total de batallones de infantería internacionales en el Ejército de la República fueron 23, encuadrados en siete Brigadas.

Ahora bien; los batallones han tenido, cuando más, 600 hombres, y las brigadas no pasaron nunca de los 3.000, por lo que en el caso — que no se dió ni una sola vez en toda nuestra guerra — de que batallones y brigadas estuviesen completos, la cifra total no pasaría de los 21.000 hombres. Pero este caso, repetimos, no se dió en ningún momento de la guerra, como tampoco hubo ninguna operación o batalla en que actuaran juntas las siete Brigadas Internacionales.

Los primeros Internacionales entraron en fuego el 8 de noviembre de 1936 y en octubre de 1938 todos ellos fueron retirados de los frentes de batalla y comenzó su repatriación a sus respectivos países o a aquellos de donde habían venido. Durante los veintitrés meses que las unidades de voluntarios internacionales combatieron dentro del Ejército Popular, pasaron por sus filas, en total, 35.000 hombres, de los que, como ya hemos dicho, unos 5.000 cayeron gloriosamente en España.

Hubo, además, unos centenares de internacionales en otras armas y servicios: aviación, artillería, caballería, ingenieros, sanidad . . ., entre los cuales se contaban algunos aviadores y tanquistas soviéticos que actuaron por primera vez el 5 de noviembre con los aviones que defendieron a la población de Madrid de los salvajes bombardeos de la aviación italo-alemana, y con los tanques que intervinieron el 29 de octubre, también por primera vez, en el sector Seseña-Valdemoro.

Por otra parte, y para poner fin a esta enumeración, en la zona republicana contamos con la valiosa aportación de un grupo de excelentes jefes militares soviéticos que nos ayudaron, con sus consejos, en la organización del Ejército y en su preparación combativa; pero sin imponernos, en ningún caso, sus concepciones militares ni condicionar su ayuda en forma alguna.

## Del lado franquista

Por más que los historiadores franquistas busquen y rebusquen, no encontrarán más brigadas, más batallones ni más combatientes internacionales que los que acabamos de indicar. Por el contrario, a poco que quisieran, podrían comprobar que 1.200.000 españoles formaron parte, durante la guerra, del Ejército Popular de la República. La comparación de esas dos cifras — 35.000 y 1.200.000 — pone al descubierto la patraña sobre la *importancia decisiva* de la actuación de las Brigadas Internacionales en nuestra guerra, y que lo que con ella se pretende no es otra cosa que lanzar una cortina de humo para ocultar la verdadera participación, en masa, de extranjeros en el Ejército llamado nacional, participación que, desde el primero hasta el último día de la contienda, sí fué decisiva en muchas batallas y en el conjunto de la guerra.

A este respecto, en el documento hecho público por el Partido Comunista de España con motivo del XX aniversario de la terminación de la guerra, se dice:

« Del lado de Franco, (combatieron) más de 300.000 soldados extranjeros, 150.000 de los cuales eran italianos y 50.000 alemanes, miembros de las fuerzas armadas de esos países, sin olvidar los 90.000 africanos encuadrados en las unidades marroquíes, y los mercenarios de la Legión Extranjera ».

Si de algo pecan esas cifras es de quedarse cortas, ya que a ellas podrían agregarse esos 15.000 portugueses de los que tanto se han alabado los gobernantes fascistas de aquel país.

Por las citas que anteceden hemos visto la importancia decisiva de la actuación de las fuerzas armadas de Italia y Alemania en la primera fase de la guerra de España. Quien se tome la molestia de seguir leyendo estas notas, podrá ver cómo la intervención armada de italianos y alemanes salvó a Franco de la derrota no sólo al comienzo de la guerra, sino en diferentes momentos del curso de la misma. Los « Documentos Secretos del Ministerio de Negocios Extranjeros Alemán » muestran el peso decisivo de la participación de los nazis alemanes y de los fascistas italianos en la dirección y en la ejecución de la guerra en España y el sometimiento de Franco a los gobiernos de Berlín y Roma y a los generales alemanes e italianos. Veamos algunos ejemplos concretos de lo que aquí afirmamos.

### Madrid

El estrepitoso fracaso de las fuerzas « nacionales » a las puertas de Madrid, lo *explican* los franquistas por la presencia de Brigadas Internacionales en la defensa de la Ciudad inmortal; pero — como ha quedado aclarado suficientemente y han terminado por reconocer los propios sublevados — la primera Brigada Internacional que entró en fuego, la XI, lo hizo el 8 de noviembre, cuando ya los asaltantes habían conocido su primer fracaso ante Madrid. No creemos, además, que ningún militar, por muy franquista que sea, pueda aceptar la *explicación* de que una brigada de menos de 3.000 hombres derrote, frente a Madrid, a las nueve columnas de Franco, aumentadas con la famosa « Quinta columna » que, al decir de los propios sublevados, actuaba en el interior de la heroica Capital.

Madrid lo defendió el heroísmo de su pueblo, levantado en armas; lo defendieron miles de hombres y mujeres nacidos en todas las regiones de España, y, junto a ellos, lo defendió un puñado de gloriosos combatientes internacionales de la libertad y la democracia.

En cuanto a las fuerzas atacantes, he aquí en lo que consistía ese famoso Ejército « nacional » — según un artículo del comandante Martínez Bande, aparecido en la revista « Ejército », de abril de 1957:

« Las unidades de infantería de las columnas (que atacaban Madrid) eran las siguientes:

- « Columna n° 1: I y II Tabor de Tetuán, VI Bandera del Tercio.
- — 2: I y III Tabor de Melilla, I Bandera del Tercio.
- — 3: I y III Tabor de Alhucemas, IV Bandera del Tercio.
- — 4: II Tabor de Ceuta, III Tabor de Tetuán, V Bandera del Tercio.
- — 5: VIII Bandera del Tercio, I Batallón de Argel, un Tabor de la Mehal-la.
- — 6: Un Tabor de la Mehal-la, un Batallón de voluntarios de Sevilla, un Batallón de voluntarios de Canarias.
- — 7: III Batallón de Toledo, V Batallón de San Quintín, un Tabor de la Mehal-la.
- — 8: VII Bandera del Tercio, Bandera de Falange de Marruecos, Bandera de Falange de Cáceres, una Compañía de marinería, Tiradores de Ifni y Mehaznia.
- de Caballería: Siete Escuadrones de Sables, dos Escuadrones de Armas automáticas ».

Como puede verse, la casi totalidad de las fuerzas de infantería « nacionales » eran tropas mercenarias del Tercio y de las unidades marroquíes. En cuanto a los tanques, artillería y aviación, en lo fundamental eran italianos y alemanes.

A la vista del fracaso de Franco ante Madrid, Hitler y Mussolini no ocultan su disgusto y, como verdaderos amos que son, toman sus medidas. Sigamos esta parte de la historia de la guerra a través de los documentos oficiales alemanes. Como hemos hecho anteriormente, indicaremos en cada caso, entre paréntesis, el número de orden del documento transcrito.

*1º de diciembre de 1936.* — El Embajador alemán en Roma al Ministerio de Negocios Extranjeros de Alemania: « Ciano acaba de informarme, en nombre personal de su jefe de gobierno, que el domingo 6 de diciembre tendrá lugar una conferencia bajo la presidencia de Mussolini, a la cual asistirán, además de Ciano, el general Roatta, así como los jefes de Estado Mayor del Ejército, la Aviación, la Marina y la Milicia, con vistas a examinar a fondo la acción en España y elaborar un plan enérgico y metódico para el futuro. » (87)

*10 de diciembre de 1936* — El Encargado de Negocios alemán en Salamanca al Ministerio de Negocios Extranjeros de Alemania: « Durante la primera entrevista que he tenido con el general Franco, el 30 de noviembre, le he preguntado cómo se representaba él la marcha futura de las operaciones y en particular cómo iba a continuar el ataque a Madrid, completamente paralizado en ese momento. Franco me ha hecho durante una hora una exposición cuyo contenido se puede resumir en esta frase: « Yo ocupo Madrid y entonces toda España, incluida Cataluña, cae en mi poder poco menos que sin disparar un tiro. »

« Ese era un juicio sobre la situación que yo no puedo calificar de otra forma que de ligero. »

« Franco, que se ha dado cuenta de la situación por las noticias que ha recibido estos últimos días, me ha pedido en nuestra última entrevista que pongamos a su disposición una división alemana y otra italiana. Yo le declaré que, naturalmente, una formación de ese género no podía ser colocada más que bajo mando alemán, cosa que él aceptó ». (96)

Perdida toda esperanza de conquistar Madrid de frente, el mando italo-alemán-franquista decide llevar a cabo la operación de comienzos de enero por el Noroeste, para lo cual llegan a España sin cesar nuevas fuerzas y material italo-alemanes, según puede verse por los documentos que transcribimos a continuación:

*17 de diciembre.* — El Embajador alemán en Roma al gobierno de su país: « En el curso de mi entrevista con Mussolini, éste me declaró que había decidido enviar mañana, desde Gaeta, en un gran vapor sudamericano, con destino a Cádiz, 3.000 Camisas Negras, con material; le pregunté si esos hombres serían enrolados en unidades constituidas o si serían repartidos bajo el mando de cuadros españoles. Mussolini me contestó: « Como columna independiente ».

« En esa misma entrevista, Mussolini dijo que había allá abajo siete submarinos italianos en actividad. » (101)

*29 de diciembre.* — Del mismo al mismo: « Ciano me ha informado además de la salida — que yo había anunciado ya — de 3.000 Camisas Negras, salida que fué precedida del envío de unos 1.500 especialistas y que será seguida dentro de poco de otro contingente de especialistas de la misma importancia, provistos de material técnico. » (112)



7 de enero de 1937 — El general von Faupel, embajador en Burgos, al Gobierno alemán: « La llegada de importantes refuerzos italianos es igualmente el indicio de un nuevo mejoramiento de la situación militar. Cuando, hace 5 días, me encontraba en Sevilla, había ya allí 4.000 Camisas Negras; otros 2.000, así como el armamento que les está destinado, están en camino desde Italia, según me dijo el general Queipo de Llano. El calculaba que esos 6.000 hombres podrían entrar en combate de aquí a una o dos semanas. » (121)

### Málaga

Fracasada también la ofensiva para conquistar Madrid por el N. O., Italia y Alemania refuerzan sus envíos de material y hombres.

13 de enero de 1937 — El Embajador alemán en Roma a su Gobierno: « Para él (se refiere a Ciano), la táctica consiste en retardar la respuesta (al Comité de No Intervención) por lo menos algunos días, porque una nueva expedición de 4.000 hombres sale el 14 y por otro lado se equipa una nueva división compuesta de 9.000 combatientes y 4.000 hombres de servicios diversos que marcharán el 22 y el 26 de enero. Las fuerzas italianas deben ejecutar en un plazo de diez a quince días una ofensiva relámpago contra Málaga, que servirá de base a Italia para sus operaciones futuras en todas las direcciones. » (130)

13 de enero — Von Faupel a su Gobierno: « Estos últimos días fuertes contingentes de voluntarios italianos, equipados y provistos asimismo de artillería pesada, han desembarcado en Cádiz. En cuanto llegue un general italiano, esas fuerzas serán constituidas en divisiones. » (131)

18 de enero — Del mismo al mismo: « Según Mancini, unos 20.000 italianos con dos grupos de artillería pesada y 1.800 camiones deben estar en pie de guerra a últimos de enero en la región de Sevilla. Gracias a esta ayuda rápida y potente, la crisis que existía en diciembre puede ser considerada como definitivamente superada. » (137)

8 de febrero de 1937 — El Embajador alemán en Roma a su Gobierno: « Durante mi entrevista de hoy con Ciano, éste recibió del mando militar de Málaga la comunicación oficial de la toma de la ciudad. Inmediatamente transmitió por teléfono la nueva al Duce, que anunció el ascenso de Roatta al grado de General de División. Ciano se mostró muy optimista sobre el desarrollo de las operaciones; la toma de Málaga habiendo costado muy pocas bajas y habiendo actuado solamente nueve batallones, quedaban disponibles otros 27 batallones y la división « Littorio » que estaba en camino. » (145)

### Guadalajara

Mientras 20.000 italianos, apoyados por unidades marroquíes y de la Legión Extranjera, ocupaban Málaga, los alemanes participaban en el ataque del Jarama, que tenía por objetivo cortar la carretera de Valencia, salir a la zona de Arganda, Chinchón, Perales de Tajuña y, posteriormente, con un golpe hacia el Norte, en dirección a Alcalá de Henares, salir a la retaguardia del sector madrileño y cercar Madrid. Ese plan tuvo la misma suerte que los anteriores y entonces se llevó a cabo la cuarta ofensiva para conquistar Madrid, ejecutada esta vez con fuerzas exclusivamente extranjeras.

5 de marzo de 1937 — El Embajador alemán en Roma a su Gobierno: « Ciano me ha informado hoy que la concentración de tres

divisiones al Nordeste de Madrid se terminará mañana; la ofensiva de Sigüenza comenzará el 8 de marzo, a condición de que el tiempo lo permita. Roatta considera el conjunto de la situación como favorable.» (150)

Y continuaba el 10 de marzo:

«Ciano, con el que me encontraba hoy, recibió las últimas noticias telegráficas del teatro de operaciones en España, se mostraba satisfecho del desarrollo de los acontecimientos, sobre todo teniendo en cuenta que de las cuatro divisiones sólo una había entrado en fuego hasta ahora. Ciano agregó que él ejercía de forma efectiva la dirección suprema, incluida la de las operaciones.» (151)

El 17 de marzo, el optimismo había bajado de tono en Roma y el Embajador alemán continuaba informando a su Gobierno:

«En el curso de nuestra entrevista de hoy, Ciano estaba visiblemente bajo el efecto de la resistencia inesperada opuesta por los rojos, sobre todo en los aires, así como por la desmoralización de las columnas españolas (las franquistas) en Guadalajara. El me confirmó que el general de la Milicia, Liuzzi, había sido muerto y que la división entrada en combate había perdido alrededor de 1.500 hombres, entre muertos y heridos. A pesar de esta resistencia encarnizada, la situación militar no era inquietante; una nueva ofensiva estaba en estudio entre Franco, Roatta y Sperle y sería desencadenada dentro de pocos días.» (152)

25 de marzo. — Del mismo al mismo: «En relación con los acontecimientos de España, Mussolini me ha parecido vivamente preocupado, y apenas ocultaba el descontento que le producen los resultados obtenidos por los italianos. Ha hecho comunicar al mando italiano en España que nadie debe entrar vivo en Italia si no es con la victoria.» (157)

Guadalajara fué uno de los muchos ejemplos de la intervención fascista extranjera en la guerra de España.

En la batalla de Guadalajara se enfrentaron 25.000 combatientes del Ejército republicano español — entre los que había dos Brigadas Internacionales, con un total de unos 4.000 hombres — contra 50.000 hombres que, desde el general en jefe hasta el último soldado, pertenecían a las fuerzas armadas regulares italianas, y que estaban protegidos en sus flancos por fuerzas franquistas.

En los campos de Guadalajara, junto a cientos de muertos de las fuerzas de Mussolini en derrota, quedaron también enterradas las ilusiones de los fascistas italianos de conquistar Madrid.

### *Bilbao — Santander*

Después de esa gran derrota, los nazis, los fascistas italianos y los franquistas tuvieron que renunciar a sus ofensivas contra la Capital heroica y trasladaron sus esfuerzos al frente del Norte. La correspondencia diplomática nos informa de la nueva avalancha de hombres y material que, procedente de Italia y Alemania, cayó sobre España.

29 de marzo de 1937. — El Embajador alemán en Roma a su Gobierno: «Ante todo, ahora se trata de obtener una victoria militar para borrar el recuerdo de la derrota de Guadalajara. A este efecto fueron enviados a España nuevos oficiales, material, armas y aviones, así como cuatro submarinos.» (159)

Y el

*9 de abril:* « Italia envía 72 aviones de caza, de los cuales una escuadrilla de 24 aparatos ha llegado ya. Existe el vivo deseo de que sean enviados 50 bombarderos alemanes para completar ese refuerzo ».

*21 de abril* — El general Von Faupel, desde Burgos, a su Gobierno: « El general Mancini me ha visitado hoy en nombre del general Doria, nuevo comandante de las tropas italianas.

« Mancini, a petición mía, me ha expuesto en primer lugar su situación personal actual, que consiste en que hasta nueva orden no tiene una misión definida. Ante él se abren las posibilidades siguientes: tomar el mando de varias divisiones italianas, o sea, de un Cuerpo de Ejército, bajo las órdenes del general Doria; ser el consejero militar o jefe de Estado Mayor del general Doria, que manda el conjunto de las tropas italianas, y, en fin, ocupar el puesto de primer consejero italiano del general Franco.

« Mancini agregaba que Franco había pedido a los italianos, independientemente de los 17 batallones y de las 7 secciones de artillería que ya habían puesto a su disposición, que se le diera la división Littorio para el ataque a Bilbao.

« A propósito de las tropas italianas y de su aptitud para el combate, Mancini me dijo que la división Littorio estaría preparada en una semana, aproximadamente. Con las formaciones de italianos han sido constituídas dos divisiones de milicianos, así como el grupo Francisi, que no es inferior a una división.

« Además, las Brigadas « Flechas Negras » y « Flechas Azules » formadas a partir de comienzos de febrero y encuadradas por oficiales y suboficiales italianos, se encuentran bajo las órdenes del mando italiano. Cada una de esas Brigadas, que ha recibido aproximadamente seis semanas de instrucción antes de ser llevada al combate, cuenta con unos 150 oficiales y 300 suboficiales italianos, o sea, en total, y contando con los especialistas (radios, etc.), 1.500 italianos. » (165)

*9 de julio de 1937.* — Del mismo al mismo: « La artillería de los italianos, y sobre todo su aviación, generalmente bien apreciada, participaron con éxito en la batalla (de Bilbao).

« Franco, el general Kindelán y muchos otras personalidades al corriente de los hechos, se dieron perfectamente cuenta — y lo declararon francamente — de que la toma de Bilbao se debió en gran parte a los aviadores alemanes y a las baterías alemanas de la DCA utilizadas para el combate en tierra.

Es interesante comprobar que el generalísimo se siente visiblemente más a gusto después de la muerte del general Mola. » (258)

En Santander, las fuerzas italianas se componían de tres divisiones: la « 25 de marzo », la « Llamas Negras » y la « Littorio », y además, en un destacamento especial, todos los elementos móviles, caballería, ciclistas, autos blindados y carros ligeros. La artillería comprendía 20 baterías (80 piezas).

Como puede verse, la intervención italo-alemana desempeñó también un papel de primer orden en las operaciones del Norte, donde, del lado republicano, no había una sola unidad de las Brigadas Internacionales.

Pero la victoria del Norte no quería decir el fin de la guerra y ponía de relieve, por el contrario, la imposibilidad para los fascistas españoles de ganarla si no era con la intervención de los Ejércitos de sus dos socios.

*Más testimonios*

20 de diciembre de 1937. — El Embajador alemán en Roma a su Gobierno: «Ciano se ha mostrado satisfecho hoy de la situación en España. Franco es un buen soldado, pero no un jefe militar con amplia visión de las cosas; ha dejado pasar los momentos más favorables y ha dado a los rojos la posibilidad de rehacerse; al parecer, incluso actualmente, parece que quiere retrasar la ofensiva. Si la guerra continúa prolongándose indefinidamente, la cuestión de los voluntarios terminará por ser crítica. En España hay 40.000 italianos, algunos desde hace dieciséis meses.» (334)

Y el 15 de enero de 1938, el jefe de la III División Política del Ministerio de Negocios Extranjeros de Alemania, escribía:

«Franco tendrá por lo tanto a su disposición alrededor de 90.000 hombres más que los rojos, pero hace falta tener en cuenta (además) de 50.000 a 60.000 marroquíes, por lo menos, que tiene en sus filas.»

Y el 3 de junio de 1938:

«A propósito del empleo de la Legión Condor, el coronel Jaenicke declara que tiene aún para Franco un valor militar extremadamente precioso, mayor de lo que puede hacer creer la cifra de sus efectivos, en relación con el conjunto de la aviación de que dispone Franco. El coronel Jaenicke ha subrayado que desde el punto de vista militar el dilema estaba ya planteado para la Legión Condor: o hacía falta abastecerla de material o retirarla próximamente, y ha dado cifras que ilustran las deficiencias de esta unidad, que cuenta con 150 aparatos de combate.» (408)

10 de junio de 1938. — El Embajador alemán en Roma a su Gobierno: «Muy confidencialmente él (Ciano) deseaba decirme que precisamente en ese momento habían recomenzado a hacer algunos envíos a Franco por pequeños grupos de 200 a 300 hombres, particularmente pilotos y técnicos.» (414)

11 de agosto de 1938. — El Embajador alemán en España a su Gobierno: «Una personalidad que visita normalmente el Gran Cuartel General de Franco, y por ello está siempre bien informada sobre lo que pasa allí, me ha indicado las cifras siguientes — hasta el 1º de julio de 1938, de los voluntarios italianos que se trataría de evacuar:

Aviación: oficiales . . . . .	339
hombres . . . . .	1.830
— a los cuales hay que añadir los oficiales y hombres que hay en Palma de Mallorca, en total . . .	519
Ejército: oficiales . . . . .	2.528
hombres . . . . .	34.859
Total:	40.075

a los que se debe agregar un total de 8.000 voluntarios (de los cuales 300 son oficiales) que han llegado a España como relevo, posteriormente al 1º de julio de 1938.» (449)

*El Ebro*

Por las cifras que acabamos de citar, puede verse la importancia de las fuerzas militares extranjeras que actuaban del lado franquista en vísperas de la Batalla del Ebro: según confesión de los propios socios de Franco, 50.000 italianos y 60.000

marroquíes, a los que hay que sumar, necesariamente, las decenas de miles de mercenarios enrolados en la Legión Extranjera y, claro está, los miles de alemanes de la Legión Condor, de la que no se conocen cifras totales, pero de cuyo volumen puede dar una idea la cifra, conocida por los documentos que acabamos de transcribir, de 150 aviones de combate.

En esa misma época, del lado republicano, el total de los combatientes de las Brigadas Internacionales no llegaba a los 15.000 hombres, 10.000 de los cuales participaron en la batalla del Ebro. Pero veamos algunas opiniones y algunas cifras más, relativas a esta batalla, que los « historiadores » y los estrategas franquistas se apuntan como una gran victoria debida al genio del Caudillo:

*14 de agosto de 1938* — El Embajador alemán en España a su Gobierno: « Bernhardt, director de la Hisma, me informa que el Ejército nacionalista español tiene necesidad urgente de obuses de 88 mm., pues todos sus stocks están agotados. Faltos de municiones de este género, la situación militar será crítica en el frente del Ebro. El envío de motores de avión B. M. W. es también urgente. » (451)

*22 de agosto*, — El mismo al mismo: « El general italiano Berti ha informado a Franco por orden de Mussolini y en presencia del embajador de Italia, que él (Franco) debía hacer lo imposible para dar fin rápidamente a la guerra. Italia no puede continuar participando en la guerra indefinidamente. » (453)

*19 de septiembre* — (Es decir, casi dos meses después de comenzada la batalla) El mismo al mismo: « Fracaso de la contraofensiva nacionalista en las orillas del Ebro.

« Contra todo lo esperado, la ofensiva nacionalista contra los rojos que habían cruzado el Ebro en Gandesa no ha tenido hasta ahora ningún éxito. La primera tentativa de cerco ha fracasado completamente, mientras que los ataques frontales llevados a cabo después han terminado por la conquista de terreno poco importante. Los medios militares alemanes e italianos declaran que ese fracaso es debido a la insuficiente cooperación entre las armas y a la poca combatividad de las tropas de Franco, mientras que del lado de los rojos se ha afirmado incontestablemente un mando superior entre las manos de oficiales extranjeros, y concretamente el mando de la artillería. Las pérdidas sufridas por Franco son elevadas. » (458)

*2 de octubre*. — El mismo al mismo: « El cansancio de la guerra en la zona nacionalista española, en la retaguardia como en el frente, se manifiesta incontestablemente cada vez más, lo que por otra parte no puede sorprender, teniendo en cuenta que la guerra se prolonga indefinidamente, que la dirección de las operaciones carece de energía y que el « reagrupamiento de fuerzas » proyectado ha resultado un fiasco. Según los medios militares alemanes e italianos — y la opinión de los primeros en materia militar debe ser para mí determinante —, no se debe esperar en absoluto que Franco vaya a ganar la guerra por las armas en un futuro más o menos próximo, al menos que Alemania e Italia no tomen una vez más la decisión de hacer en España nuevos y grandes sacrificios en material y en hombres.

« Es lamentable que las tropas de Franco se estén haciendo diezmar en el Ebro. » (466)

*12 de octubre de 1938* — El Gobierno alemán a sus Embajadores en España y en otros países: « En agosto último, Mussolini ha convocado en Roma al comandante de las tropas italianas en España, general Berti, para discutir con él la cuestión de los contingentes

italianos en España. La cuestión era urgente, pues los efectivos habían disminuído fuertemente. Las tropas italianas habían sufrido durante los primeros meses de la guerra las siguientes pérdidas:

Muertos . . . . .	2.352
Heridos . . . . .	8.635
Desaparecidos . . . . .	196
Prisioneros . . . . .	369
Total:	11.552

« El general Berti y Franco se habían puesto de acuerdo para mantener en plaza las tropas especializadas (aviación, tanques, ingenieros, artillería) y para fundir las dos divisiones de infantería en una sola compuesta de los mejores elementos. Esta división debía tener siete batallones en reserva. Ello liberaba de 10.000 a 12.000 hombres. A fines de septiembre la retirada fué suspendida en razón de la situación política general. El acuerdo definitivo fué tomado el 1º de octubre. Las tropas debían ser embarcadas el 16 de octubre y desembarcar en Nápoles, donde serían recibidas con todos los honores militares. En España no quedarían más que las tropas siguientes:

- « 1º) La división « Littorio » — 12.000 hombres.
- « 2º) La aviación, los tanques, la artillería y las tropas especiales.
- « 3º) Los cuadros (oficiales y suboficiales) para tres divisiones mixtas. » (471)

*15 de octubre* — El Gobierno alemán a su Embajador en España: « Nosotros no tenemos aún las informaciones sobre las nuevas peticiones de material de guerra formuladas por Franco. Para vuestra información personal os señalo que nosotros hemos convenido provisionalmente con los italianos reconstruir integralmente la potencia de combate de las unidades alemanas e italianas que se encuentran en España, enviándoles los refuerzos necesarios en hombres y en municiones. » (472)

*20 de octubre* — Nota del jefe de la III División Política: « En cuanto a la situación militar en general, Funck (coronel Agregado militar alemán en Burgos) tiene la opinión de que las fuerzas militares de los blancos y de los rojos se contrapesan de momento y que Franco no podrá por lo tanto obtener la victoria final en un futuro determinado si no es apoyado vigorosamente por una nueva ayuda. » (475)

*19 de noviembre de 1938* — El Embajador alemán en España a su Gobierno: « Franco ha necesitado unos tres meses para recuperar el terreno ocupado por los rojos en dos días con su ruptura del Ebro. Ese esfuerzo le ha costado 33.000 hombres, según una información confidencial del Gran Cuartel General. Acompaño el texto del comunicado oficial nacionalista procedente de un recorte de « Unidad » del 17 de noviembre que enumera de otra parte las pérdidas en hombres y material sufridas por el adversario. Los medios militares alemanes estiman, sin embargo, que las cifras de las pérdidas de los rojos que el comunicado indica, o sea 75.000 hombres, son exageradas. A pesar de todo, las fuerzas de los blancos y de los rojos continúan equilibrándose.

« No me parece que la victoria de Franco en el Ebro pueda ejercer una influencia duradera o decisiva sobre la disciplina del Ejército Rojo, que continúa siendo buena. » (487)

Esas conclusiones de hombres que estaban bien situados para conocer la realidad, corresponden mucho más a la verdad que las fanfarronas conclusiones de los franquistas e incluso que la de ciertos señores del campo republicano español, coincidentes con los sublevados en las falsificaciones. La batalla del Ebro fué y quedará como una gran victoria de las armas republicanas sobre las « nacionales. »

Los combatientes de las Brigadas Internacionales fueron retirados de los frentes de combate durante la batalla del Ebro, mientras que, esos mismos días, Alemania e Italia continuaban enviando nuevas fuerzas y material a España. Las fuerzas de ambos países participaron en la guerra de España hasta el último día, y tomaron parte activa en la batalla de Cataluña, como lo demuestra el siguiente documento:

*14 de enero de 1939* — El Embajador alemán en Roma a su Gobierno: « El (Mussolini) confirmó en fin las grandes pérdidas sufridas por los voluntarios italianos en el curso de la presente ofensiva, que ha hecho, solamente entre los oficiales, 27 muertos y más de 200 heridos, entre los que se encuentran oficiales superiores. » (495)

Por lo que se ve, la batalla de Cataluña — nuestra retirada de Cataluña — no fué el paseo militar de que hablan los propagandistas franquistas. Ni la guerra, en general, lo que Franco se prometía, según se desprende de esta última cita oficial que vamos a transcribir de la citada recopilación de documentos oficiales alemanes:

« En el curso de una discusión con Ciano el 28 de septiembre de 1940, Hitler dió la siguiente explicación sobre la intervención alemana en la guerra civil española:

« Cuando la guerra civil estalló en España, Alemania dió a Franco una ayuda que debe ser considerada como importante. Esta ayuda no se había hecho sin riesgos. No se limitó al envío de material. Habían sido enviados voluntarios y un gran número de alemanes e italianos cayeron en España.

« Ciano respondió que Franco había declarado que si él recibía doce aviones de transporte o de bombardeo, ganaría la guerra en unos días. Esos doce aviones se convirtieron en más de 1.000 aviones, 6.000 muertos y 114.000 millones de liras. » (566)

Antes de terminar y pensando, sobre todo, en los miembros de las fuerzas armadas, citaremos unas palabras del historiador y embajador de Franco, Aznar, tomadas de la página 18 de su ya citada « Historia Militar de la Guerra Española », palabras que, independientemente de la intención y de su autor, expresan de forma descarnada el empleo que la oligarquía financiera-terrateniente y Franco y su camarilla militar africanista han hecho y continúan haciendo del Ejército español. Dicen así:

« Tengo para mí que muy pocas cosas son más condenables y más viles que la posición política de aquellas gentes que toman a un Ejército nacional, nada menos que a un Ejército nacional, como policía de sus egoísmos y gendarme de sus particulares intereses ».

Esa es la verdad que toda esa propaganda dirigida a justificar la sublevación, a abultar las cifras y el papel de los voluntarios internacionales en el lado republicano y a minimizar las cifras y la significación de las fuerzas extranjeras regulares y mercenarias en el lado franquista no podrá borrar de la mente de los españoles que la han vivido ni ocultarla indefinidamente ante las nuevas generaciones. De la misma forma que la actual propaganda del régimen, tendente a desfigurar el carácter de las acciones ciudadanas que contra él se libran, atribuyéndolas a inspiración del extranjero, terminará por ser comprendida por muchos de los

españoles susceptibles aún de ser impresionados por ella y aparecerán diáfanos, a sus ojos, los verdaderos fines de esas invenciones: hacerlos vacilar ante la necesidad en que están de incorporarse a la acción contra la dictadura y velar la creciente dependencia en que ésta coloca a España respecto de los Estados Unidos.

La dictadura de Franco fué implantada en España merced al apoyo ilimitado que le prestaron la Italia y la Alemania fascistas y a la «no intervención» de los gobiernos titulados democráticos que, calculadamente, privaron a la República Española de las armas que necesitaba para su defensa. Esa dictadura de la oligarquía financiera-terrateniente se ha mantenido durante estos veinte años por procedimientos de terror e impidiendo toda auténtica expresión de la voluntad nacional; merced, también, a soportes de todos conocidos: en el interior, el de las fuerzas armadas y el de la gran mayoría de las altas jerarquías eclesiásticas; en el exterior, el del Gobierno de Estados Unidos, que al terminar la segunda guerra mundial relevó en ese menester a los Gobiernos fascistas de Berlín y Roma a cambio de que Franco le transfiriera la hipoteca de España, extendida años antes a favor de aquéllos.

Pero las cosas han cambiado, están cambiando todos los días. Los odios promovidos por el trágico choque se han apaciguado, las realidades presentes borran la divisoria de antaño. Han surgido nuevas generaciones cuyo interés no se cifra en perpetuar la herencia de la guerra civil, sino en liquidarla. Paulatinamente, los españoles de la más diversa condición y tendencia se unen contra la dictadura. Los altos jefes de la Iglesia se ven más y más presionados por la hostilidad de la inmensa mayoría de los católicos al régimen. Las mismas fuerzas armadas no constituyen ya el apoyo incondicional que antes representaban para la dictadura y la confianza de ésta en ellas es cada día menor. Y en cuanto a los esfuerzos de los «trusts» yanquis para hacer de España una colonia suya, correrán la misma suerte que los de los dos dictadores fascistas difuntos; y en España habrá de nuevo democracia y libertad y las relaciones sociales entre los españoles serán regidas por normas de convivencia y civilidad.





## « A PROPOSITO DE UNA CRITICA »

Por Bruno

*En « El Socialista » (26. 5. 60) órgano del Partido Socialista en el exilio, se ha publicado bajo la rúbrica de « Bruno » un artículo polémico con el de nuestro colaborador Pascual García (véase « Nuestras Ideas » n° 7) dedicado éste último a la crítica de la exposición del grupo EL PASO en París y, en general, del arte abstracto-informal.*

*Aunque algunos de los recursos polémicos de Bruno no nos parecen los más apropiados para situar la discusión en el plano de objetividad que conviene a la exploración de la compleja problemática estético-ideológica de nuestro tiempo, hemos creído útil reproducir íntegramente el artículo de « El Socialista » seguido de una réplica de Pascual García. Con ello no hacemos más que iniciar una discusión que puede ser fructífera y a la que invitamos, poniendo a su disposición nuestras páginas, a todos los que tengan algo que decir sobre el estado actual de las artes plásticas.*

*La firme posición de « Nuestras Ideas » en defensa del realismo en el arte es bien conocida, pero ello no es dificultad, al contrario, para la libre discusión con los que opinan diferentemente. La única condición que nos parece necesario poner a esta polémica es que no enturbie la unidad de lucha de los artistas de todas las tendencias y escuelas contra el enemigo común, el que impide verdaderamente en este período que en España haya libertad de creación: la dictadura franquista. El entusiasmo de jóvenes artistas abstractos o « informales » en la lucha contra la dictadura nos es bien conocido y desde estas páginas les saludamos como combatientes de la misma causa. La discusión cordial de las diferencias ideológico-estéticas no debe perjudicar a nuestra fraternidad de combate por la libertad, la paz y la democracia.*



En el número 7 de la revista « Nuestras Ideas » — un número ciertamente muy preocupado por las acusaciones que se hacen al comunismo de dogmatismo en los campos artísticos y culturales — aparece una crítica de la exposición de pintura, en salas del pabellón Marsan, de París, del grupo español « El Paso », y del manifiesto lanzado por este grupo en tal ocasión. Lo lógico al hacer la crítica de unos pintores dispuestos a « crear un ambiente que permita el libre desenvolvimiento del arte y del artista », estando persuadido de que toda actividad creadora debe partir de bases no estéticas, sino éticas, morales y sociales; de jóvenes que pugnan por respirar en la atmósfera enrarecida de nuestra patria y tienden « a la expresión de una nueva realidad y hacia una antiacademia en la cual espectador y el artista tomen conciencia de su responsabilidad social y espiritual »; lo lógico, al hacer la crítica de unos artistas cuya acción « durará mientras las condiciones actuales se mantengan en nuestro país », es tratar de alentarlos y, en todo caso, de ayudarlos aclarándoles aquellos puntos en que se muestran confusos, corrigiéndoles, quizás, algunas incongruencias, tratando de remediar, en suma, los

fallos inevitables en la formación de la juventud de un país donde tanto trabajo cuesta desarrollarse normalmente, es decir, fuera de los moldes oficiales.

Sin embargo, no es esto lo que Pascual García, el crítico de « Nuestras Ideas » hace. Su crítica no les alienta, sino que los rechaza; no les ayuda, sino les confunde. Por el tono y por los métodos recuerda demasiado los artículos de « orientación » a que el régimen nos tiene acostumbrados en su prensa dirigida. Así, se afirma que el movimiento pictórico del grupo « El Paso » está « superado » — adjetivo favorito de quienes, franquistas o comunistas, no han superado nada en este campo —, se atribuye a móviles absurdamente maquiavélicos el hecho de haberse celebrado la exposición bajo el patrocinio de la Dirección de Bellas Artes francesa; se califica a los integrantes del grupo de « inocentes » — otro adjetivo muy franquista — y se les identifica con los capitalistas yanquis.

Desde luego, todo esto no le sirve a Pascual García más que para ocultar los verdaderos motivos de su repulsa. Y si bien sería por completo ocioso tratar de rebatir sus argumentos, me parece interesante poner en claro cuáles son esos móviles ocultos.

El siguiente párrafo de la crítica nos da ya alguna luz sobre este punto: « Hemos visto — dice — no pocas exposiciones de artistas de las latitudes y tendencias más diversas: abstractos, concretos, constructivistas, vitalistas, caligrafistas, manchistas, formales, informales, de « Réalités Nouvelles » o « Nouvelles Réalités » y otros antiartes, pero ninguna como esta exposición nos ha hecho ver la falsedad y las contradicciones en que se debate el artista en esta sociedad ». En efecto, para los comunistas, el arte tiene una función bien definida: educar al pueblo, imbuírle conocimientos o ideas, influírle en un sentido progresista, mediante un lenguaje sencillo, fácilmente asequible. Y, por supuesto, inspirándose en las directrices marcadas por los teóricos de la política. El arte se convierte, así, en un medio más de propaganda de unas determinadas ideas. Por eso, cualquier tipo de arte libre de esta coerción, cualquier tendencia reciente en busca de nuevos horizontes y de problemas distintos de los ya agotados, es mal vista por los celosos guardianes del dogma marxista-leninista.

Según el señor Cordier — director de una galería de arte de París —, que hizo dos viajes a Rusia en 1956 y 1957, la pintura no figurativa estaba prohibida y sólo era practicada clandestinamente. Pintores consagrados como Kandinsky, Malevitch, Tatlin, Larionov, no eran conocidos por el público, pues sus obras se conservaban en los depósitos del Museo Ruso de Leningrado y de la Galería Tretakov. Las salas dedicadas al arte moderno estaban llenas por las obras de imitadores de los maestros rusos del siglo XIX, y todo el arte oficial era tal que « el único país donde la reina Victoria podría sentirse feliz es Rusia ».

Y es que la libertad en el arte, como cualquier otro tipo de libertad de expresión, representa un atentado a la integridad de un sistema como el comunista. Ellos ven en el arte moderno un relativismo peligroso para su absolutismo, algo que se sale fuera de su bien organizado mundo, que verdaderamente no pertenece a la « realidad socialista ». Y como no están dispuestos a ampliar los ámbitos de su mundo para dar cabida a presuntas realidades, optan por eliminarlas negándolas, lisa y llanamente, su existencia. Le llaman « antiarte », como también hablaron de « anticencia » y como los franquistas hablan de la « anti-España ». Igualmente, las gentes del Opus Dei imponen en las Facultades de Filosofía españolas la autoridad de santo Tomás de Aquino (1225—1274), pues las filosofías modernas están « superadas », implantan la censura de libros y revistas procedentes del extranjero y también combaten el arte moderno (« lo mismo que la de esos pintores modernistas, es la visión de ciertas personas tan subjetiva y enfermiza ... » « Camino » 451). Porque — y esto es lo grave y lo cómico — los comunistas, que tanto uso hacen del término « burgués » para denigrar a sus contrarios, resultan ellos mismos unos buenos burgueses en muchos aspectos, en todos aquellos aspectos en que una evolución de las ideas burguesas pudiera traer como consecuencia una evolución

de su sistema dogmático. Sólo cuando es absolutamente indispensable intentar modificar las ideas establecidas. Si, por ejemplo, se demostrara que la contemplación de una pintura abstracta estimula la producción industrial o disminuye el apetito, se apresurarían a enaltecer los «trabajadores artísticos» adeptos a tal modalidad; de la misma manera que cuando, necesitando del incentivo del lucro, abolieron la igualdad de salarios, para llegar a proclamar con entusiasmo doce años después, en 1943, la aparición del «primer millonario proletario» camarada Berdyebekov.

Pero lo que hacen los comunistas es desperdiciar un instrumento precioso, pues cualquier rama del arte es imprescindible para el desarrollo de hombre. El arte recoge las distintas tendencias espirituales de la época — que nunca son caprichos por mucho que puedan parecerlo —, las analiza, las purifica, las unifica. Tantea nuevos caminos y descubre, o redescubre, otros terrenos tal vez fértiles. Contribuye tanto como la ciencia a la evolución del hombre, a su perfeccionamiento y a su creciente conocimiento y dominio de la naturaleza — que es también la propia naturaleza humana —. Pretender que el arte se consagre únicamente a la directa educación y deleite del pueblo es algo por el estilo a exigir de los científicos que sólo elaboren teorías fáciles de comprender, de un contenido agradable y de las que se puedan desprender de inmediato útiles enseñanzas para la vida de los ciudadanos. ¡Ah, no! Es precisa la libertad en el arte, que siempre existan grupos de estafalarios artistas que digan cosas incomprensibles, en un lenguaje indescifrable para la generalidad de las gentes. Si, realmente, lo que dicen es importante, no tardarán los profanos en llegar a entender el lenguaje, sentir menos repugnancia por su significado y extraer enseñanzas provechosas.

Tanto más importante es la libertad en el arte cuanto que, encontrándonos en un período histórico de transición, como repetidamente señalan en «Nuestras Ideas», es el mismo arte el que reclama mayor independencia para su búsqueda de otros valores distintos, de otros fundamentos y principios, de otro mundo, ese mundo nuevo más pleno y satisfactorio que tratamos de conseguir y del cual no podemos todavía predecir cuáles serán todas sus características.

No hay duda de que los comunistas desean y laboran por terminar con este mundo decadente en el que vivimos. Lo reprochable en ellos es su fanática convicción de que tienen en exclusiva el secreto, el embrión, del mundo nuevo por venir, su incapacidad para admitir valientemente que la justicia y la verdad es preciso ir las conquistando y descubriendo paso a paso; su necesidad, para trabajar por el mejoramiento del hombre y de la sociedad, de creerse en posesión de la verdadera y única fórmula. Por eso los comunistas no admitirán la libertad del arte si no es en ese futuro lejano y paradisiaco que nos prometen. Ellos van con su verdad y su justicia hacia la libertad. Nosotros, por el contrario, preferimos buscar, por medio de la libertad, la realización de la verdad y la justicia. Es un método más seguro y, desde luego, mucho menos cruento.

## A PROPOSITO DE LA CRITICA DE UNA CRITICA

Tengo la impresión de que Bruno no ha comprendido bien el sentido de mi crítica a los pintores del grupo « El Paso » y a otros grupos y artistas de la misma tendencia.

Yo no he dicho que las bases éticas, morales y sociales que en el manifiesto del grupo « El Paso » se proclaman como principios inspiradores de ese movimiento pictórico (veáanse en mi artículo algunos de sus párrafos más significativos) estén sobrepasadas: he dicho, y he tratado de demostrar, que esa tendencia, independientemente de la voluntad de sus portadores, corresponde a una mentalidad y a unos intereses sociales que están en contradicción con los mismos principios proclamados en el manifiesto de El Paso y en otras declaraciones de la misma índole. El « informalismo » es el reflejo en nuestro mundo artístico de la mentalidad, la ideología y los intereses del capitalismo yanqui y por eso no puede expresar la realidad social española en su aspecto esencial, en su tragedia y en sus fuerzas renovadoras.

Quien leyera el artículo de Bruno sin conocer el mío recibiría la impresión de que mi crítica a los amigos de El Paso se reduce a unas cuantas recriminaciones y recetas ideológicas y, sin embargo, nada más lejos de mis propósitos y del contenido concreto del artículo, como puede comprobarlo todo el que lo lea objetivamente. No sólo subrayo el talento y las posibilidades que revelan muchos de esos artistas, por algunos de los cuales siento gran afecto, sino que reconozco la sinceridad con que creen en el valor plástico del « informalismo » y en su significación revolucionaria contra el academismo y otras recetas de la mediocridad.

Ponía de relieve en mi crítica que en la iniciación de su ruta artística esos jóvenes vieron en el abstraccionismo una forma de rebeldía contra la reacción franquista, hasta que esa misma reacción — con el retraso característico de nuestros reaccionarios — se percató de lo que la burguesía internacional sabía hace tiempo: que el abstraccionismo es un medio ideal para dislocar y desviar el entusiasmo y afán renovadores de una juventud que de marchar por otros cauces serían peligrosos para los intereses reaccionarios, porque contribuirían a despertar al pueblo. París bien vale una misa, y la seguridad del orden capitalista franquista bien vale sacrificar un poco de ese academismo que tanto entusiasmo al caudillo.

Movido por estas consideraciones, que tan poco tienen que ver con los intereses del arte, comenzó el franquismo y su variante el OPUS a proteger y alentar esas tendencias. Apareció el imponderable Sr. Robles con plenos poderes del gobierno para organizar exposiciones como la de París en la Alemania de Adenauer y en los Estados Unidos del U 2, para propiciar premios nacionales e internacionales, adquisiciones oficiales y otros « estímulos ».

Decía también en mi crítica, que a pesar de estas protecciones oficiales, nuestro « informalismo » va a la zaga del que en otras latitudes se desarrolla, no sólo con medios económicos más poderosos sino en un ambiente social e ideológico más propicio para que llegue a sus últimas consecuencias. Cuales son éstas, se declara paladinamente en un reciente artículo-manifiesto que bajo el título « El apocalipsis de Caryl » ha aparecido en varias revistas vanguardistas de Estados Unidos. Después de atacar a los jóvenes que « por su modestia y timidez no golpean más violentamente con el ariete de la acción « painting » al arte moderno que se tambalea y resquebraja . . » el manifiesto declara que « el desencadenamiento poético no es más que el signo declarado de una revuelta artística de gran amplitud que sobrepasa en todas partes las fronteras , las escuelas y los partidismos ideológicos ». Y luego de extenderse sobre el fin de los « ismos » asegura que la vanguardia actual no se limitará a tal ciudad o tendencia, « desbordará su propio vaso y cada hombre, poseído por sus propios demonios, podrá ir ya hasta los extremos de lo imaginable » ( . . ) « El tiempo de los asesinos ha llegado, pero los crímenes de estos asesinos no son muertes, son obras, actos creadores. Nos explicaremos: ningún artista puede ya, sin hacer el ridículo, repetirse o respetar sus propias leyes . . ». Finalmente, el manifiesto llega a su apoteosis: « Quemar los museos del mundo entero para que la Revolución que ha empezado sea permanente y no se embarace con nada, ni se encharque en ningún recuerdo, para así abrirse paso a un nuevo camino de la Historia ».

Quemar los museos, aventar con sus cenizas hasta los últimos rastros de la herencia artística mundial, extirpar de la creación artística toda ley, toda norma, todo concepto, todo criterio . . . Tal es la conclusión perfectamente lógica del « informalismo ». En España podríamos empezar por quemar el Museo del Prado y otros prejuicios que aún nos estorban para marchar más libremente hacia la Libertad Total, Absoluta, Ilimitada, Pura, del Arte.

Este es el camino de liberación que, al parecer, si no hemos comprendido mal, se nos recomienda desde las páginas de un periódico que se dice socialista. Pero en España no hay sólo los artistas contagiados — confiamos que muy transitoriamente — por « le dernier cri » de la moda dictada por el mercado mundial de la pintura, dominado, como el del petróleo o el del caucho, por los magnates de Wall Street. En España hay una juventud que está de vuelta de las apariencias y sabe que tras esa « Libertad Absoluta » se oculta no sólo la opresión política y la explotación del hombre, sino su inseparable cortejo de esclavitud ideológica y degeneración moral; una juventud que no concibe la libertad sin justicia y busca sus fuentes de inspiración en la realidad social de nuestro pueblo; una juventud que ha crecido bajo la tiranía franquista y está harta de ver cómo se falsean las palabras, cómo se vacían de contenido. « Nos han robado hasta las palabras », dice un obrero en una de las novelas de Goytisolo; « algunas breves palabras y verdaderas » exige un joven poeta de los que no hacen juegos malabares hablando de libertad; « . . es como si usted me dijera que hay dinero o que nos dicen que hay carne. Sí, hay de todo eso y de muchas cosas más, pero solamente para aquéllos que puedan aprovecharse . . . Pues bien, lo mismo pasa con la libertad », le dice un obrero a un joven intelectual, algo deslumbrado por la libertad abstracta del « mundo libre », en « L'autre face », de Corrales Egea, ese gran cuadro de la sociedad española bajo el franquismo que ha tenido que publicarse en el extranjero.

En nombre de la libertad abstracta, bajo la que se oculta la esclavitud concreta capitalista, *evasión* de la lucha — de la lucha también mediante el arte — por la libertad concreta, por la libertad económica, política, social, sin la que no puede haber verdadera libertad artística. ¿Es este el camino que nos propone Bruno? Es el camino fácil: en él saldrá a recibirnos enseguida el Sr. Robles o el OPUS con sus exposiciones y ofertas. Pero intentad reflejar en el libro o en el lienzo la vida trágica de los trabajadores, la sordidez de nuestras provincias, la corrupción de las clases dominantes y, sobre todo, las raíces profundas de esa

situación y las fuerzas revolucionarias que luchan por la renovación de nuestra vida nacional, y el camino será áspero y, a veces, peligroso; puede pasar por la cárcel y, desde luego, por el hambre. Lo que no quiere decir que el artista abstracto no pueda conocer también la cárcel (éste es hoy accidente al que están expuestos hasta los sacerdotes y personas ultra-conservadoras) como lo demuestran recientes experiencias, pero no, desde luego, por lo que abstractamente diga desde el lienzo, sino por lo que *concretamente* hace en la lucha política antifranquista.

Bruno nos reprocha a los comunistas asignar al arte « una misión bien definida: educar al pueblo, imbuirle conocimientos e ideas, influirle en un sentido progresivo, mediante un lenguaje sencillo, fácilmente asequible ». Pues sí, eso queremos. Nada menos que eso, tan sencillo, pero ¡tan difícil de realizar! Así fué siempre en los grandes períodos del arte. Lo que no significa, como parece creer Bruno, reducir al arte a seguir las directrices de la política, ni tampoco significa oponer una barrera a las búsquedas innovadoras de lenguaje, de formas. Nosotros no criticamos a los « informales » por sus hallazgos, cuando los hay, en el campo de las posibilidades expresivas de la materia misma; criticamos la monstruosa unilateralidad en que incurren cuando convierten esas posibilidades en objeto único de la pintura.

Afirmando que no hay libertad para el arte en la Unión Soviética, Bruno no hace más que repetir — lo que nos sorprende en él — los tópicos de una propaganda que estamos hartos de oír y que la realidad va demoliendo a medida que la vida soviética es mejor conocida por los pueblos y los intelectuales que viven bajo el capitalismo. Es verdad que en la URSS no hay libertad para predicar la quema de los museos y el desprecio a la herencia artística, ni para otras aberraciones de ese tipo, como no hay libertad para el canibalismo, ni para los « ballets roses ». Pero para la verdadera creación artística hay plena libertad, y la hay no sólo para una reducida élite, sino para millones.

La explicación del hecho — que a mi juicio es cierto — de que los artistas plásticos soviéticos aun no hayan creado obras, salvo contadas excepciones, que estén a la altura de las realizaciones del arte socialista en otros campos (literatura, música, cine, etc.) y de sus realizaciones económicas y científicas, no hay que buscarla en el tópico de la falta de libertad, completamente falso, sino en otras razones.

Una de ellas podría ser que, por lo general, a la pintura y la escultura les es más difícil que a la poesía o la literatura encontrar las nuevas formas de expresión que corresponden a las nuevas realidades. La prueba es que ninguna ideología ni religión han creado su manera de expresión plástica de la noche a la mañana. Hasta ahora, todas han necesitado siglos de tanteos e influencias. Los griegos, que no eran mancos, tardaron dos o tres siglos en crear su estilo. Cinco o seis el cristianismo, y durante muchos años el Renacimiento se inspiró en copias griegas o romanas. La misma burguesía no afirmó su propia escuela hasta muchos años después del triunfo de su revolución; en los primeros decenios sus artistas buscaban la inspiración en la escuela veneciana y española y, por último, en la holandesa que les era más afín. Hasta el imperialismo yanqui ha tardado bastante en encontrar su expresión típica, « el antiarte », a pesar de que la burguesía europea ya le había marcado la ruta (los Kandinski, Malevitch, Tatlin, Larionov, Archipenko, Gabo, Peuvsnér y otros, que huyeron de la revolución proletaria en los primeros tiempos para refugiarse en el « mundo libre », formaron parte, más o menos importante, de los precursores del « informalismo » presente).

Si ponemos atención a la evolución de un arte veremos que en sus primeros balbuceos hay un algo que comienza a distinguirlo de otros estilos, y veremos cómo, poco a poco, se va desarrollando su verdadera personalidad. Pero sería imposible, naturalmente, prever su destino. ¿Quién hubiera podido adivinar en la época Geométrica o Arcaica, la maravillosa eclosión del Partenón, o la evolución del arte cristiano de las catacumbas o de las criptas paleocristianas? Ante

el David de la Convención ¿quien hubiera podido profetizar la evolución del arte burgués, pasando por los impresionistas, cubistas, constructivistas, dadaistas, surrealistas, abstraccionistas y lo que sigue?

Esta realidad histórica probablemente no tendrá interés para el director de la galería parisina que ha informado a Bruno de «lo que pasa» en la Unión Soviética, pero un socialista a quien le interese el arte y quiera comprender su desarrollo bajo el socialismo debe tenerla en cuenta.

En cuanto a las analogías que quiere establecer Bruno entre nuestras posiciones estéticas o ideológicas y las del franquismo resultan verdaderamente ridículas. A los hechos concretos que yo citaba, demostrativos de la protección que los organismos oficiales franquistas dispensan al arte informal, Bruno quiere responder con aquello de «más eres tú», acusándonos de coincidencias con el franquismo, y como prueba presenta que en mi artículo utilizo dos adjetivos que, por lo visto, son franquistas. Confieso no salir de mi asombro. Hasta ahora estaba convencido de que los adjetivos se dejan utilizar por todo el mundo, por todas las clases, ideologías y partidos, y que son buenos para todos los usos, incluso para decir tonterías. No podía sospechar que los adjetivos «superado» e «inocente» se hubieran pasado con armas y bagajes al franquismo. Prometo no volver a hacer uso de ellos, pero le rogaría a Bruno que me aclarara si el verbo «superar» ha seguido también el vergonzoso camino de su adjetivo. Porque en este caso habría que advertir a nuestros amigos de El Paso ya que lo utilizan en su manifiesto. No sea que les acusen de franquistas...

**Pascual García**



## DISCUSION

# ESPAÑA Y EUROPA

*Sobre el tema de « España y Europa », tema de discusión ya tradicional entre los intelectuales españoles, un joven escritor progresista ha enviado a la redacción de « Nuestras Ideas » las cuartillas que a continuación publicamos. Independientemente de la opinión de la Redacción sobre este problema, que ulteriormente daremos a conocer, nos ha parecido sumamente interesante dar a conocer estas páginas e iniciar en torno a ellas una discusión que puede ser fructífera.*



Por espacio de dos siglos, el problema de la relaciones entre España y Europa ha suscitado apasionadas polémicas y ha dividido a nuestros compatriotas en dos bandos opuestos e irreductibles. Desde Jovellanos y los afrancesados del siglo XVIII, hasta el hombre de la calle de mil novecientos cincuenta y nueve, enfrentado — con una ignorancia total de la cuestión — al dilema de aceptar o rechazar el Mercado Común Europeo, dos corrientes intelectuales propugnan y tratan de imponer a la vida nacional dos orientaciones, dos formas de existencia, absolutamente inconciliables, que conviene analizar con alguna calma. Una, tradicionalista, ve la solución en el pasado, en la continuidad de nuestra supuesta misión histórica; hostil a las modernas corrientes políticas e ideológicas, atribuye todos los males de España a la contaminación europea; a la ironía de los de « Africa empieza en los Pirineos » responde cerrándose a cal y canto; el solar ibérico, dice, no admite injertos extraños; para regenerarse, España debe zampuzar en su propia esencia. La otra, por el contrario, predica la apertura a Europa, el fin del proteccionismo inquisitorial, la supresión de los Pirineos. Según ella, España debe buscar su salvación levantando las barreras que la separan de las otras naciones del continente, abriendo sus ventanas, como decía Unamuno, « a vientos o ventarrones del ambiente europeo ». La vida española de estos doscientos años — las Cortes de Cádiz, las fluctuaciones políticas del siglo XIX, la gran conmoción del Noventa y Ocho, etc. — ha sido escenario de una lucha sin tregua entre estas dos tendencias. En contra de lo que muchos supusieron en mil novecientos treinta y nueve, la historia no ha consagrado el triunfo de ninguna y, si queremos sacar algo en claro del embrollo actual — la conversión a las tesis europeístas de muchos sectores tradicionalmente considerados reaccionarios — debemos estudiar las transformaciones sufridas por Europa estos últimos años y plantear el problema de nuestras relaciones con ella sobre bases enteramente nuevas.

La imagen que tenía de Europa el hombre del Noventa y Ocho no concuerda con la que se puede formar el de mil novecientos cincuenta y nueve. La Segunda Guerra Mundial ha desplazado el poder a Moscú y Wáshington y el papel de Europa se ha reducido de modo considerable. Todavía en mil novecientos veinte y nueve



Ortega escribía: « en toda la emplitud de la tierra y en toda la del tiempo, la físico-química sólo ha logrado constituirse, establecerse plenamente en el breve cuadrilátero que inscriben Londres, Berlín, Viena y París ... ¡Lucido va quien crea que si Europa desapareciera podrían los americanos **continuar** la ciencia! » (« La rebelión de las masas », 31 edición, Págs. 134-5). Al cabo de treinta años su afirmación nos parece ya un tanto arriesgada. En un mundo polarizado por Rusia y Norteamérica sus profecías de que « Rusia necesita siglos para **optar al mando** » (Id. Pág. 202) o de que es ilusorio pensar que América « pueda poseer las virtudes del mando » (Id. Pag. 203) muestran menos su cortedad de visión que el hecho de que la Europa que contemplaba no es la misma que nosotros contemplamos.

A lo largo del siglo XIX — y para el hombre del Noventa y Ocho — Europa simbolizaba el progreso frente al inmovilismo de nuestros gobernantes. Tanto para Larra y Unamuno como para Balmes y Vázquez de Mella, Europa era la Revolución de 1789 y la Declaración de los Derechos del Hombre, la industrialización y la reforma de nuestras instituciones y fueros. Ni el fervor europeísta de los primeros ni la posición aislacionista de los segundos se explican sino a partir de esta concepción común a unos y otros. Cuando Unamuno escribe « sólo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en el pueblo, regeneraremos esta estepa moral » (« Sobre el marasmo actual de España », 4<sup>o</sup> ed., Pág. 141) es evidente que no alude a la Europa de la Santa Alianza. La identificación del Viejo Continente al espíritu de la Revolución y el progreso explica la sorprendente nitidez de las profesiones de fe pro y anti-europeas. Ninguna duda, ninguna sombra de confusión como en los momentos actuales. Las posiciones aparecen bien definidas, claras. Si Europa hubiese simbolizado, por ejemplo, el retorno al sueño de Carlomagno, no resulta demasiado aventurado pronosticar que Unamuno habría sido aislacionista y Vázquez de Mella su partidario entusiasta. Las tesis contrapuestas seguirían siendo las mismas y sus sostenedores habrían cambiado de bando. Teniendo presente este hecho, se comprende fácilmente que los espíritus liberales del siglo XIX y el Noventa y Ocho, no podían ser otra cosa que pro-europeos. La posición proteccionista suponía entonces la barbarie cultural y el espíritu ultramontano, el intento de aislar a España de las corrientes de la civilización y el progreso modernos.

Nadie mejor que D. Miguel de Unamuno ha fustigado la vaciedad de esta postura en unos párrafos de « En torno al casticismo » que, por su precisión y justeza, vale la pena recordar: « Los más de los que se llaman a sí mismos tradicionalistas — escribe —, o sin llamarse así, se creen tales, no ven la tradición eterna, sino su sombra vana en el pasado. Son gentes que por huir del ruido presente que los aturde, incapaces de sumergirse en el silencio de que es ese ruido, se recrean en ecos y retintines de sonidos muertos. Desprecian las constituciones forjadas más o menos filosóficamente a la moderna francesa, y se agarran a las forjadas históricamente a la antigua española; se burlan de los que quieren hacer cuerpos vivos de las nubes, y quieren hacerlos de osamentas; execran del jacobinismo, son jacobinos. Entre ellos, más que en otra parte, se hallan los dedicados a ciertos estudios llamados históricos, de erudición y compulsas, de donde sacan legitimismos y derechos históricos y esfuerzos por escapar a la ley viva de la prescripción y del hecho consumado y sueños de restauraciones ». (Espasa-Calpe, 4<sup>o</sup> ed. Pág. 31). Para el Unamuno de mil ochocientos noventa y cinco, las cosas estaban bien claras. Había que abrir las ventanas y osear la patria, europeizarse y poner fin a nuestro aislamiento. Partiendo de la identificación que antes señalábamos, su patriotismo le llevaba a buscar la salvación de España en su incorporación al mundo, al ambiente europeos.

Pero —una duda nos asalta an seguida— ¿esta identificación de Europa al espíritu de la Revolución Francesa no es, en cierto modo, **arbitraria**? La imagen europea de Larra y Unamuno, Balmes y Vázquez de Mella nos parece, en efecto,

al cabo de los años, curiosamente mutilada y como incompleta. Europa simbolizaba a sus ojos la Revolución de mil setecientos ochenta y nueve, pero no **era solamente eso**. En la mente de cualquier hombre español del siglo XIX debía convivir, junto a la imagen de la Europa de los Derechos del Hombre, la de la que en mil ochocientos veintitrés, por ejemplo, envió a los Cien Mil Hijos de San Luis a aplastar nuestras libertades nacientes. Entonces, ¿por qué identificarla con la primera y no con ésta?

La ambigüedad que tanto confunde al hombre de hoy, turbaba ya a los espíritus más sagaces del siglo XIX. En mil ochocientos noventa y cinco, como en mil novecientos cincuenta y nueve, Europa ofrecía dos rostros, como el dios Jano: uno, liberal, abierto, progresista; otro, reaccionario, brutal, hermético. La rectificación posterior de Unamuno y la postura aislacionista — paradójica sólo en apariencia — de un hombre tan entrañablemente liberal como Ganivet no se explican de otra manera. Cuando Unamuno escribe «¿Por qué no hemos de decir: «Hay que africanizarse a la antigua» o «hay que anticuarse a la africana»?» (Ensayos. Ed. Aguilar VI. Pág. 902) y habla de «españolizar a Europa» no modifica en lo profundo su punto de vista anterior, ni adopta una posición reaccionaria como algunos pudieran creerlo. **Es su imagen de Europa la que ha evolucionado entre tanto y no se identifica ya, como antes, al espíritu de libertad y progreso.** Unamuno no cree, como creyó luego Ortega, en una Europa fundada «en la ilusión de Imperio y la disciplina de la responsabilidad» («La rebelión de las masas», 31 edición. Pag. 209). En mil novecientos seis descubre, con gran lucidez, que la salvación sólo puede venir de la propia España. «Nos empeñamos — es decir, se empeñan muchos — en deformar su espíritu conforme a un patrón de fuera y no conseguimos ni hacernos como aquéllos a quienes pretendemos remedar ni ser nosotros mismos», escribe en «Sobre la europeización» (Ensayos. VI. Pág. 912).

¡Cuánto camino el recorrido en poco más de diez años! El itinerario de Unamuno, del europeísmo juvenil a la postura más matizada y crítica de su madurez, ilustra elocuentemente las dificultades que acechan al intelectual español cuando se adentra en un problema tan espinoso como el de definir su posición pro o anti-europea. La ambigüedad — duplicidad, mejor — de la expresión «Europa» le llevaron, sin alterar la fidelidad de su pensamiento esencial, a sostener dos tesis contrarias en apariencia.

Pero no es a Unamuno, sino a Ganivet, a quien corresponde el mérito de habernos puesto por primera vez en guardia contra esa duplicidad. Anticipándose genialmente a su tiempo, el autor del «Idearium español», examina con implacable rigor la futura evolución de Europa y sienta las bases de nuestro porvenir sobre perspectivas enteramente nuevas. En el momento en que Europa parece dueña y señora del mundo — al escribir el «Idearium» las grandes potencias discutían el reparto de China — intuye y analiza las causas de su decadencia: «Los europeos dicen que dominan por sus ideas, pero esto es falso... Europa ha representado siempre el centro unificador y director de la humanidad y esto ha podido lograrlo solamente ejerciendo violencia sobre los demás pueblos» («El porvenir de España», Ed. Espasa-Calpe. 5.º Ed. Págs 157-9). La Europa de Ganivet no se parece a la que ven sus contemporáneos, ya sean conservadores o liberales; se asemeja, más bien, a la que nosotros vemos.

Bajo la máscara del progreso adivina que su poder radica únicamente en su fuerza y su sentido profundo de la Historia le advierte que todo dominio fundado en la violencia es efímero. Invirtiendo el planteamiento de los términos profetiza que no es España la que debe imitar a Europa, sino que es Europa la que, fatalmente, va a imitar a España. El poder de aquélla se eclipsará, como un día se eclipsó el nuestro y, una tras otra, las naciones del Viejo Continente nos seguirán en nuestra decadencia: «España ha sido la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y conquista; ha sido la primera en decaer y terminar su evolución material, desparramándose por extensos territorios, y es la pri-

mera que tiene ahora que trabajar en una restauración política y social de un orden completamente nuevo; por tanto, su situación es distinta de la de las demás naciones europeas, y no debe de imitar a ninguna, sino que tiene que ser ella la iniciadora de procedimientos nuevos, acomodados a hechos nuevos también en la Historia. Ni las ideas francesas, ni las inglesas, ni las alemanas, ni las que puedan más tarde estar en boga, nos sirven, porque nosotros, aunque inferiores en cuanto a la influencia política, somos superiores en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución; por el hecho de perder sus fuerzas dominadoras (y todas las naciones han de llegar a perderlas) nuestra nación ha entrado en una nueva fase de su vida histórica y ha de ver cuál dirección le está marcada por sus intereses actuales y sus tradiciones» («Idearium» Págs. 126-27).

Al escribir estos párrafos proféticos, llenos de fina agudeza y comprensión histórica, Ganivet predicaba en el desierto. La otra cara de Europa seguía fascinando — fascina aún — a los espíritus más liberales y abiertos, y, ciegas a su verdadera misión, las clases rectoras del país, nos embarcaban — y nos embarcarán aún — en nuevas aventuras lamentables. Inútilmente ha dicho: «nosotros no somos ya un pueblo ansioso de expansión, aunque por rutina pidamos expansiones» («Idearium». Pág. 122); en vano ha advertido: «hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte» (Íd. pág. 123) y ha repetido a sus compatriotas: «vivimos imitando debiendo de ser creadores» (Íd. pág. 127). La terca cerrazón y la mezquindad nos han impedido oír su voz y, al cabo de más de sesenta y cinco años de humillaciones y vergüenzas, seguimos sin escucharla. Europa nos ha sucedido en nuestra decadencia y, en lugar de trabajar y de confiarlo todo a nuestro esfuerzo, continuamos rigiendo nuestros asuntos por el ejemplo de los demás, sin comprender aún que tenemos «hoy por hoy dentro de España más tierra, más luz y más aire que necesitamos» (Íd. pág. 115).

Si Ganivet pudiese salir de su tumba, volvería seguramente a ella, abrumado por el espectáculo de nuestra miseria, nuestro rebajamiento y nuestra ignorancia. La «unión familiar» de los pueblos hispánicos, la elaboración de un concepto de vida «original», capaz de luchar victoriosamente contra las ideas europeas, todas las empresas que su hondo patriotismo sugería, siguen en el aire. Desde su muerte, España ha consagrado su atención a las cuestiones que él consideraba «despreciables» y, entre tanto, Europa se ha **españolizado**, en el mal sentido de la palabra.

Lo que entonces sólo adivinó él, ahora basta abrir los ojos para contemplarlo. La imagen actual de Europa concuerda cada vez menos con lo que admiraron el pasado siglo nuestros liberales. Su rostro no refleja el progreso material e intelectual, sino más bien — y cada día de modo más acusado — la nostalgia de su antiguo poder, la impotencia envidiosa y la opresión que no intenta justificarse. La historia europea de esos últimos años parece una parodia de la nuestra del siglo XIX. Creemos leer los discursos de Cánovas del Castillo y son los de M. Guy Mollet o de M. Felix Gaillard. «Precursores de la decadencia», como nos llamaba Ganivet, al oír la retórica de nuestros conservadores en las páginas de la vieja **Ilustración Española y Americana**, descubrimos con estupor que parece inspirar directamente la de los modernos líderes socialistas y radicales. (1)

¿Cómo extrañarse entonces, de la súbita conversión al europeísmo de los sectores que antes se esforzaban en aislarnos? Es su misma fidelidad a esa «España tahir, zaragatera y triste» que execraba D. Antonio Machado, la que les empuja ahora a asegurar su inmovilismo, aliándose con los imitadores de su decadencia. **Es Europa la que ha cambiado, no ellos.** Y tan consecuentes son en sus propósitos como debemos serlo nosotros en los nuestros. Pues, esta Europa a la que pretenden unir el destino de la nación ¿qué progreso real significa? ¿qué solución representa?

Durante más de un siglo la intelectualidad avanzada española ha tratado de suprimir los Pirineos y barreras que nos cortaban de Europa y el conservadurismo

de las clases rectoras dió al traste con sus esfuerzos. Ahora, cuando los antiguos enterradores nos proponen la unión, no debemos caer en la trampa de una concesión fingida ni dejarnos embaucar por su retórica huera. Debemos responder simplemente: « Demasiado tarde ».

Hace más de sesenta y cinco años que Ganivet dijo: « Vivimos imitando, debiendo de ser creadores », y ha llegado el momento de construir una España de acuerdo con sus palabras. La Europa degradada que nos imita no puede aportarnos nada nuevo. Las mismas razones que nos hubieran hecho amarla un siglo atrás nos obligan ahora a volverle la espalda. Hoy, nuestras miradas deben volverse hacia los pueblos de América, África y Asia que combaten por su libertad e independencia. Nuestro porvenir está ligado a su lucha. Europa representa el pasado, el inmovilismo. Hora es de « africanizarse » como decía Unamuno y transformar en bandera reivindicativa la ironía transnochada de lo de « África empieza en los Pirineos ».

A. J

MINISTERIO  
DE CULTURA

---

(1) Aconsejo la prueba al lector. El efecto es impresionante.

## POESIA Y VERDAD

*En el próximo mes de octubre — el día 30 — se cumplirá el cincuenta aniversario del nacimiento de Miguel Hernández, muerto en las cárceles del dictador Franco, en 1942. No hay duda de que la obra de Miguel Hernández está teniendo cada día más influencia entre las actuales promociones literarias de nuestro país, está cada día calando más hondo. La obra y el ejemplo de Miguel Hernández, la poesía y la verdad del comunista Miguel Hernández, imposibles de separar, por mucho que les pese a algunos perros ratoneros del mundo de las letras. «NUESTRAS IDEAS», en uno de sus próximos números, dedicará uno de sus ensayos a un estudio de conjunto de la obra del poeta, pero hemos querido, entretanto, y como primer homenaje de nuestra parte al recuerdo de Miguel, publicar algunas de sus poesías, inéditas o prácticamente desconocidas por el lector en general, de la época grandiosa y trágica de la lucha del pueblo contra el fascismo.*

*A continuación publicamos un poema de un joven escritor andaluz, enviado a nuestra revista con la firma seudónima de Juan de Juan. Y lo publicamos — aparte del valor intrínseco de estos versos — porque nos ha parecido escuchar aquí un eco de esa misma voz de Miguel Hernández, de esa voz enjuta, recia, incansable, que a través de los años sigue alzándose en el « viento del pueblo ».*

## TERUEL

Líster, la vida, la cantera, el frío:  
tú, la vida, tus fuerzas como llamas,  
Teruel como un cadáver sobre el río.

La efusión de las piedras y las ramas,  
la vida derramando un vino rudo  
cerca de aquel cadáver con escamas.

Aquel cadáver defendió su escudo,  
su muladar, su herrumbre, su leyenda:  
pero la vida prevalece y pudo.

Por mucho que un cadáver se defienda,  
la muerte está sitiada, acorralada,  
cercada por la vida más tremenda.

Ni con la obstinación de la nevada  
el círculo de hogueras se deshace,  
se rompe el cerco de la llamarada.

No hay quien lo enfríe, quien lo despedace.  
Retrocede la helada en las orejas  
de este fuego vital que sopla y hace.

Contra la muerte, contra sus ovejas,  
fundiendo de bravura el armamento,  
disparas las pasiones y las cejas.

Líster, la vida, piedra del portento,  
necesita una forma victoriosa,  
y habrás de trabajarla con tu aliento.

Cantero de la piedra en cada cosa,  
exiges la materia de ese hispano  
granito, que es la piedra más hermosa.

En el **g**ranito se probó tu mano,  
como **en** la harina, el yeso y la madera  
se **prueba** tanto puño de artesano.

Eso **es** hacer la mano duradera,  
y eso **es** vivir a prueba de peñones,  
y eso **es** ahondar la sangre y la cantera.

Sobre **el** cadáver de Teruel te impones,  
y el **alma** en los disparos se te escapa  
frente **a** la nieve y a sus municiones.

Impulsos con el aire de tu capa  
das a **tu** potro, puesto a cada instante  
a **recobrar** las pérdidas del mapa.

Yo me **encontré** con este comandante,  
bajo la **luz** de los dinamiteros,  
en el **camino** de Teruel, delante.

A la **muerte** arrebatan los canteros  
la **primera** ciudad : por sus collados  
se han **derramado** varios compañeros.  
¡Qué **victoriosamente** derramados!

## MADRID

*De entre la piedra, la encina y el haya,  
de entre un follaje de hueso ligero  
surte un acero que no se desmaya,  
surte un acero.*

*Una ciudad dedicada a la brisa,  
ante las malas pasiones despiertas  
abre sus puertas como una sonrisa,  
cierra sus puertas.*

*Un ansia verde y un odio dorado  
arde en el seno de aquellas paredes.  
Contra la sombra, la luz ha cerrado  
todas sus redes.*

*Esta ciudad no se aplaca con fuego,  
este laurel con rencor no se tala.  
Este rosal sin ventura, este espliego,  
júbilo exhala.*

*Puerta cerrada, taberna encendida:  
nadie encarcela sus libres licores.  
Atravesada del hambre y la vida,  
sigue en sus flores.*

*Niños igual que agujeros resecos,  
hacen vibrar un calor de ira pura  
junto a mujeres que son filos y ecos  
hacia una hondura.*

*Lóbregos hombres, radiantes barrancos  
con la amenaza de ser más profundos.  
Entre sus dientes serenos y blancos  
luchan dos mundos.*

*Una sonrisa que va esperanzada  
desde el principio del alma a la boca,  
pinta de rojo feliz tu fachada,  
gran ciudad loca.*

*Esa sonrisa jamás anochece:  
y es matutina con tanto heroísmo,  
que en las tinieblas azulmente crece  
como un abismo.*

*No han de saltarle lo triste y lo blando:  
de labio a labio, imponente y seguro,  
salta una loca guitarra clamando  
por su futuro.*

*Desfallecer . . . Pero el toro es bastante.  
Su corazón, sufrimiento, no agotas.  
Y retrocede la luna menguante  
de las derrotas.*

*Sólo te nutre tu vivida esencia.  
Duermes al borde del hoyo y la espada.  
Eres mi casa, Madrid: mi existencia,  
¡qué atravesada!*



## CANTO DE INDEPENDENCIA

Paso a paso, mi tierra vuelve a mí. Trozo a trozo,  
vuelven la claridad del día y del centeno.  
Han querido arrojar tanta luz en un pozo,  
en un pozo guardado por un puño de cieno.

Por una madrugada de gallos iracundos,  
un ejército joven como las madrugadas  
conquista, paso a paso, los arados profundos,  
los pueblos invadidos, los hijos, las azadas.

Soplan los toros y hacen temblar la luz del cielo:  
los hombres que yo digo la aumentan y la aclaran,  
hasta cuando la sombra viene a invadir el suelo  
y a la sombra estos hombres que he dicho le disparan.

Haciendo luz la luz y luz la sombra densa,  
van los padres del sol, los padres del granito,  
que hacen la espiga grande, y hacen la vida inmensa,  
y el vientre de las madres poblado de infinito.

Aprende en estas vidas, aprende como aprendo:  
aprende a ser un hombre bien clavado en el barro,  
lo mismo que estos hombres que mueren encendiendo  
la mecha, la sonrisa, la muerte y el cigarro.

Dejad el pie descalzo para pisar el punto  
donde cayó la sangre de las mejores venas:  
para besar la tierra donde recojo y junto  
los huesos orgullosos de rodar sin cadenas.

Los huesos de los que antes de entregarse al verdugo  
prefieren enterrarse bajo su misma mano,  
sobre la boca donde habitara el mendrugo  
echándose una tierra que no podrá el gusano.

Vergüenza en tus mejillas mientras que tú no obres  
como estas anchas vidas que hasta los astros llegan.  
Dulce es la sangre, dulce, la sangre de los pobres,  
la sangre de los pueblos con la que tantos juegan.

Los cuervos la devoran a puros picotazos,  
ávidos la reclaman los ricos con embudos;  
hasta que, amargamente, se encrespa por los brazos  
y ataca a quien la absorbe con aletazos rudos.

Hoy, mientras esta sangre recorre España entera  
y apenas por sus hombres prueba el pan, prueba el beso,  
vosotros, los llegados de un hambre carnífera,  
como los perros mismos os disputáis un hueso.

Sois los que nunca abris la mano, la mirada,  
el corazón, la boca, para sembrar verdades:  
los que siempre pedís, los que jamás dáis nada,  
cosecheros que sólo sembráis oscuridades.

¡Fuera de aquí, egoístas de retorcidas manos,  
dispuestos a negar la pureza de la nieve!  
Sois también invasores como los italianos,  
como la dinamita que sobre España llueve.

La vida que prorrumpe como una llamarada  
comunicando al cielo su resplandor de avena,  
vuestra existencia seca de cárcel encerrada  
que no sabe obtener la libertad, condena.

Blandos de peticiones y blandos de lamentos,  
se mueven vuestros labios que tan sólo provoca  
una voracidad brutal por los sustentos,  
sucia y abierta en tanto que otros cierran la boca.

Ellos cierran la boca como una piedra brava  
y aprietan las cabezas como un siglo de puños,

cerradas, agresivas, llenas de espuma y lava,  
contra aquéllos que quieren robar nuestros terruños.

Rayos de carne y hueso, carbonizan a aquéllos  
que atacan su pobreza, su trabajo, su casa.  
Yo voy con este soplo que exige mis cabellos,  
yo alimento este fuego creciente que me abrasa.

Escoged bien la piedra para grabar los nombres,  
la eternidad, los rasgos, la vida, la figura  
de la definitiva materia de estos hombres,  
hasta volverla carne de siglos y hermosura.

Escoged bien la mano y el cincel decisivo  
donde de estos soldados la historia resplandezca,  
porque el avance sigue de la encina al olivo  
por más que el perro ladre y el cuervo se oscurezca.

España se levanta limpia como las hojas,  
limpias con el sudor del hombre y las mañanas,  
y aún sonarán las voces y las pisadas rojas  
cuando el bronce no suene y el cañón eche canas.

Juan de JUAN

## POEMA

*Porque decir verdad es un pecado  
y mano que se alza se cercena,  
porque la voz se apaga a boca llena  
y se ignora el amor del desterrado.*

*Porque España es un grito desgarrado  
que araña la cal agria y que resuena  
como un grito de ira y de condena  
sobre la longitud de lo callado.*

*Porque España es de llanto y de llanura,  
de seco adobe y ácidos resoles,  
de pan moreno y hambre y calentura.*

*España, la que gira en girasoles  
de las plazas de toro y de locura  
calcinada en la arena por mil soles.*

*España de Machado en rebeldía,  
España a borbotones de ceguera,  
España empitonada por la fiera  
desangrándose a caños por su estría.*

*España agonizante que se enfría,  
España, España — el grito y la ronquera —  
España abierta a surco en sementera  
para la gran cosecha de alegría.*

*España de tus sueños de trigales,  
tuya España, Machado, tuya ahora  
carne apretada por los litorales.*

*Corazón perforado por la aurora,  
despeñado en los altos manantiales  
donde el agua es más clara a cada hora.*

Abril, 1960.

## JESUITAS Y DIALECTICA

Desde que Bochenski publicó su ya viejo ensayo sobre el materialismo dialéctico, la literatura sobre marxismo debida a autores eclesiásticos se ha enriquecido considerablemente. Con el libro de Ives Cálvez, S. I. **La pensée de Karl Marx**, esa literatura alcanza por otra parte un nivel de dignidad poco frecuente en la bibliografía antimarxista. Bochenski adoptó en su librito — y sigue adoptándola en su voluminoso **Handlexikon des Weltkommunismus** — la postura tan poco consistente que asume entre nosotros Julián Marías cuando cuenta que «creía que Ferrater Mora era una persona inteligente» hasta que supo que se había preocupado por informarse acerca del marxismo. También Bochenski cree que el marxismo es «una doctrina que ningún hombre culto puede hacer suya».

Así escribía en 1945 el respetado — y en tantos campos respetable — dominico. Pero pese a ello sigue habiendo hombres no totalmente incultos que son o llegan a ser marxistas y comunistas, y a veces a contrapelo, con difícil tenacidad y poniendo a contribución la propia vida, como lo recordó hace poco al mundo occidental el Dr. Klaus Fuchs al dirigirse directamente desde su cárcel británica a la República Democrática Alemana (1). La sentencia de Bochenski recuerda así el despectivo «te oiremos otro día» que espetaron a Pablo de Tarso unos epígonos del gran pensamiento clásico cuyos nombres no ha tenido a bien conservar la historia. Tanto lo recuerda, que otros clérigos más sensibles — al frente de los cuales figuran, por lo que hace a la calidad, dos jesuitas: el citado P. Cálvez y el P. Wetter — han tratado después de Bochenski la cuestión con mucha mayor matización y con resultados probablemente más fecundos para los católicos.

También son esos resultados, naturalmente, más agradables para los marxistas, pues a pesar del carácter anatematizador de los libros aludidos — especialmente el de Wetter —, ni éste ni Cálvez ponen ya en duda la documentación con la cual el pensamiento marxista acredita su presencia en la historia de la filosofía y de la cultura y en el panorama actual de las mismas.

Eso no quiere decir que dichos libros — ni siquiera el de Cálvez, que es sin duda el más penetrante — hagan justicia al marxismo, ni que lo expongan sin malentendidos e incomprensiones **fundamentales**. A una de esas incomprensiones, y de las más importantes, están dedicadas las líneas de esta nota.

Entre los equívocos de más trascendencia, no ya en la polémica de nuestros clérigos con el marxismo, sino en su misma interpretación de éste, se encuentra la incapacidad casi absoluta de hacerse cargo de lo que es un pensamiento dialéctico. En el lenguaje marxista **dialéctica** se contraponen a **metafísica**. La incomprensión del pensamiento dialéctico por filósofos formados en la metafísica tradicional ilustra muy oportunamente aquella contraposición.

Wetter tropieza con la dialéctica a propósito de las relaciones entre marxismo y positivismo (2): estas dos doctrinas coinciden en su cientificismo — es decir en la tesis básica de que toda verdad teórica pertenece al campo de una ciencia — y en la consiguiente condenación de la metafísica — presunta doctrina de aspectos del ser no captados por la ciencia y anterior a ésta en fundamentalidad. Esta posición positivista es, según Wetter, característica de Engels. Pero, por otra parte, tanto el positivismo comtiano del siglo XIX como el neopositivismo del XX niegan todo objeto a la filosofía (como no sea el de una reducida actividad crítica epistemológica), mientras que el marxismo propugna la subsistencia de ese venerable producto de la tradición cultural europea en el actual estadio de la humanidad. Wetter observa que el propio Engels sostiene también esta actitud, y concluye que la filosofía marxista «oscila constantemente entre positivismo y antipositivismo» (3).

Hay, en efecto, oscilación en el marxismo. Pero no «entre positivismo y antipositivismo», sino entre conocimiento positivo de la experiencia científica y la práctica social (la experiencia en general, única fuente de conocimiento) y la generalización de esa experiencia según un método determinado, **para insertarla nuevamente, en otro movimiento pendular, en la experiencia científica y en la práctica social**, en vez de trasmutarla en hierática verdad supraempírica, inmutable, metafísica. Este oscilar recibe el nombre de pensar dialéctico.

El pensamiento dialéctico es historicismo consecuente, inmanentismo integral, resolución del conocimiento en su propio proceso y en el de toda la vida humana. La generalización del conocimiento empírico, en la que naturalmente interviene siempre la abstracción en diversos grados, no es para el marxismo fuente de verdades «eternas», sino de nuevas verdades relativas por más que generales (abstractas), la virtualidad de las cuales consiste precisamente en su reinserción en la positividad científica y en la práctica social que así se iluminan progresivamente mientras superan por su parte la inevitable abstracción de la generalización. Alguien ha dicho que «lo absoluto es lo relativo». Para el pensamiento marxista lo absoluto del conocimiento — si es que tal expresión puede laxamente usarse — radica exclusivamente en la ideal totalidad de su desarrollo dialéctico entre la positividad científico-empírica y la generalización, a través — a diferencia de lo que ocurre en Hegel — de un tiempo real que es la historia humana. Y ese absoluto es meramente lógico, ideal, porque no hay para el marxismo una entidad substantiva y separada, autosuficiente, que se llame conocimiento puro o algo semejante: la realidad plena es la humanidad, en su historia, en su trato con la naturaleza.

¿Y la filosofía? La filosofía es para el marxismo ante todo el pensamiento en que el proceso dialéctico del conocimiento llega a transparencia teórica, se hace método. La filosofía marxista, como conciencia de la dialéctica, es en primer término doctrina del método. Tiene, naturalmente, — y sabe que los tiene, a diferencia de la metodología formal de la mayor parte de la tradición filosófica y de la insostenible pretensión neopositivista de hacer método sin teoría — sus presupuestos doctrinales, que pueden resumirse como concepción dialéctica de la realidad misma. Pero esta concepción dialéctica general de la realidad halla para el marxismo su justificación en la ciencia, en vez de ser una concepción apriorísticamente impuesta al hecho científico, ya sea por un dogma — como ocurre a la ciencia y a la filosofía católicas cuando se trata de problemas como el origen del mundo, de la vida o del hombre — ya sea por la tiranía de algún lugar común del sano buen sentido aristotélico hipostatizado en principio metafísico — como ocurre en la filosofía natural escolástica cuando se explica el cambio de un cuerpo por la profunda observación de que dicho cuerpo estaba en potencia de ser movido.

La filosofía marxista, básicamente teoría de la dialéctica, no se concibe esencialmente como legislación supracientífica otorgada a la ciencia, porque su principio primero, el de la naturaleza dialéctica de la realidad es más bien

generalización filosófica de los resultados y de la historia del conocimiento científico mismo y de la sociedad humana en general. Por eso es el marxismo «a la vez positivismo y antipositivismo» o, más bien, superación de esa antítesis por el único camino de que dispone la humanidad para superar sus contradicciones: la historia. La filosofía marxista no puede considerarse a sí misma como culminación del conocimiento sino desde un punto de vista formal: en tanto que afirma su propia historicidad dialéctica y es así la teoría de su propio cambio, de su propio proceso. Los mismos postulados epistemológicos — la teoría del reflejo cognoscitivo de Lenin, por ejemplo — necesariamente supuestos por toda actividad de conocimiento, tienen como «verdades eternas» un valor formal para el marxismo, pues no sería compatible con éste la afirmación de que el reflejo de la realidad extramental en la conciencia humana esté sustraído a la historia.

La tensión entre la ciencia y la filosofía no se resuelve pues para el marxismo en ningún momento de la historia del movimiento científico — si es que por **resuelta** se entiende **acabada**. Y la hipótesis de un final de la historia y del desarrollo del conocimiento es, de acuerdo con la milenaria experiencia de la humanidad, una hipótesis sin sentido. En todo caso, es una hipótesis nada marxista, pues frente a toda escatología — y pese a lo cómodo que pueda resultar para el pensador antimarxista el hacer del marxismo una escatología — éste ha concebido siempre el comunismo a que tiende como una nueva forma de historicidad (como «el principio de la historia humana», según la frase del clásico), y no como el final de la historia.

Por más honrada erudición que ponga al servicio del estudio del marxismo un filósofo esencialmente metafísico, ahistoricista como es Wetter, se comprende que no le será posible penetrar realmente en él mientras no aprenda a prescindir de la idea orgullosa y mil veces refutada de que la filosofía (propiamente: la metafísica) es un **deus ex machina** que, caído del cielo a través de un genio griego, un genio medieval y dos encíclicas, dicta a la ciencia, desde una abstracta y apriorística altura, los principios supremos del ente.

Aunque la envergadura, por así decirlo, académica del libro de Wetter es superior a la del libro de Cálvez, éste, como hemos indicado ya, es bastante más sutil. Lo es también en el problema de la dialéctica. Ocurre precisamente que la idea básica del pensamiento dialéctico interesa sustantivamente a Cálvez, hasta el punto de moverle a esbozar un desarrollo personal de la misma (4).

La fórmula de Marx que antes hemos citado — el desarrollo de la humanidad hasta alcanzar el comunismo es propiamente su prehistoria como especie racional — obliga a Cálvez a presentar su argumentación contra la dialéctica del clásico, por la sencilla razón — ¿cómo nos olvidamos tan a menudo de los pies de barro del coloso intelectual escolástico? — de que esa afirmación es incompatible con el cuadro de la filosofía de la historia cristiana, basado en los tres mitos de la Creación, la Redención y la Consumación de los siglos. Como en ningún otro lugar del libro es aquí difícil distinguir lo que es realmente crítica de lo que es **ignorantia elenchi** debida, no a falta de erudición, sino a excesiva relajación hermenéutica: en las páginas 536—548 del libro, que contienen una crítica preliminar de la tesis histórica de Marx de la «acumulación originaria» y sobre los comienzos del capitalismo, tesis en la crítica de la cual fundamentara Cálvez la crítica de la dialéctica, no hay una sola proposición de Marx que esté reproducida en términos de mediana consistencia filológica. Renunciando a una discusión de la interpretación dada por Cálvez a la exposición de Marx sobre la acumulación originaria (principalmente en Inglaterra), la argumentación del jesuita contra la dialéctica marxista — la crítica que se presenta en el terreno de la economía y de la sociedad — puede resumirse así: «hay en Marx dos tipos de dialéctica y, por ende, dos concepciones de la historia, entre las cuales él no ha realizado ni podía realizar una verdadera conciliación» (5). El primero de estos tipos «descansa en la existencia de diversas relaciones inmediatas entre el hombre y la naturaleza por una

parte; entre el hombre y el otro hombre, por otra parte, y en la existencia de una mediación en estas relaciones, tanto mediante el trabajo como mediante la sociedad en pleno devenir histórico». Junto a ese tipo de dialéctica — para el cual Cálvez reserva gratuitamente el nombre de «materialismo dialéctico» — hay otro, bautizado también con arbitraria exclusividad como «materialismo histórico», y que «se refiere al movimiento histórico, a la alienación histórica y a su supresión» (6).

Resulta verdaderamente sorprendente que Cálvez haya podido escribir una cosa así. Lo normal en una lectura más habituada al respeto filológico de un texto o de una literatura habría sido hallar en el marxismo numerosos tipos de dialéctica o, para un lector que realmente dominara el núcleo del pensamiento marxista, sólo un tipo fundamental. El subsiguiente desarrollo de Cálvez permite, sin embargo, comprender su lectura:

«El primer tipo de dialéctica . . . corresponde a la **objetivación** del hombre; el segundo tipo . . . corresponde a la categoría de **alienación**. La segunda dialéctica, al desembocar en una terminación de la mediación en la sociedad comunista, suprime de hecho la primera mediación, que, sin embargo, parecía ser muy general» (7). Con estas palabras y aun empleando un nuevo tecnicismo, Cálvez se adhiere a la vieja y absurda concepción del comunismo marxista como mito escatológico de «consumación de los siglos» (evidentemente los cristianos se empeñan en que seamos cristianos), imagen que se perfila muy claramente detrás de las siguientes palabras: «La terminación de la mediación en la sociedad comunista constituye una **novación** de todas las relaciones constitutivas de lo real. Por lo tanto, la segunda dialéctica constituye también una novación radical en relación con la primera. . . . entre ambas dialécticas no existe **ninguna comunicación**. Y en este caso Marx no puede ya ni siquiera pretender partir del análisis de lo real y de la historia que él vive efectivamente para llegar a sus conclusiones acerca de la sociedad comunista. Su tentativa es contradictoria; tropieza con la **discontinuidad** de la estructura de lo real, que no se puede eliminar si se admiten simultáneamente sus dos concepciones de la dialéctica» (8).

El increíble absurdo de esta crítica de Cálvez se hace patente en cuanto que se para mientes en que el **principio de discontinuidad** es precisamente el **más** característico de la dialéctica marxista. Marx y los marxistas piensan que lo que hace que el movimiento dialéctico de la realidad sea algo más que un mero decurso temporal es su **discontinuidad cualitativa**, el hecho de que **natura et historia faciunt saltus**. Por eso decíamos antes que un lector que hojee por vez primera los clásicos del marxismo puede contar con toda la benevolencia del marxista si descubre que «parece» que haya en Marx numerosos modos de dialéctica — tantos cuantas constelaciones estructurales sociales. Este lector ingenuo — pero capaz por lo menos de leer — «descubriría» además y consecuentemente que en la dialéctica marxista hay **varias** novaciones, y no una sola. Descubrirá incluso que los marxistas nos pasamos de rosca a veces, por ejemplo, permitiéndonos especular acerca de unas primeras novaciones de la dialéctica real en épocas prehistóricas no demasiado conocidas. — Pero cuando relea, nuestro lector novel se dará cuenta de que en la comprensión marxista de la realidad humana no se trata propiamente de dialécticas diversas, sino de diferentes procesos cualitativos del proceso dialéctico. Toda la historia es novación, y no sólo una parte de ella. Pero la novación constante es, puede decirse, cualitativamente irrelevante, acumulación de novedad que no consigue alterar cualitativamente los marcos estructurales en que se produce, como, por ejemplo (y esto no es más que un ejemplo, y los ejemplos se vengan, como dice Zubiri) el hecho de que en plena Edad Media y pese a las prohibiciones religiosas se desarrollara en mayor o menor cuantía un capital usurario no fué novedad suficiente para romper el marco estructural feudal. La verdadera o propia novación histórica es el cambio estructural, el cambio **cualitativo**. Esta es la tesis que profesa el marxismo con el principio de discontinuidad; resulta pues incomprensible y

ridículo que un escritor tan interesante en muchos aspectos como Cálvez pueda hacer de esta tesis **explícita** del marxismo objeto de laborioso descubrimiento a efectos de argumentación crítica: ¿qué extraña aberración óptica le impidió leerla, escrita con todas las letras, en los clásicos del marxismo?

Ahora bien: el error interpretativo de Cálvez tiene raíces profundas. Parafraseándole podemos decir que Cálvez no podía en absoluto interpretar correctamente el punto sin salirse del pensamiento metafísico. En efecto, la distinción entre dos tipos de dialéctica contraponen básicamente una dialécticidad plenamente histórica (con cambio cualitativo) — que es según Cálvez la de la alienación — a otra dialécticidad impropriamente histórica (sin novación cualitativa) representada, sobre todo, según él, por el trato del hombre con la naturaleza y con las entidades económicas elementales. Ahora bien: esta segunda dialéctica ahistórica podrá entenderla él, Cálvez, pero es sencillamente inadmisibile para un marxista, el cual la considerará mero ente de razón, fruto de la más ingenua de las abstracciones: no hay trato ahistórico del hombre no ya con los productos económicos, por primitivos que éstos sean, sino ni siquiera con la naturaleza, porque no hay relación humana que no sea social. El marxista piensa que si alguna vez nuestros antepasados han tenido un trato ahistórico — y asocial — con la naturaleza, no eran todavía hombres: serían pitecantropos, eantropos o lo que fuera, pero hombres, no. Marx y cualquier marxista pueden sin duda trazar con fines expositivos un cuadro dialéctico de la relación hombre-naturaleza en un momento dado de la historia de una sociedad y sin tener en cuenta su historicidad. Un cuadro semejante podría ser trazado, por ejemplo, por un historiador marxista que tuviera interés en exponer la situación de las técnicas en el imperio azteca la víspera de la conquista castellana. Pero ese cuadro no pasaría de ser, con su ahistoricidad, un abstracto expediente didáctico, que todos sabemos, por otra parte, imprescindible en la investigación y en la enseñanza. Las relaciones hombre-naturaleza o las relaciones de producción no son para el marxismo reflejo de una naturaleza permanente del mundo, del hombre y de la sociedad, sino fruto de un proceso histórico. Y no hay dialéctica real sin tiempo real cargado de novación cualitativa y discontinua.

Este es el **punctum dolens** del « progresista » Cálvez: la imposibilidad, pese a su progresismo, de admitir o tan siquiera percibir en el marxismo esta radical historicidad del hombre y de sus relaciones con la naturaleza y con los demás hombres; pues el progresismo de Cálvez no puede naturalmente pasar por encima de la inmutable **forma essentialis** de la especie humana ni por encima de la coextensividad del pecado original a dicha especie.

Esta circunstancia explica el hecho, en apariencia sorprendente, de que un estudioso de la categoría de Cálvez haya de ser corregido en la peregrina afirmación de la existencia de dos dialécticas en el marxismo: una no cualitativa, teoría — escribe — « de las condiciones fundamentales de la vida económica del hombre » o de « toda » vida económica « en general » (9), y la otra, en cambio, « exclusivamente histórica » (10) que da origen, según él también exclusivamente, a la idea comunista. La primera es naturalmente la buena para Cálvez: « hay que quedarse con la primera forma de la dialéctica » (11). ¿Por qué? Porque, tal se desprende de las anteriores exposiciones de Cálvez, la segunda — **la que según él funda la idea comunista** — es incompatible con la primera. ¿Se nos reprochará sectarismo si añadimos otra razón más para que Cálvez quiera quedarse con la « primera forma de dialéctica »? Esa otra razón es que, si no decapita la dialéctica, si no sustrae de ella la realidad del cambio cualitativo, Cálvez tiene que hacerse comunista o reconocer abiertamente el objetivo reaccionario de su libro: construir un « marxismo » que no lleve al comunismo.

Por lo demás, Cálvez tiene perfecto derecho de hacer uso — tan exclusivo como quiera — de esa « primera dialéctica », por la sencilla razón de que, como hemos visto, es también — y exclusivamente — fruto de su cerebro. Pero el marxismo

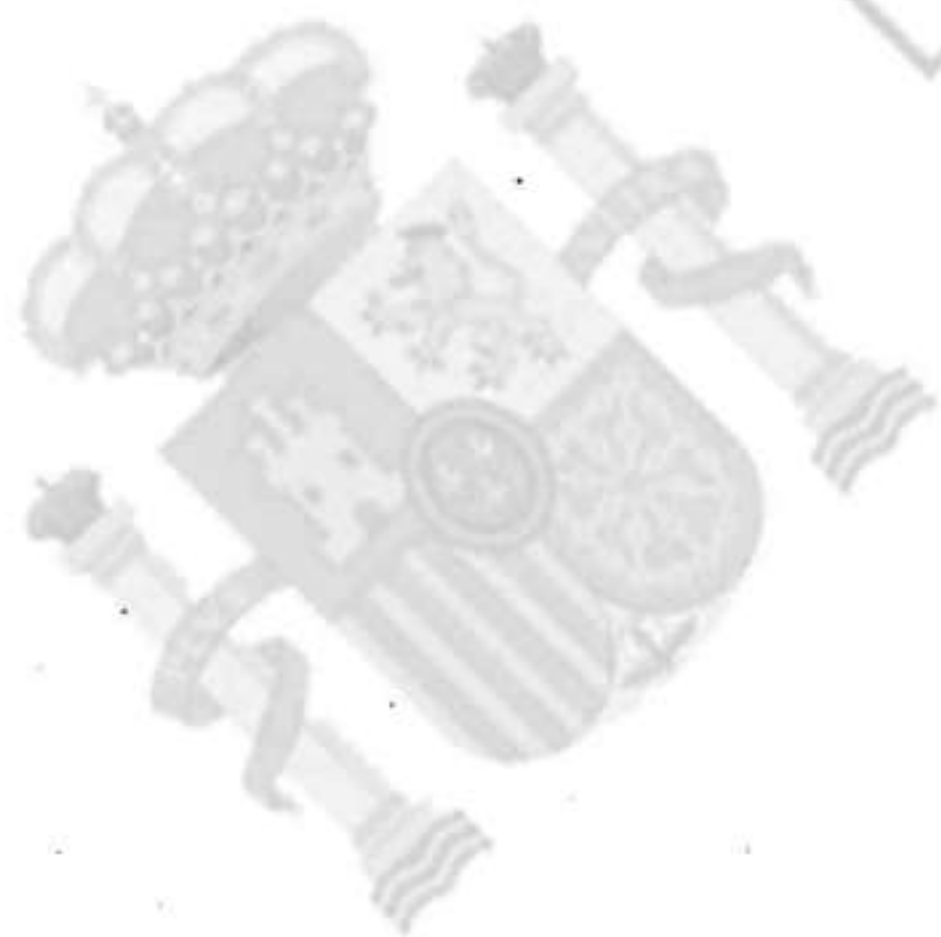


no conoce esa dialéctica atemporal (Marx, lo reconoce el mismo Cálvez, la sitúa históricamente en la edad mercantilista), esa dialéctica sin cambio cualitativo, esa dialéctica de « toda vida económica », entendiéndola por « toda vida » una vida siempre idéntica e inmutable, determinada ahistóricamente, metafísicamente, por una forma esencial y un pecado original.

Buen conocedor del « joven » Marx y aficionado a él, Cálvez debe saber perfectamente que para Marx el mismo pensamiento filosófico, la misma conciencia — como él mismo dice en las **Tesis sobre Feuerbach** — no se ha sentido exclusivamente a reproducir un mundo históricamente dado, sino a insertarse además y sobre todo, en el movimiento histórico que es la auténtica mundalidad. Marxismo y dialéctica real — incluyendo para el filósofo este último y decisivo punto de su reinsertación revolucionaria (es decir: dialéctico-cualitativa) en el mundo — son inseparables. Lo que quiere decir — permítasenos dar pie a posible polémica al final de esta nota — que un filósofo marxista sólo puede ser un militante comunista, porque no hay marxismo de mera erudición.

José Luis Soriano

MINISTERIO DE CULTURA



#### NOTAS:

(1) — En « LA VANGUARDIA » ha publicado el Sr. Masriera — además de los sálitos insultos traducidos del yanqui — como psicópata, resentido, etc. — una divertida expresión de su sorpresa ante el decidido viaje de Fuchs al « Este ». Con candorosa petulancia advierte Masriera a Fuchs que se ha « metido en la boca del lobo » y le profetiza toda suerte de males que él, Masriera, se sabe mucho mejor que el comunista Fuchs, a pesar de no conocer ningún país socialista. Masriera habría debido tener un poco de respeto a la experiencia y recordar que el físico alemán quiere vivir una vida que conoce en la práctica y en la teoría y sobre la que él, Masriera, no sería capaz de escribir ni la pedestre literatura de divulgación cosmológica que produce en « LA VANGUARDIA ».

(2) — WETTER, Gustav A., **Der dialektische Materialismus, Seine Geschichte und sein System in der Sowjetunion**, Viena 1952.

(3) — WETTER, *op. cit.*, pág. 18.

(4) — CALVEZ, Jean-Yves, **El pensamiento de Carlos Marx**, trad. Trapero, Madrid 1956. p. 537 y ss.

(5) — CALVEZ, *op. cit.*, pág. 548.

(6) — *Ibid.*

(7) — CALVEZ, *op. cit.*, pág. 548/549.

(8) — CALVEZ, *op. cit.*, pág. 549.

(9) — CALVEZ, *op. cit.*, pág. 546.

(10) — CALVEZ, *op. cit.*, pág. 548.

(11) — CALVEZ, *op. cit.*, pág. 549.

## UN LIBRO SOBRE LA TRADICION PROGRESISTA

No es corriente que el primer libro de un joven español tenga las características de « Las Pequeñas Atlántidas » (1). Nuestra producción intelectual se orienta, principalmente, hacia la creación literaria, casi siempre a la caza de algún sustancioso premio. Por eso, la obra de Gil Novales despierta nuestra atención desde el primer momento. Y el interés crece cuando, al hojear el volumen, de sus páginas saltan nombres casi olvidados, execrados por los eruditos franquistas — Azara, Flórez Estrada, Aranda, Mendizabal; cuando tomamos nota de la bibliografía utilizada, que garantiza, en cierto modo, la honestidad intelectual del autor; y, sobre todo, cuando en el prólogo leemos lo siguiente: « Es evidente que nadie podrá negar esta famosa *decadencia* de España, pero también lo es que no se trata de algo metafísico, algo peculiar a la esencia española, sino que tiene unos orígenes históricos, económicos y morales concretísimos, que en iguales circunstancias habrían provocado la ruina de cualquier otro pueblo ».

Por ese mismo prólogo, nos enteramos que el autor se ha propuesto « reincorporar una tradición en buena parte olvidada ». Esa tradición no es otra que la del pensamiento progresista español de los siglos XVIII y XIX. El valor principal del libro que comentamos consiste en que esa reincorporación ha sido lograda, en líneas generales. Gil Novales no ha dudado en callar, dejando hablar a Caxa de Leruela, a Jorge Juan y Antonio de Ulloa, a José Nicolás y Félix de Azara, a Cabarrús, a los periodistas de un periódico de 1.803, a Isidoro de Antillón, a Flórez Estrada, a Franco Salazar, a Espronceda, al Dr. Rubio y Galí. A través de dos siglos, desde principios del XVIII a finales del XIX, y a través de una gran variedad de seres humanos — científicos, diplomáticos, banqueros, periodistas, economistas, poetas — vemos desarrollarse una corriente intelectual, de una continuidad impresionante, caracterizada por su espíritu crítico, frente a la estructura económica y social de la España feudal; por su fé en la ciencia y en la educación; por su amor a la libertad. El concepto « tradición », en nuestra patria, está cargado con los prejuicios acumulados en él por la reacción; « tradición » equivale, en general, a feudalismo, a oscurantismo clerical, a tiranía; la otra tendencia de nuestra tradición cultural es más ignorada, y no por casualidad. Al terminar la lectura de « Las Pequeñas Atlántidas », entramos en posesión, otra vez, de esa tendencia progresista del pensamiento patrio y recordamos mejor las circunstancias de su desarrollo. Si todo ello no constituye novedad para ciertos especialistas, no es menos cierto que sorprenderá a muchísimos lectores jóvenes: a todos los formados en estos veinte años de dictadura que no hayan superado los límites de la enseñanza oficial. Sobre todo en estos momentos, en los que la mayoría de los estudiantes e intelectuales, al igual que esos pensadores del siglo XVIII y XIX, se enfrentan críticamente con un sistema económico y social y luchan por las libertades democráticas.

Los testimonios que comparecen en el libro comentado contradicen, uno a uno, los tópicos oficiales sobre nuestro pasado. Uno de esos tópicos nos presenta la conquista y colonización de América como obra de héroes desinteresados y santos evangelizadores, y su independencia como resultado de los manejos de masones y « traidores », tipificados por Riego. En esa versión « rosa », sólo destaca la voz sombría de Fray Bartolomé de las Casas, que sirve de fundamento a la « leyenda negra », etc., etc. Pero el libro de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, « Noticias secretas de América » — informe que « siendo para instrucción secreta de los ministros y de aquéllos que deben saberlos (los asuntos), y no para divertimento de los ociosos, ni objeto de detracción para los malévolos, van expuestos con toda ingenuidad », — nos pone en contacto con la América de la primera mitad del S. XVIII, y con la corrupción, el contrabando oficial, la explotación despiadada de los indios, el racismo « castellano » frente a los criollos. Todos ellos motivos más que sobrados para explicar, no sólo el anhelo de independencia, sino también, y esto es peor, la enemistad de los americanos hacia la « Madre Patria ».

El problema de la existencia o no existencia de la ciencia española, tan debatido por el chovinismo oficial, tan deformado por los irracionalistas del 98, puede contemplarse en un marco dramático: el de la lucha encarnizada entre el espíritu científico y unas instituciones y una ideología mortales para cualquier progreso de la ciencia. Un piloto que, aprovechando los vientos de alta mar, reduce el tiempo de navegación entre El Callao y Chile, desde un año a un mes, es motejado de « Brujo » e interrogado por la Inquisición; Jorge Juan, en sus Observaciones astronómicas y físicas « ha de defender a Newton y Copérnico de la acusación de « Herejes ». Las cartas de Azara están, especialmente, dedicadas a este problema de la cultura española, en un momento en el que los antiguos centros docentes, como la Universidad de Salamanca, al perder el pulso del tiempo, se transforman en centros esterilizadores del talento. « ¿De qué nos ha servido a los españoles hasta ahora el talento, si nos lo han tenido oprimido con una piedra de cien arrobas encima? », grita Azara, dolorido. Los capítulos dedicados a Félix de Azara, hermano del anterior, naturalista emparentado con Darwin; a Isidoro de Antillón, geógrafo, eliminado prematuramente por el terror de Fernando VII; al Dr. Federico Rubio, y las demás alusiones científicas dispersas por la obra nos hacen comprender mejor el evidente atraso científico de España en el mundo moderno y sus causas.

Pero el mayor interés actual del libro reside en los capítulos dedicados a Cabarrús, Flórez Estrada y Franco Salazar. A través de las cartas y obras expuestas podemos ver pasar, fugazmente, por España el pensamiento más avanzado de la época: un pensamiento que tiene mucho que ver con el materialismo francés del siglo XVIII. Es un momento crítico para nuestra historia. « En un siglo, desaparecen nuestras manufacturas, nuestro comercio, nuestro poder »; « la agricultura clama por una ley agraria ». En una población de 6 millones, la de 1.715, la distribución resulta así, según Flórez Estrada: 176.000 clérigos; 723.000 nobles; 276.000 criados de nobles; 2.000.000 mendigos; o sea, más de un 50% improductivo y parasitario, sin contar el ejército. Es la *decadencia* consumada: el imperio se encoge; de la tierra escapan, aunque no de sus frutos, los nobles cortesanos; las manufacturas se arruinan por la inflación que causa el oro de América; los demás países de Europa se fortalecen, en un capitalismo naciente. Y, entonces, surge el análisis crítico, ponderado, patriótico, que apunta, sin vacilar, los males y los remedios. ¿Las causas de la decadencia? La expulsión de judíos y moriscos, las guerras, la intolerancia religiosa, el aumento de los conventos, las vinculaciones, los privilegios de la Mesta, los monopolios del Gobierno, los impuestos y, sobre todo, el oro de América. ¿Los remedios? « Patriotismo ilustrado y laborioso; aplicación continua; amor a la agricultura; perfección de los artefactos y abjuración de los errores pasados » (F. Salazar). Como tema central de esas críticas, la necesidad de una reforma agraria. Sin ella, no es posible el resurgimiento de la economía española; no es posible, siquiera, un régimen de libertad.

« Sin crear intereses materiales en favor de las grandes masas de cultivadores, cuya suerte en el día es tan desgraciada, en vano esperaremos que triunfe la causa de la libertad » (F. Estrada). Cuando llega la desamortización, y se malogra la ocasión de llevar a cabo las transformaciones económicas que nuestra patria demandaba, por el libro pasa un viento de romanticismo revolucionario: « Si el Señor ministro desea que los fondos suban (obsesión de banquero), mire por la paz y prosperidad de los pueblos, librellos de la miseria que les acosa por todas partes »; un pueblo « que llaman bajo, y que sólo no es alto porque se le niegan los medios de subir ». (Espronceda.)

Hasta aquí hemos examinado los textos que cita el autor. Aparte de su labor, concienzuda y honesta, de selección y síntesis, están sus reflexiones jugosas e intencionadas, sus certeros comentarios, no exentos de cierto humorismo, cuyo hierro es amortiguado por la ternura. El libro está escrito en un estilo elegante, sencillo, conscientemente parco, con la modestia y discreción del que anuncia a alguien más importante que él mismo: el tono que el libro necesitaba. Todo ello, revela, si no estamos equivocados, la mentalidad de Gil Novales, una mentalidad tolerante, liberal, progresiva.

Se echa de menos una conclusión general. Quizá sea culpable de ello la censura franquista. Sin embargo, aunque sólo sea en esquema, Gil Novales nos comunica la dirección de esa conclusión general. A través de los textos estudiados, en el autor se va configurando la idea siguiente: durante todo el siglo XVIII y principios del XIX, existe en España una regeneración intelectual, que evoluciona lentamente; la invasión napoleónica, con su secuela de guerra de independencia y guerras civiles, interrumpe esa evolución; debido a ella, no hay, en España, Romanticismo, o lo que hay con ese nombre es una mera apariencia; y esa carencia condiciona negativamente el devenir histórico posterior.



Cualquier labor crítica, por modesta que sea, ha de hacerse en nuestra época con sumo cuidado. La juventud intelectual española se encuentra en un momento crítico; se sale de las tinieblas franquistas y se vacila, se tantea, en busca de un nuevo día para la patria. Esas vacilaciones llevan, como es natural, el lastre del pasado, sobre todo del pasado inmediato. Hay que saber distinguir en toda manifestación cultural juvenil los defectos propios del crecimiento, por una parte, y el peso muerto heredado, por otra.

Personalmente, creo que el « ensayo » es el procedimiento más anticientífico para entender la historia. Sería curioso recopilar todas las arbitrariedades que sobre nuestros problemas nacionales se han escrito en medio siglo de « ensayismo ». Y, como nuestro propio país es un « enigma » para nosotros, la superabundancia de soluciones ha llegado casi a desintegrar la coincidencia mínima necesaria para fundar un sentimiento nacional. Llamo « ensayo » a ese género que, en forma de artículo de periódico, y atendiendo preferentemente a la brillantez estilística, acomete las cuestiones más complicadas ... y las resuelve.

« Las Pequeñas Atlántidas » es un libro de « ensayos ». O mejor aún, un solo « ensayo », suministrado a dosis. Su tesis es la expuesta en el subtítulo del libro: decadencia y regeneración intelectual de España en los siglos XVIII y XIX; su conclusión, la ya anunciada. Mi opinión es que, de ello, no tiene la culpa Gil Novales. Este no ha hecho más que seguir el ejemplo de sus mayores, los intelectuales de la primera mitad de siglo, « ensayistas » hasta la médula, desde Unamuno a Maeztu, desde Ortega a Marañón, por citar los grandes prestigios. Y, además, su « ensayo » resulta ennoblecido por el tema que elige, por las copiosas citas que hemos examinado. Únicamente al final, y al parecer movido a ello por la lectura de « Liberales y románticos. Una emigración española a Inglaterra (1.823—1.834) », de V. Llorens Castillo, « resuelve » el « enigma » de la interrupción del resurgimiento español del siglo XVIII, con el mejor donaire « ensayista ».

En el prólogo de «L. p. A.», como ya dijimos antes, figura la convicción de Gil Novales de que la famosa decadencia de España se debió a «orígenes históricos, económicos y morales concretísimos». Si el autor busca los orígenes concretísimos del resurgimiento del siglo XVIII y los no menos concretos orígenes de la decadencia que siguió, rectificará, sin duda, su conclusión.

A modo de sugerencia, le brindamos a continuación unos cuantos datos de la investigación histórica — con los que hay que contar para el análisis de la época — y algunos temas de estudio que nos gustaría ver aclarados por su entusiasmo investigador.

De 1.700 a 1.800, el oro y la plata llegan a Europa por otros canales que España. No hay en nuestro país expulsiones ni emigraciones de importancia. Se inicia un crecimiento de la agricultura; disminuyen los privilegios de los ganaderos, se coloniza, se fundan pueblos. Asistimos a un auge importante del comercio: Cádiz pierde el monopolio comercial sobre los productos de ultramar y otros puertos compiten con él; se fundan varias compañías con importante capital. Cobran fuerza social las corporaciones mercantiles de casi todos los puertos de España. La industria se despereza; parece, por un momento, que vamos a asistir a la revolución industrial; en Cataluña, la lana es reemplazada por el algodón. La población crece, en ese siglo, en 5 millones de habitantes (de 6 a 11). Lo que es más importante, entre 1.787 y 1.797, se incorporan al comercio y la industria 250.000 españoles, disminuyendo así el porcentaje de las clases no productivas.

Ese es el fondo económico y social del siglo XVIII. Una base económica nueva se está desarrollando en el seno de una estructura social anquilosada, la feudal. El futuro pertenece a la primera, irremediabilmente. Los hombres interesados en ese futuro son la burguesía española naciente. Frente a ellos, como un muro, los hombres interesados en mantener el pasado: la nobleza con intereses rurales, los administradores provinciales y coloniales, el bajo clero. Y, *en torno*, 900.000 campesinos con tierras propias o arrendadas, 950.000 jornaleros agrícolas y, aún, 150.000 mendigos. Y, como es natural, un reducido número de proletarios. Es lo que se llama «pueblo».

Hemos subrayado *en torno*, porque ese pueblo va a vivir un poco al margen del conflicto del siglo ¿Por qué? Ese es uno de los grandes problemas que resultaría interesante estudiar. No podemos contentarnos con la explicación reaccionaria según la cual las masas populares amaban las «cadenas». Tampoco nos satisface la explicación pequeño burguesa que atribuye a esas masas una «esencia» peculiar que las hace oponerse al progreso y a la libertad (2). Sin ánimo de resolver nada, sino como orientación de estudio, creo que podría tomarse la siguiente: En toda Europa, en los países «avanzados» donde el pueblo ha ayudado a la burguesía en su revolución, las masas populares han tenido la experiencia política e ideológica de la Reforma y de las luchas campesinas. En todas partes, también, han aprovechado las organizaciones de clase que permitían las libertades medievales. En España no ha habido Reforma, y esas libertades medievales fueron barridas por Carlos I y Felipe II. Desde entonces, la única ocasión que tiene nuestro pueblo para organizarse y combatir por sus intereses es, precisamente, nuestra Guerra de Independencia contra Napoleón.

Pero, además, hay que tener en cuenta en qué condiciones se desarrolla la lucha política e ideológica de esa burguesía naciente contra el feudalismo. El ámbito de esa lucha es la Corte. Allí, se dan las batallas por conquistar el apoyo de los reyes absolutos. Cuando toca un buen rey, llevan las de ganar los progresistas; cuando el rey es malo, los reaccionarios. Esto, en los casos favorables, facilita el desarrollo de la revolución, pero, al mismo tiempo, le da características especiales, principalmente, la de la moderación y la de irse gestando al margen de las masas populares. No hay, como en Francia, el movimiento antimonárquico y popular — donde el pueblo comprende sus intereses y donde se adiestra para la revolución — y que es el crisol donde se funden pueblo y burguesía. Los llama-

mientos de nuestros teóricos se dirigen, no al país, sino a la corona. La dirección ideológica del pueblo trabajador queda fundamentalmente en manos de curas aldeanos. Es decir, potencialmente, en manos de la reacción. Y ésta — los nobles de las camarillas, los jesuitas — saben muy bien agitar y organizar al populacho — compuesto por criados, pretendientes, desclasados de toda laya, maleantes y mendigos — para motines y algaradas.

La invasión napoleónica (3) precipita todo. Brutalmente, pone al desnudo las contradicciones; las diversas tendencias se precisan; y, sobre todo, sitúa en primer plano, ante todo nuestro pueblo, el dilema fundamental: guerra de independencia nacional revolucionaria o guerra de independencia nacional reaccionaria. En esos momentos, lo decisivo es la dirección política del pueblo en armas. Esa es la oportunidad perdida por las « minorías dirigentes del país », como llama Llorens Castillo — según cita Gil Novales — a « afrancesados y liberales ». ¿Es que, sin guerra de independencia, esas « minorías dirigentes » hubieran tenido mejor oportunidad de dirigir efectivamente a las masas populares? Yo creo que no. Por primera vez, desde siglos, el pueblo es consciente de su fuerza; lucha contra los franceses, pero, a la vez, contra la miseria, contra la injusticia, contra los abusos de los poderosos. ¿De quién es la culpa de que muchos depositen sus esperanzas en Fernando VII y no en la libertad? Creo que la responsabilidad de esas « minorías dirigentes » está clara. Políticamente, los clérigos atrasados, defensores de los privilegios feudales, del absolutismo y de la superstición, supieron actuar mejor.

A pesar de ello, la guerra de independencia no fué estéril, como factor de desarrollo progresivo. El ejército se populariza; surgen los héroes populares, los « guerrilleros »: de allí saldrán los cuadros revolucionarios del siglo XIX. Las mismas emigraciones radicalizan la actitud de los que ya se llaman « liberales », curándoles de su moderación, de su vacilación...

En cuanto a la falta de Romanticismo en España, necesitaríamos saber más: ¿Qué Romanticismo falta? Romanticismo, en tanto que movimiento literario, ha habido en España para dar y tomar. Incluso, con sus dos tendencias: romanticismo reaccionario y romanticismo revolucionario — Larra, Espronceda. Porque el Romanticismo no es un fenómeno homogéneo. Ideológicamente, surge como reacción frente al racionalismo francés, que se propaga por toda Europa. Pero en casi toda Europa existe el mismo conflicto — excepto en Inglaterra y Francia — que en España. Y ese movimiento se polariza, se impregna de las tendencias en lucha. Pero en cualquier caso, lo decisivo no es el Romanticismo, sino la acción política de las fuerzas en presencia.

No, no creemos que, sin invasión napoleónica, el resurgir ideológico español del siglo XVIII se hubiera desarrollado sin luchas. La posibilidad de que el desarrollo histórico sea pacífico sólo aparece ahora ante la humanidad; cuando las fuerzas que representan al futuro son, cada día, más poderosas y pueden permitirse el lujo de su generosidad. Pero toda la experiencia universal no puede recordar ni un solo caso de generosidad de las fuerzas negras de la reacción; cuando estas fuerzas se sienten amenazadas, y tienen recursos para ello, imponen la ley del garrote y del terror.

M. ARRAZOLA

(1) « *Las Pequeñas Atlántidas. Decadencia y regeneración intelectual de España en los siglos XVIII y XIX* ». — Alberto Gil Novales. — Seix Barral, S. A., Barcelona, 1.959

(2) Un ejemplo de esa interpretación, por cierto, puede verse en « *Un soñador para un pueblo* », del Sr. Buero Vallejo. Fernandita, aunque es partidaria de « las luces », se siente impulsada por un « no sé qué » que la arrastra, a pesar de ella misma, al campo enemigo.

(3) Que por cierto no es nuestra primera guerra con Francia, en esa época. La precede nuestra agresión — como diríamos hoy — a la Francia republicana y revolucionaria, es decir, al Estado europeo que, en ese momento, figura en la vanguardia de la revolución burguesa; y la agresión la llevan a cabo Carlos IV y Godoy.

## Novela

### « LOS HIJOS MUERTOS »

de Ana María Matute

Al escribir « Los Hijos muertos », Ana María Matute ha escrito la novela de la frustración. En este libro denso los personajes viven unas veces oprimidos por un clima de tormenta que no acaba de estallar, otras se debaten entre los avatares de sus circunstancias, que en ocasiones son personales y en ocasiones las mismas que imponen la revolución, la muerte, el hambre, el éxodo tristísimo de los vencidos, a todo un pueblo sacudido por la guerra civil que, después de sembrar la tierra con más de un millón de cadáveres, deja en pie, cara a un futuro incierto, toda una generación de frustrados, de « hijos muertos ».

En la novela de Ana María Matute, el pasado — un pasado cercanísimo, no sólo por razón de tiempo real, sino también porque está vivo y latente en los personajes que lo evocan, aunque a veces tenga para ellos una extraña intemporalidad como ocurre con el recuerdo de los muertos — interrumpe, interfiere, se cruza con el relato del presente, le da vida y lo justifica. La escritora se permite el lujo de no utilizar números, ni amplias pausas, ni títulos, ni abusivos espacios blancos, para marcar el tránsito del tiempo que vuelve; le basta y aun diríamos que le sobra, con emplear la bastardilla al poner el pasado al hilo de la narración, sin que ésta pierda su perfecta unidad, su logrado ritmo, toda una estructura sólida que revela el dominio del oficio, alcanzado por la autora a través de unos años de labor literaria que ella continúa considerando anárquica en cuanto a método y organización.

Su labor de artesana es importante. Pero lo que cuenta en el libro de Ana María Matute no es su esqueleto, por sólido a bien construído que esté, sino la pulpa, la médula y la savia que lo animan. Si se cambiara de arriba a abajo toda su estructura sólo se destruiría el andamiaje, la carpintería; los valores esenciales de la obra quedarían vivos.

« Los hijos muertos » es una novela en la que sobre un paisaje rural, agreste o ciudadano, siempre minuciosamente observado y sentido, transcrito con una gran riqueza sensual, plétórica y levantina; en un ambiente de mezquindad obligada o elegida; en un clima de angustias, renunciadas y fracasos, los personajes viven su drama o su tragedia con autenticidad absoluta. Son seres de carne y hueso casi todos ellos, capaces por sí solos de mantener el interés de la novela, aunque a veces se crucen con otros, vagos y caprichosos como sueños, que

recuerdan aún aquellos deliciosos personajes prodigiosamente inventados, aquellas románticas marionetas de «Pequeño teatro», primera novela escrita por Ana María Matute, que obtuvo años después el premio «Planeta», cuando ya la joven escritora se había dado a conocer con sus dos libros, «Los Abel» y «Fiesta al Noroeste», y había ganado el premio «Café Gijón» de novela corta, instituido por Fernando Fernán Gómez. Aun apuntan en Verónica y en Mónica, criaturas de «Los hijos muertos» — doradas como el pan, agrestes y ácidas como frutos silvestres — rasgos de románticos personajes inventados. Y cuando Mónica habla y reprocha a las gentes de su familia que hagan pesar sobre su gozo de vivir las amarguras del tiempo pasado, su frustración y su tristeza, su voz es el esquema de la voz de esa generación joven que sucede a la de los hijos muertos, y considera la guerra civil a la que ellos aluden constantemente porque ha sido su guerra, como remotas historias de viejos que rechaza, porque no admite que para ella, que sólo tiene presente y futuro, pueda ser obstáculo el pasado de los demás.

La inquietud por los problemas sociales de su país y de su época, que apunta en las primeras obras de Ana María Matute, contemporánea de esa generación que ve y siente vivir a su alrededor, se amplifica y toma cuerpo en este libro al que ha sido concedido el premio más independiente de los que se dan hoy en la España de Franco: el premio de la Crítica. El personaje central de la novela es Daniel Corvo, cuya muerte nos cuenta la autora en las primeras líneas de su relato, y nos dice que esto ocurre en enero de 1948. Más adelante, el tiempo ha dado marcha atrás y vemos a Daniel Corvo regresar a su rincón lugareño, de vuelta ya de la vida, a esperar la última y definitiva muerte, esa muerte que nos ha sido ya contada. Poco a poco vamos sabiéndolo todo de ese Daniel Corvo que acaba solo, sin parientes ni amigos, con la cara acribillada «como una esponja». Daniel Corvo es un frustrado desde que comienza a vivir; es el paria de una familia decadente que se agosta y se agota en mezquinas luchas por mantener vivos unos falsos principios, una podrida moral, unos tristes residuos de feudalismo; es el paria de su siniestro clan, como son los parias de una sociedad tan decadente como ésta otros personajes de la novela a los que Daniel Corvo se acerca, por instinto, porque siente y sufre como ellos la injusticia de una situación no elegida. A su lado atraviesa una dura etapa cuando se decide a salvar su dignidad humana, separándose del núcleo familiar y arrancando al paso del tronco enfermo la única rama sana que queda: Verónica, la muchacha primitiva, callada, sincera y rebelde, único ser por el que siente amor y ternura; al lado de ellos, hombro con hombro, toma parte en la guerra civil del año 36 hasta el final, y con ellos recorre el duro camino del éxodo y sufre la promiscuidad, el hambre y la humillación bestial del campo de concentración, presentido ya cuando dice, apenas atravesada la frontera: «Tengo en mis manos, en mi mente, frente a mí todo el mapa de Francia. Y todo el mapa de Francia me lleva al campo de concentración». Y, sin embargo, Daniel Corvo no llega a identificarse nunca con ellos. Es un solitario. Sus primeros años vividos en el aislamiento, sus inquietudes intelectuales latentes, larvadas, sin medio de cultivo donde prosperar, su ahogado mundo de introversión le llevan a considerarse siempre un ser aparte. Él está en el campo de los hijos del pueblo, con ellos lucha contra el fascismo, porque sabe que ese pueblo al que se disputan sus derechos es el enemigo natural de su familia, reducida muestra de lo que ellos combaten y detestan. Daniel Corvo y su familia — como él mismo pretende explicar casi al final del libro a esa ávida juventud que nada quiere saber de sus «historias de viejo» — han estado siempre en bandos diferentes.

Daniel Corvo no puede ser más que un frustrado. Cuando en el puerto de Barcelona se embarca para Mallorca, con los milicianos que van a morir defendiendo su atacada República con la misma alegría con que podrían ir de merienda al campo, ya sabe que «ellos» tampoco son los suyos. «Eran masa todos y cada uno, como una sola conciencia enorme». Por eso ellos, con su enorme conciencia compartida podrán morir, perderán la guerra, sufrirán torturas



y tal vez la dispersión del exilio, pero no encarnarán nunca la frustración. Ellos serán los vencidos, los vencidos que pueden rehacerse y empezar otra vez la lucha, mientras él que participó en su guerra y con ellos sufrió la derrota, sentirá después de ésta que su vida no tiene sentido ni valor, porque está definitivamente solo y su fracaso no ha sido el fracaso común de la causa perdida, sino un fracaso personal, individual, irremediable.

La muerte de Verónica con un hijo en el vientre, entre los escombros, durante uno de los bombardeos de Barcelona, tiene más importancia en la novela como ejemplo de frustración que como tragedia. Como tragedia puede resultar anodina, perderse en medio de las innumerables tragedias de aquellos momentos. Supone en cambio el fin del amor apenas paladeado, la definitiva muerte de toda esperanza de rehacerse y recrearse en el hijo que ni siquiera puede llegar a nacer.

Isabel, que es el personaje femenino mejor trazado de la novela, es una viva estampa de pasiones, de sueños, de cualidades — positivas tal vez — que se malogran, soterradas entre oscuridades, prejuicios y tabús religiosos de un siniestro mundo: el mundo limitado de los Corvo, el mundo de la sociedad injustamente privilegiada, capaz de llegar a todos los crímenes con tal de mantener su pervivencia, que es lo que a fin de cuentas hace la dura y apasionada Isabel, esta otra imagen amarga de la frustración.

En Hegroz, tierra de los Corvo, rincón perdido que ha sido campo de batalla de sus odios, de sus claudicaciones y sus victorias tristísimas, rincón que Daniel elige para morir, se ha instalado un campo de presos que redimen la pena por el trabajo. Estamos en el tiempo presente. Los habitantes del pueblo se han habituado a la presencia de ese grupo de hombres privados de libertad; los miran con indiferencia. Para ellos, los presos son « los otros », los que han querido vivir fuera de la ley y han llevado mala baza en el difícil juego. Quizá las mejores páginas del libro son las que describen con gran fuerza, con gracia amarga, con dureza realista, la ridícula farsa, la triste y cruel pantomima, la fiesta de la Virgen de la Merced, patrona de los presos, que se celebra en el campo de trabajo: aparato de misas y curas, tristísimo arroz con tropezones de jamón y de pollo, rubio vino y coñac infame que los condenados beben con avidez para que se enciendan en su sangre las llamas de la euforia. Las mujeres y los hijos de los presos participan del festín con los perros del pueblo . . . La fiesta es un espectáculo público para los habitantes de Hegroz, porque en Hegroz no hay cine, y si no fuera por las procesiones, las funciones religiosas y la existencia del campo de presos, las gentes se aburrirían mucho.

Frustración, muerte de vivos en dosis masivas. Miguel Fernández que cumple condena por haberse enredado en la revuelta madeja de las malas costumbres, redime su pena en el campo de trabajo. Seguimos su historia. Tiene la niñez marcada por la miseria de sus padres, por la guerra civil, por el abandono, por la evacuación a Francia. A él las luchas de las gentes de su medio social no le importan. Su conciencia de clase no nacerá nunca. Sólo tiene una sed inmensa de poder vivir con la asombrosa facilidad que da el dinero. De niño oye hablar de la revolución que debe cambiar la estructura social, cree en la posibilidad de que llegue a realizarse en España y abriga el callado propósito de huir en cuanto pueda a un país donde haya ricos, para intentar, por cualquier medio, vivir como e los. Su final es la muerte, perseguido y acosado como un lobo, cuando busca la imposible libertad.

Y ese Diego Herrera, jefe del campo de los presos, falsamente dulce, mentirosamente resignado, tampoco es más que frustración absoluta. Y el hijo muerto que le pesa en la memoria, con los ojos arrancados, es él solo el símbolo de todos los hijos muertos y ciegos de la generación perdida, porque una juventud con los ojos abiertos no está nunca del todo perdida.

Ana María Matute no habla para nada en su excelente novela de los hijos vivos; no deja un solo resquicio a la esperanza. Sin duda sabe que existen, pero ha sentido la angustiosa necesidad de expresar la horrible frustración de los « hijos muertos » y lo ha hecho con cuanta claridad ha podido, con absoluta honradez, sin miedo a llevar a sus páginas vivas estampas de nuestra guerra, sentimientos, ideas contra la injusticia, que hasta hace muy poco tiempo ningún escritor que vive en España se había atrevido a publicar.

**María Guereña**



MINISTERIO  
DE CULTURA

## « LA MINA »

de Armando López Salinas

La revelación de un novelista coincide rara vez con la publicación de su primera novela. Armando López Salinas constituye una excepción a la regla, ¡y vaya excepción! « *La mina* » es la novela de un novelista cuajado, una novela que por los valores humanos y literarios que atesora está destinada a hacer época.

El magnífico libro de López Salinas lleva por subtítulo: « El drama de los hombres que trabajan bajo tierra ». En realidad « *La mina* » es el drama de los hombres que trabajan bajo el régimen de Franco, del que esta novela es sólo un ejemplo. En ella aparece al desnudo la suerte reservada en la actualidad a todos los trabajadores: al campesino sin tierra y al minero; al obrero de la fábrica y al del ramo de la construcción. Los personajes — seres que encontramos a diario y en todas las latitudes en la vida real española — establecen constantes comparaciones entre su situación presente y lo que fué la suya en los años de la República, que con no ser ni con mucho ideal, suscita nostalgia. Esas evocaciones no significan que aspiren como meta a lo que fué la realidad en aquellos años. Las luchas que los trabajadores sostuvieron durante aquel período indican que sus aspiraciones eran muy otras, pero de todos modos su situación era muy superior a la que el franquismo les ha reservado. Las llamadas al pasado les muestra que la realidad no siempre fué como ahora y que no hay razón para creer que siempre haya de ser así, sino que existen posibilidades de cambiarla a condición de que ellos — portadores del mañana — luchen como en el pasado. Los más conscientes procuran presentar las causas efectivas de la adversa suerte de todos los trabajadores para que, comprendidas, experimenten la necesidad de coordinar sus esfuerzos con miras a modificar la estructura económica de la sociedad, de la que depende el destino de todos y, por tanto, el de cada uno de ellos. « *La mina* » es una página viva de España en esta encrucijada de su historia.



López Salinas posee una experiencia nada común de la realidad. Hizo su aprendizaje en la vida « llevándole la maleta a un representante de zapatos ». Como dice en Destino (16-I-1960), R. V. Z., ha « llevado una vida difícil y dura con una gran riqueza de oficios y una gran pobreza de beneficios », antes de colo-

carse de ayudante de obra en unos laboratorios, puesto que hoy ocupa. A su propia y rica experiencia de la vida, únese la adquirida durante tres años en el servicio geográfico del Ejército, recorriendo a pie España. « Esto de « hacer el mapa » le ha servido de mucho a López Salinas para su conocimiento de las tierras y los hombres de España ». Esa experiencia excepcional de la realidad y su profundo amor por los que sufren, hermanados con un talento literario sorprendente, han engendrado una novela excepcional, situándolo en la cima de la novela nueva.

Llamo novela nueva — para distinguirla de la otra — a la surgida recientemente — continuando en nuestro tiempo la tradición realista y popular de la literatura española — y cuyo signo distintivo es la preocupación por los problemas presentes y que incorporándose al movimiento de la realidad busca seguir y fomentar el desarrollo de lo nuevo, siendo por consiguiente una literatura esperanzada y esperanzadora.

La primera novela del género fué « *Nada* » (1947), de Carmen Laforet. La guerra, con sus secuelas de sangre, dolor, privaciones y miseria de todo orden, ¿ qué ha dado de sí? NADA. Es decir, ruinas para los que la combatieron. Ruinas para quienes esperaban de buena fé que tras ella se abriría una nueva era de fecundas realidades. Y frente a ellos, el puñado de negociantes de sangre y ruinas causantes de la guerra procurando por todos los medios mantener vivas las divisiones que provocaron con ella para seguir apoderándose impunemente del sudor ajeno y de los recursos de la nación. Uno de los aspectos del significado de esa nada aparece por primera vez en « *La colmena* » (1952), de Camilo José Cela, novela inspirada en la cruda realidad del Madrid de la post-guerra y que por lo mismo, habiendo alcanzado varias ediciones en el extranjero, todavía no ha visto la luz en España. Ahora bien, « *Nada* » y « *La colmena* » son sólo testimonios de la realidad española de después de la guerra. No obstante, esas novelas, sobre todo la segunda, constituyen el punto de arranque de la novela nueva. Jesús Fernández Santos, con « *Los bravos* » (1954), y Sánchez Ferlosio, con « *El Jarama* » (1955), dan un nuevo impulso a la novela-testimonio. Después vendrán Juan Goytisolo, con « *La resaca* », J. López Pacheco, con « *Central Eléctrica* », García Hortelano, con « *Nuevas Amistades* », Luis Goytisolo-Gay, con « *Las afueras* », Antonio Ferres, con « *La piqueta* », y por último, López Salinas, con « *La mina* », los cuales consideran que el escritor no debe contentarse con ser espectador o testimonio de su tiempo, sino que además debe participar en la historia con su obra. Para ello el novelista ha de esforzarse por mostrar las causas de la realidad presente y, apoyándose en lo más consecuente de las fuerzas que la combaten, que son en definitiva las que dicen siempre en la historia de los pueblos la última palabra, sugerir las posibilidades que existen de edificar otra realidad que sea la expresión de los anhelos de plenitud del hombre. « *La mina* » representa un jalón en la evolución de la trayectoria de la novela nueva.



En las declaraciones insertas en el semanario antes citado — a raíz del Premio Nadal del que López Salinas fué finalista —, nuestro novelista decía: He abrazado la literatura porque « es el medio más directo para llegar a la gente y plantearles sus problemas ». Esta breve frase contiene los elementos básicos de la novelística de López Salinas y nos ayuda a una comprensión más exacta de « *La mina* », si acaso hacía falta. La gente a que alude el novelista es la « gente hundida », cuya vida sigue más que cuenta en su libro y por la que siente « un gran amor », que no quiere decir compasión sino solidaridad en acción. De ahí el fin que se asigna. Los problemas de esa gente — que el autor plantea — son los problemas de España, de todos los que sufren, si bien cada uno los sufre y les hace frente a su manera, son problemas solubles y que se resolverán tanto más pronto cuanto más « se actúe sobre la esperanza », es decir, sobre la realidad hostil, con

perspectivas de porvenir; porque los problemas de cada uno (de los que se debaten con esa realidad) son el testimonio particular de los problemas de todos, el autor, mostrando las imbricaciones e incidencias recíprocas entre ellos, da a « conocer al hombre de nuestra época », participando con su obra en la historia de su tiempo. Esta convicción le autoriza a decir que « la literatura es un gran instrumento para estructurar a la sociedad ». Para ello, López Salinas se sirve de la verdad, que es lo propio de la novela realista y que ya Cervantes recomendaba en su tiempo en estos términos: « los historiadores — novelistas — que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen novela falsa ». Tratemos de ver ahora, desde el interior de « *La mina* », cómo realiza López Salinas la tarea que se propone a través del arte de novelar, no sin antes advertir que el espacio de que disponemos nos obliga a sacrificar aspectos importantes de la misma.

Nos hallamos, inicialmente, en un pueblo andaluz, un pueblo como tantos otros de España, con los problemas que tiene planteados el campo español, en el seno de una familia jornalera, sufriendo, esforzándose por hacer frente a esos problemas desde su propia situación, desde la situación creada a cada familia jornalera española: « ¿ Cuándo habrá trabajo? ¿ Cuándo terminará esto de estar mano sobre mano? », se pregunta Joaquín. Casi la totalidad de los habitantes del pueblo son braceros y sólo trabajan en la recolección de la aceituna y en la vendimia. El resto del año, los amos no dan a ganar una peonada. Y los jornaleros acuden un día y otro a la plaza a exhibir sus músculos en la inútil espera de que el capataz, verdadero cacique, les ajuste un jornal. Sometidos los campesinos sin tierra, cual vulgar mercancía, a la ley de la oferta y la demanda, el capataz escoge entre ellos al que rinde más y vende su fuerza de trabajo a más bajo precio: « El capataz me dijo — cuenta Joaquín a su mujer — que llegaba tarde, que ya no había nada. Pero que si lo hacía más barato de tres duros para mí era el trabajo ». La hija de Joaquín, de apenas siete años, trabaja ya a cambio de pan y tomates, que con las cebollas constituyen los alimentos básicos de la familia jornalera.

Los pocos que poseían algunas tierras de que mal vivir se han visto constreñidos a venderlas, acosados por la necesidad o por la ley de concentración parcelaria, al único que dispone de dinero para comprarlas que es al propio tiempo el único beneficiario de la legislación vigente: el terrateniente. Éste, propietario absentista, tiene tierras buenas en barbecho y otras muchas en baldío. « Aquí se podía vivir », a condición de que se roturasen las tierras buenas incultas y se cultivasen racionalmente las labrantías. Muchos jornaleros habían pedido al amo trozos de baldío en arriendo. Pero él « siempre había dicho no a todos ». Además « no quería saber nada de jornales fijos ni de poner nuevos campos en cultivo ». Prefiere convertir una parte de las tierras cultivadas en pastos porque « con los mismos jornales gana más ».

Las condiciones de existencia de la familia jornalera son infrahumanas, insoportables. En el rostro de todos se lee el hambre, la amargura, la desesperación. La puesta en pastos de nuevas tierras cultivadas reducía todavía más las posibilidades de hacer un jornal. Y cada día, en plena juventud se muere un poco más, por el hambre. Joaquín y su mujer están en los huesos. La niña, como los demás niños, crece escuálida y enfermiza. El niño « si no le damos medicinas se me morirá, estoy segura », dice Angustias, la mujer. En buen pastor — ¿ de quién? — a esos niños famélicos, producto de la injusticia social, a fin de salvarles el alma, « el cura dice que un Tal « es un demonio y que irá al infierno o » pues aunque se tenga hambre no hay que robar ».

En un intento desesperado, Joaquín pide unos baldíos en arriendo, en balde, como los otros. El hambre, las necesidades más elementales e imperiosas de la familia y la imposibilidad de satisfacerlas en el estado actual de cosas, crean profundo malestar en casa y las relaciones entre los esposos se ponen tensas. Los dos se echan recíprocamente la culpa de su precaria situación, sin que ninguno de los

dos la tenga. La culpa es de la estructura económica de la sociedad. «A la abuela le dolía el ver cómo peleaban los hijos. El amor y la pobreza no hacen buenas migas, donde no hay harina todo se vuelve mohina, dicen en Castilla. No peléis, hijos, no peléis. No tenéis la culpa ninguno; pasa lo que siempre pasó por estas tierras ... No trabajan y pá ellos es el comer pan bueno, el aceite, el vino y la carne; pá los demás el comer migas y gazpachos».

Unos y otros aconsejan a Joaquín que deje el pueblo. Pero, «es bien amargo abandonar lo que uno quiere, lo que uno conoce», replicaba. Está seguro de que si le diesen en arriendo un trozo de tierra inculta podría sacar la familia adelante. No se apercibe de que los demás se hallan en su caso, que también han intentado y esperado en vano una solución análoga. «Esta tierra es nuestra, nosotros la hemos hecho con nuestro trabajo. No hay que marcharse, hay trabajo para todos porque es de todos», dice Joaquín con razón. Los demás también se hacían estas reflexiones que pertenecen al dominio del buen sentido. En tiempo de la República había más jornales, mejor pagados y más esperanzas; los braceros hacían oír su voz y luchaban para vivir mejor. Y la protesta unida daba sus frutos. Uno de ellos recordaba que se habló incluso «de un reparto de tierras entre los campesinos pobres. «Uno vivía ilusionado. Después todo se lo llevó el demonio». Pero los jornaleros no ponían los medios necesarios para conseguirlo, contentándose con una protesta sorda. La solidaridad en la desgracia no cristaliza en acción solidaria con vistas a la consecución de sus legítimas aspiraciones y, unos tras otros, los jóvenes en vez de combatir el mal, unidos, allí donde está, y están ellos, optaban por emigrar a regiones industriales con la idea, a menudo ilusoria, en las actuales circunstancias, de hallar en otro lugar lo que en el pueblo podrían obtener con el tiempo y tras luchas resueltas: trabajo y pan. Algunos jóvenes se echaron años atrás al monte, donde ya había otros, de otros pueblos, para propiciar las condiciones que debían llevar a la realización del sueño secular de los oprimidos y expoliados: su emancipación. Y el pueblo, como tantos y tantos pueblos, se despoblaba quedando sólo los de más edad, cada vez con más hambre y requemándose más la sangre, mientras los amos se iban adueñando de las pocas tierras que aún quedaban en poder de algunas familias modestas privilegiadas y disminuían los cultivos aumentando los pastos y las ganancias.

Joaquín, con la pena del que se separa de lo que para él constituye el centro de su vida y la angustia del que da un paso hacia lo desconocido, se decide a emigrar con su familia. En el tren van otros campesinos sin tierra en pos de pan, como él. Iguales suyos que habían trabajado ¡en su propia patria! para americanos, ingleses y franceses o que habían emigrado temporalmente al extranjero, convirtiendo su fuerza de trabajo en divisas para los mismos que los desahucian de sus pueblos.

En una mina de la cuenca de Sierra Morena, Joaquín forma parte de una cuadrilla de ocho hombres. El capataz, «alto y corpulento, de fuerza considerable y salud de toro bravo», que no «sabe dónde tiene la mano derecha para el trabajo», tiene por misión mantener la producción a un ritmo acelerado, informar a la dirección de lo que piensan los obreros y evitar por todos los medios que se fragüe ningún movimiento reivindicativo. Cuando consigue esto último, percibe importantes gratificaciones. Cuando fracasa, pierde ciertas ventajas económicas. De mentalidad pequeño-burguesa, aún reconociendo en su fuero interior la legitimidad de las reivindicaciones de los hombres de su cuadrilla, su única ambición es ganar, ascender en la escala social, aún a trueque de las peores bajezas y del desprecio y el odio de los mineros. El capataz es una criatura de la estructura económica de la sociedad: «Mientras haya gente con hambre y sin trabajo los ricos encontrarán un capataz para arrear a los obreros», «es una hechura de la Empresa».

El más apreciado por la cuadrilla y más temido por la Empresa es Ruíz, el «mejor barrenero de la cuenca» y el más consciente y combativo de sus compañeros de trabajo. «En el treinta y seis ... a mi padre y a mis hermanos los

mataron en medio de la calle». « Mi padre — cuenta Ruíz a sus compañeros — quiso formar una cooperativa entre todos los hombres del pueblo ». Con la guerra « todo se fué al carajo ». Ruíz será quien preste los magros ahorros acumulados en veinte años de trabajo en la mina a Joaquín para pagar el traspaso de una casita donde instalar a los cuatro miembros de su familia que desde su llegada duermen en el suelo, en la misma habitación. Ruíz tiene un rico pasado de luchador obrero y la Empresa no le quita el ojo. Tomó parte — aún adolescente — en el movimiento de Octubre de 1934 y en la guerra civil en defensa de la libertad. A él recurren sus compañeros para que les saque de un apuro de dinero. Todas las reivindicaciones presentadas por la cuadrilla han sido sugeridas y estimuladas por él. Ruíz aprovecha todas las ocasiones para despertar la conciencia de clase de los trabajadores. « ¿ Te crees que los ricos quieren el dinero para hacer obras de caridad? », le dice a Joaquín. « Lo quieren porque el dinero da el poder ». Teniendo dinero, ¿ se te encapricha cambiar las leyes o hacerlas a tu medida? Pues las cambias ». « No hay más verdad que ésta: el hombre lo ha hecho todo y lo cambia todo ». Ruíz da a entender que si los hombres han creado una sociedad de opresión y explotación, los hombres pueden edificar igualmente una sociedad en que todos, cada uno de ellos, tengan las mismas posibilidades de alcanzar su plenitud. « Eso pasará — dice a sus compañeros infundiéndoles esperanza y aguijoneando su espíritu de lucha — cuando todos nos demos cuenta por dónde nos aprieta el zapato ». « En la época en que a uno le ha tocao vivir no hay más que dos caminos » la resignación o la lucha. La resignación lleva consigo la pervivencia del actual estado de cosas.

Joaquín no comprendía demasiado bien cómo un hombre como Ruíz, con menos agobios económicos que él y otros, « un tipo muy listo que sabe de todo », podía preocuparse tanto por los demás, por el porvenir de los trabajadores. « ¿ Hay algo mejor que cada uno se trabaje lo suyo? » preguntó. Y Ruíz replica: « Algunos campesinos tenéis el instinto de la propiedad metido en el cuerpo. En cuanto tenéis un trocín de tierra ya no queréis saber nada de los demás ». De mentalidad pequeño-burguesa, Joaquín pocas veces se había preguntado quién tenía la culpa de las cosas y las había aceptado tal como venían. Ahora, con las conversaciones con el « Asturiano — Ruíz — mil ideas confusas se entremezclaban en su cerebro ».

Los demás compañeros de Joaquín provienen, en su mayoría, también del campo. Son trabajadores que, dando tumbos de oficio en oficio y de pueblo en pueblo buscando huir del hambre, han ido a parar a la mina. Algunos de ellos, más preocupados por escapar a la miseria que de meditar sobre los orígenes efectivos de su situación y combatir para arrancar el mal de raíz, constituyen un obstáculo para la acción que en ese sentido desean realizar los más conscientes. « Con un tantín así de unión — dirá uno de ellos — nos duraban menos que un pastel a la puerta de un colegio ». « Así es — responde otro —. La pega más gorda para la unión son toda la gente que viene de fuera, igual que Joaquín ».

En la mina se gana más, pero la suerte del minero no es de envidiar. A los cuarenta años, los que han tenido el privilegio de no morir o de no incapacitarse para el trabajo a causa de accidente, de la silicosis, la tisis o no les da el baile de San-Vito, están ya viejos, agotados y son substituidos por otros más jóvenes « que den bien el callo ». Además, so pretexto de que los mineros « ganan buen jornal », las subsistencias y los alquileres están más caros que en otros lugares y « a fin de cuentas el trabajador era tan pobre como el de otro sitio cualquiera ».

En la mina: falta de aire, maderos de contención roídos por las ratas y la humedad, oscuridad. Agua corrompida de olor fétido, que cubre los pies de los mineros. Accidentes diarios, sin equipo de salvamento. Toda reclamación de mejoras de condiciones de trabajo lleva consigo despidos o amenazas e insultos, por falta de unión amplia.

A Joaquín, al primer contacto con la mina le invade una especie de pánico y se pone a cantar. Ruíz ha comprendido el sentido de la canción: « no te preo-

cupes, yo llevo más de veinte años trabajando en lo hondo y aún hay días que siento miedo. Es que el hombre, nacido para ser libre y feliz, no se acostumbra más al miedo que al hambre.

Joaquín trabaja hasta doce horas diarias para pagar los muebles y ropas que ha comprado a plazos y devolver a Ruíz el dinero que le ha prestado. Después «ahorrará» para ser pequeño propietario en el pueblo. Campesino sin tierra, constreñido a abandonar el campo para que no le falte el pan, la obsesión de Joaquín es reunir dinero para poseer *su* tierra y *su* casa. «Si trabajo unos años de firme no habrá quien me tosa allá en el pueblo». Sigue sin percibir con suficiente claridad que su situación presente, la de todos los desposeídos, procede de la estructura social y que la satisfacción real de su legítima aspiración está indisolublemente vinculada a la emancipación definitiva de todos los trabajadores y que para ello hay que transformar esa estructura con el único procedimiento viable: la lucha unida y consecuente de todos los explotados.

En la galería donde trabaja Joaquín, los maderos de contención crujen. Los hombres presienten la catástrofe y, unánimes, exigen sean tomadas sin dilación las medidas de seguridad que se imponen. Ruíz comprende que para que surta ese efecto la protesta de la cuadrilla sería necesaria la participación de todos los obreros de la mina: «Si vamos solos — se dice — los de la cuarta galería no conseguiremos nada importante». El capataz, instigado por la dirección, y por la cuenta que le tiene, trata con amenazas de detener el movimiento de protesta.

Y lo previsible se produce. Bajo los escombros yacen aplastados todos los hombres de la cuadrilla. El accidente no ha hecho ninguna discriminación entre los trabajadores. O más bien ha puesto una de relieve, la fundamental: la oposición radical entre los intereses de los explotadores y la vida e intereses de los explotados. ¿De quién es la culpa de la catástrofe? De ese «monstruo de cien cabezas» que ha estructurado la sociedad a la medida de sus intereses y cuya sacrosanta ley, — su dios — es la ganancia. La cuenca minera clama justicia: «¡Hay que pedirles cuentas de las vidas!» «Los han matao», grita el pueblo, solidarizado «ante el dolor ajeno». Las gentes «se hacían firmes propósitos de amistad entre los vivos. Se juramentan en el sentido de que nunca consentirán que se jugara con sus vidas». Los mineros no acuden al trabajo en signo de protesta. Pero con los días, las promesas se desvanecen. Y las cosas siguen como antes del accidente, o mejor dicho, empeorando, con más luto, mayor miseria.

Al cerrar el libro, un pensamiento le asalta imperativamente al lector: ¿hasta cuándo durará el drama de los trabajadores españoles? Y recorriendo mentalmente la novela, uno halla esta alentadora respuesta: hasta que el pueblo español se lo proponga, y en primer lugar, los trabajadores, ya que las relaciones de producción y de propiedad burguesas están basadas esencialmente sobre su sacrificio y por ello son los más interesados en que se produzcan cambios estructurales substanciales. «El hombre lo ha hecho todo y lo cambia todo», decía Ruíz. En efecto, los privilegiados han estructurado la sociedad en su provecho luchando, primero, contra el feudalismo, después, contra las fuerzas feudales y el proletariado, y por último, aliándose con los restos feudales, contra el proletariado. Este, a su vez, mediante la lucha unida cada vez más extensa, puede construir y construirá indefectiblemente una sociedad en la que esté abolida la propiedad privada, la dominación de los unos por los otros, lo cual ocurrirá tanto más pronto cuanto más «se actúe sobre la esperanza». En este sentido, «siempre se puede hacer algo», advierte uno de los personajes de «*La mina*». De ese algo generalizado depende el libre desenvolvimiento de cada uno que es la condición del libre desenvolvimiento de todos. Esta es la humana cuán hermosa lección de «*La mina*». Planteando los problemas en sus términos reales, López Salinas ha escrito una novela esperanzada y esperanzadora.





¿ Qué decir del estilo y la técnica de « *La mina* »? El gran mérito literario de López Salinas reside en que ha sabido hallar los medios expresivos y técnicos adecuados para que resalte el contenido e intención de su novela. Fundamentalmente preocupado en expresar la realidad española en el momento en que la escribió, sin concesiones, su clara inteligencia y su delicada sensibilidad han hecho el resto. En su libro, López Salinas muestra las cualidades de un gran novelista: la naturalidad, la sencillez y la claridad, incluso en la formulación de las realidades más complejas.

**Fermín Olmedo**



MINISTERIO  
DE CULTURA

## «EL HAZ Y EL ENVÉS»

de José Corrales Egea

Este es el título español de «L'AUTRE FACE», novela de Corrales Egea, editada en París por Gallimard. Su publicación no ha sido posible en España, Es una novela exiliada.

Esta versión francesa es la única que hasta ahora conocemos. A ella nos referiremos, pues, concretamente. Pero tal observación no implica la sospecha de que, en este caso, algo insustituible se nos haya evaporado en el trasiego, como ocurre con obras literarias de otra índole. Pocas novelas tan exactamente españolas, tan angustiosamente españolas, he leído en los últimos años como ésta que ahora nos llega en francés. Y es que, en cualquier idioma que la leamos, España — una visión de anchas parcelas de la España de nuestros días, para ser más precisos — estará siempre ahí, desnuda, tremenda.

La fuerza de esta novela está en su realidad.



Matizando un poquillo la definición que de «El haz y el envés» nos hace su editor, diríamos que es una crónica novelada de la vida cotidiana española entre 1945 y 1954. Vida dolorosa para los más, vergonzosa para otros; inestable, cual un paréntesis, tanto para las víctimas como para los beneficiarios de una regresión que es una aberración histórica.

Puede apuntarse un tanto el escritor que ha sabido transmitirnos el paisaje humano y social de la España de esos años, paisaje que aun perdura con las tonalidades cambiantes de su largo crepúsculo.

Corrales Egea nos da todo eso a través de una intrépida variedad de ambientes y tipos. De uno de esos trenes que, renqueando, pasean por nuestra geografía el mal humor nacional, pasamos a los salones de los vencedores en precario, a los bares y cafés de la oposición, a las calles de Madrid, a una oficina, a un colegio, a un dispensario desolador, a un pueblo, a muchos otros escenarios. Y en todos encontramos el sello distinto del tiempo histórico, de ese instante

determinado en ese ambiente preciso. Esta es una de las cualidades por las cuales podemos reconocer la descripción auténticamente realista.

Ante nuestros ojos desfilan, corpóreos e identificables — digamos, de paso, que Corrales Egea suele pintar cuidadosamente, en lo físico, a sus personajes — estraperlistas de alto bordo, obreros que preparan la huelga del 51 en Barcelona, jornaleros en un plante, intelectuales en indagación de verdades o de sucedáneos negociables. Asistimos a la aventura — orto, pasión y muerte — de una revista marginal a la manifestación estudiantil — otoño del 54 — que se inició reivindicando Gibraltar y que, hasta cierto punto, se transformó en un clamor contra los actuales fabricantes de Gibraltares.

Una novela sobre la cual he de escribir procuro siempre leerla como lo haría un lector cualquiera, con sensibilidad de lector, no con la avisada preocupación del crítico, pues me parece que, por reversión, eso purifica y alarga la visión crítica. (Hasta dónde consigo leer de tal manera, es otra cuestión.) Y leída así, la novela de Corrales Egea me ha conmovido en unos pasajes y me ha arrastrado irresistiblemente en otros. Porque me he vuelto a ver — sumergido en su corriente o braceando contra ella — en muchos de esos momentos de España que aun no nos atrevemos a llamar historia porque son horas de nuestra vida. ¿Y es que los hombres no buscamos en el arte — y muy específicamente en la novela y en el teatro — vernos en él, descubrirnos en él, perdurar en él? . . .

Por la novela pasa, restituida en imágenes, la gran ilusión . . . aquella del 45, del 46, de . . . aquella ilusión de que las democracias burguesas . . . Bueno, ya recuerdan Vds . . . Sí; esa luz de esperanza tenía entonces la mirada de los vencidos y así tejían su cuento de la lechera todos los Forteas de España y con esas palabras se decían las gentes del régimen que, para éste, había llegado el fin . . . Ese delirio de Málaga en espera de un fantástico desembarco, con descarga de libertad, es una página dolorosa y bella.

De la mano del novelista he vuelto a vivir el descubrimiento de una imprenta de «Mundo Obrero» en aquel pozo seco de Madrid, con los fusilamientos que siguieron . . .

El intermedio que el autor titula «Primavera y verano de 1945» tiene patetismo y grandeza.

Discurre por la novela un desfile de sombras: las de los que han envejecido sin acertar a sacudirse de la espalda la losa de la derrota. «Una hora de miedo ha aniquilado en mí al hombre» . . . piensa, sin decirlo, y simplificando un tanto su caso, Leocadio Guzmán, ese maestro, primero encarcelado, después cesante.

Entre los personajes mejor vistos, más hechos, están los tres desengañados: Molina, el poeta falangista, que sin haber entendido gran cosa de lo que, ya antes, era Falange, o sin querer entenderlo, compara su confuso ideal pasado con la realidad salida de la guerra; Jiménez, el médico, que sin adscripción política determinada combatió en las filas del alzamiento y que se siente traicionado; ese pintor, también falangista, que resume así la experiencia adquirida: «Primitivo Centeno no le saca más a nadie las castañas del fuego».

Tal vez hace seis u ocho años no estaban aun cuajados del todo esos tipos. Esas cosas necesitan tiempo. Pero ya estaban ahí, cada uno diferenciado en su individualidad y en el punto de desengaño y de evolución. «Envejeciendo debemos pudrirnos», le dice Molina a Centeno. Por su parte, Jiménez reconoce que «su ignorancia política había aceptado como válidas las explicaciones que se le dieron al principio de la guerra civil». Y, verdaderamente, en su ignorancia política está la clave del trágico despiste que sufrieron en el 36 muchos hombres como él. Luego, en los años de la posguerra Jiménez se desvela, en su dispensario, por los que nada tienen, por sus enemigos de ayer. Molina sospecha de él que es comunista.

En esa galería de hombres, no más o menos intemporales, sino estrictamente históricos, aparecen los nuevos, los que al emerger a la vida no la aceptan como es: el obrero de Barcelona que declara: « Un hombre honesto y consciente no puede seguir más que una vía: la de la lucha. No nos traerán la justicia en bandeja de plata. Debemos ganarla ». Ese Jerónimo que organiza el plante de jornaleros. Ese muchachillo campesino, sin trabajo, que dice a los demás braceros ante el latifundio de su lugar: « Deberíamos entrar en esas tierras y ponernos a trabajarlas ». Ese poeta joven, Apolonio Vidal (el más real y el mejor trazado de estos cuatro tipos), que forcejea para hacerse oír, que se bate contra la censura, que cae preso con su manojo de octavillas y a quien podríamos aplicar exactamente la sentencia nueva que emite uno cualquiera en esa tertulia del Café Gijón: « Estamos en una época en la cual se puede ser marxista sin conocer directamente a Marx, por el hecho de que sus ideas están en el aire y lo impregnan todo ».

En el cuadro de colaboradores de « Nuestras Ideas » hay bastantes hombres como Apolonio Vidal. Firman con seudónimo.

Gabriel es también un personaje típico. Peleó en aquella Alianza de Intelectuales de los tiempos en que a la oposición se la llamaba resistencia. Tuvo que saltar de ciudad en una de aquellas caídas que tantos sobresaltos nos dieron. Luego se paró, probablemente más confuso que desfondado. También él, acaso porque no recordó suficientemente la « no-intervención », lo fió todo en las democracias de Occidente. Durante un tiempo no entiende a los jóvenes, no advierte cómo hombres y cosas cambian a su alrededor. Irene, su mujer, se lo reprocha. Gabriel piensa retirarse a un ciudad apartada. A esperar o a desesperar. Los Apolonio Vidal — con su presencia — le ayudan. Va viendo, va comprendiendo. Decide quedarse en Madrid: luchar. Y ella, Irene, le siente más suyo, como vuelto a la vida . . .



Es un amplio fresco novelístico. Ese era el género de pintura que convenía a lo que el autor se proponía pintar, a la magnitud y diversidad del contenido. Más de una vez, la nueva novela española habrá de apelar a esa forma para abarcar la múltiple y tumultuosa realidad que se le ofrece.

« El haz y el envés » tiene un considerable valor de documental social y humano. En él, junto a elementos novelísticos propiamente dichos, discurren la crónica menuda y el reportaje político. Que nadie se rasgue las vestiduras. ¿No vemos parecido entrecruce de estos elementos distintos, con la tonalidad de su época, en Galdós? No pocos pasajes de « El haz y el envés » tienen aire de episodio nacional, forma de hacer de tanta tradición en la novela española.

El secreto de la viabilidad y de la nobleza del género reside en el talento novelístico con que se mezclen, se fundan, de forma aparentemente natural, insensible, esos elementos diferentes. Y, en este caso, creo que el intento está logrado. Con un reparo. Me parece que la mayoría de los personajes principales están vistos mucho más por su lado social y político — parte de su humanidad, desde luego — que en otras de sus características íntimas, que en otras de sus peculiaridades psicológicas, que en otros aspectos de su vida. Esto produce cierto desequilibrio, cierta unilateralidad, aunque no haya advertido desplomes en lo convencional. Y en la novela hemos de ver a los hombres — ya, ya sabemos que ahí está la dificultad mayor — en sus distintas dimensiones, en su complejidad, desde ángulos de visión muy varios. Eso es lo que puede darnos el hombre total: el hombre. De esa forma han sido creados los grandes tipos novelísticos. Vistos así, Molina, Jiménez, Gabriel, no sólo hubieran sido tipos interesantes, sino patéticos, acaso prototipos de esos que está esperando la novela española de nuestro tiempo.

Me parece que las corrientes realistas que impulsan a ésta han recorrido un nuevo trecho con « El haz y el envés ». Porque es un paso adelante en la ambición de reflejar lo real y en la búsqueda de formas para abarcarlo.

« El haz y el envés » nos ofrece un nuevo indicio de cuan amplia y profunda será la exploración de tipos y ambientes sociales cuando las ligaduras de la censura no aten la mano de los nuevos novelistas españoles y de cuan angostas y sobrepasadas resultarán ciertas formas novelísticas actuales cuando los personajes puedan actuar, hablar y pensar libremente, cuando la vida de las gentes de España pueda ser reflejada en la novela con toda su complejidad, en su real movimiento.

J. Izcaray

MINISTERIO  
DE CULTURA



## « EN CASTELLANO »

de Blas de Otero

En 1952, a una respuesta subsiguiente a la cuestión « Cómo concibe y realiza su poesía », Blas de Otero ponía como título estas palabras: Y así quisiera la obra. Y al exponer cómo desearía que fuese ésta (la obra) escribía: « Tal vez hoy como nunca es necesaria una poesía de acuerdo con el mundo », en la dirección de la historia. Una poesía orientada en este sentido requiere « demostrar hermandad con la tragedia viva », con los que pagan en sus condiciones de vida y en su ser la abundancia ultrajante en que nadan unos cuantos. Esta poesía no debe ser una poesía plañidera, de conmiseración, sino de combate solidario con los que luchan por acabar de una vez con las ruinas y las tinieblas, lo cual exige « escribir a favor del viento — de la vida — pero contra corriente ».

PIDO LA PAZ Y LA PALABRA (1955) — que representa el inicio de una nueva etapa en la obra de Otero — fué concebido con esta perspectiva y es un libro cardinal en la lírica de la post-guerra. En 1958 dió ANCIA, pero — aunque cronológicamente posterior — ANCIA no significa una prolongación de PIDO LA PAZ, sino más bien su introducción. El libro que lo continúa, superándolo, es EN CASTELLANO (1960). Estos dos libros de poemas — valiosa contribución a la poesía realista actual — podían con razón inducir a Otero a reemplazar la frase: Y ASI QUISIERA LA OBRA, que es la formulación de un deseo, por esta otra: Y ASI ES MI OBRA, que es la realización de aquél.

EN CASTELLANO es una requisitoria implacable contra la injusticia y sus inseparables aliadas la mentira y la hipocresía:

¡Oh cuánta sed, cuánto mendigo en faldas  
de eternidad. Ciudad llena de iglesias  
y casas públicas, donde el hombre es harto  
y el hambre se reparte a manos llenas.  
Bendecida ciudad llena de manchas,  
plagada de adulterios e indulgencias;  
ciudad donde las almas son de barro  
y el barro embarra todas las estrellas.  
Laboriosa ciudad, salmo de fábricas  
donde el hombre maldice, mientras rezan  
los presidentes del Consejo: ¡Oh altos  
hornos, infiernos hondos en la niebla!  
(Muy lejos, p. 64)

Por su realismo, este libro ha sido prohibido por la moderna Inquisición como lo fueron — por la antigua — otras joyas de nuestra literatura: *El corbacho*, *La Celestina*, el Teatro de Torres Naharro, *La Diana*, *le Lazarillo de Tormes*, *el Buscón* y otros libros, considerados después como lo más valioso de nuestro patrimonio literario, y a las veces como insustituibles documentos históricos. De ahí su perennidad y « peligrosidad ». Prohibido en España, EN CASTELLANO ha visto ya la luz en varios países donde el público le ha reservado una acogida sin precedentes entre los libros españoles de poesía publicados allende las fronteras desde 1939. El dato revela la alta calidad humana y estética de la obra, que es una de las condiciones para que un libro no pierda al ser vertido a otra lengua, como ocurre al de Otero. En cambio, un libro de este linaje, que se sitúa entre lo más destacado de la literatura contemporánea española se ve constreñido a circular clandestinamente en nuestro país, como lo más significativo de Antonio Machado, de Miguel Hernández y de los poetas que están a la cabeza de la actual poesía realista, por mantenerme en el marco estricto de la lírica.

El poeta nos dice el por qué de la saña inquisitorial con estos versos:

No dejan ver lo que escribo,  
 porque escribo lo que veo.  
 ... lo que veo con los ojos  
 de la juventud y el pueblo.  
 (No salgas, paloma; al campo, p. 50)

Ese es el lugar que se reserva a la verdad en este delicioso mundo libre, sin problemas, del que el régimen de Franco es esplendoroso ejemplo:

Sé muchas cosas y otras que me callo.  
 Como decir España, patria,  
 libre.  
 España  
 libre. (Violentas  
 carcajadas) (Ibidem)

¡Qué importa que los voceros del régimen y los valedores de turno de éste se cubran de ridículo al afirmar — sin soltar una estentórea carcajada o sentir oprimido el corazón — que el régimen de Franco es liberal, digno aliado de la « democracia » y defensor consecuente y esforzado de la civilización occidental! ¿Mr. Einsenhower, con sus piruetas de Madrid no ha querido poner al desnudo la naturaleza efectiva de esa democracia y el sentido real de los valores espirituales del Occidente?

Oros son triunfos  
 ¡ojo!  
 Estados Unidos sale  
 de espadas.  
 Para defender el oro.  
 (Oros son triunfos, p. 48)

A la práctica de la libertad al uso en nuestro libérrimo mundo, el poeta opone su propia concepción: « Libertad supone o significa igualdad de condiciones para el desarrollo de todo hombre » (p. 55).

Un libro que toma la verdad por lazarillo y en el que el autor declara haber dado « una vuelta al Evangelio, pues al fin he comprendido que aprovecha más salvar el mundo que ganar mi alma » (p. 16) no puede tener cabida entre los que pretenden cubrir las ruinas con la impostura:

Pueblo mío,  
 los que te dicen bienaventurado,  
 ésos son los que te engañan  
 (Patria aprendida, p. 58)

Otero no tiene opción para la mentira. Le duele demasiado el dolor que engendra la injusticia:

### CENSORIA

Se durmió en la cocina como un trapo.  
No le alcanzaba el jornal ni para morir.

.....  
Usualmente, paren los humildes esas niñas escrofulosas  
que portan únicamente una sayita deshilachada sobre los huesos.  
¡Salid corriendo a verlas, hipócritas!  
¡Escribid al cielo lo que aquí pasa!  
¡Sobornad a vuestros monitores para admirar esto!

El amor activo por los que viven muriendo para que a otros les sobre, le empuja irresistiblemente a denunciar sin rodeos lo que ve y otros — cómplices — callan o disimulan. Y el poema termina con esta vigorosa y resolutiva estrofa final.

Voy a protestar, estoy protestando desde hace mucho tiempo;  
me duele tanto el dolor, que a veces  
pego saltos en mitad de la calle,  
y no he de callar por más que con el dedo  
me persiguen la frente, y los labios, y el verso.

(p. 110)

Otero es solidario con los que sufren porque le preocupa lo que les preocupa, porque quiere ayudarles a vencer las causas verdaderas de ese sufrimiento. Ayudando a hacerse a los que lo necesitan se hace él mismo. El poeta ha aprendido que su libertad está en la libertad de todos, su porvenir, el de cada uno, en el porvenir de España.

¿Cómo entiende Otero participar con la poesía en ese combate? Contribuyendo con ella « a desarrollar y formar la conciencia social y política de los hombres » que es lo propio del arte en general, según afirmaba en recientes declaraciones al semanario ESPAÑA. Y agregaba: « La responsabilidad del poeta es grande y debe poner cuantos medios sean necesarios para realizar su función. De no ser así, merece el desprecio del resto de los hombres. » Ser responsable para Otero quiere decir tomar en serio la profesión, hablar a la mayoría de los problemas de la mayoría, por los que no saben o no pueden hacerlo y por él mismo:

Voluntario a fuerza de amor,  
soy sólo poeta, pero en serio,  
sufrí como cualquiera, menos  
que muchos que no escriben porque no saben, otros  
que no hablan porque no pueden, muertos  
de miedo o de hambre ...

Ahora bien, para que un poema llene el cometido que Otero le asigna « tiene que ser auténtico, con calidad estética ». Esta exigencia forma parte de la responsabilidad social del poeta. Otero se esfuerza por satisfacer esa doble exigencia afanándose por calar cada vez más hondo, en la comprensión de los problemas de su tiempo para ser cada vez más útil al pueblo y buscando los medios expresivos correspondientes. De ahí el nuevo acento, el carácter innovador de su poesía.

El rasgo fundamental de la poesía de Otero es la confianza en el pueblo, la esperanza cierta en un porvenir de libertad y de justicia. Y su poema, al tiempo



que denuncia sin apelación, es una incitación al combate por la paz, premisa para la edificación de ese porvenir:

Que mi pie te despierte, sombra a sombra  
 he bajado hasta el fondo de la patria.  
 Hoja a hoja, hasta dar con la raíz  
 amarga de mi patria.  
 Que mi fe te levante, sima a sima  
 he salido a la luz de la esperanza.  
 Hombro a hombro, hasta ver un pueblo en pie  
 de paz, izando un alba.  
 (Anchas sílabas, p. 70)

El poeta sabe que en la actual estructura de la sociedad española, el mensaje no llega a su destino. « Sin embargo su creación se circunscribe cada vez más a lo social. Esta aparente contradicción Otero la explica, en las mencionadas declaraciones, en estos términos: « Para acercarse a la « inmensa mayoría », es necesario resolver problemas de orden extra-literario. En una palabra: es necesario que esa « inmensa mayoría » alcance el nivel de vida económico y cultural a que tiene derecho. Si no el poema desaparece. Pero el autor no tiene por ello que esperar a que se produzcan las transformaciones estructurales que permitirán la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales del pueblo, de todos, encerrándose mientras tanto en cómoda torre de marfil, imponiéndose el silencio o escribiendo para distracción y solaz de la minoría. El autor con preocupaciones sociales debe contribuir a preparar con su creación el advenimiento de esas transformaciones. ¿Cómo? Pese al escollo de la censura, apuntando bien, « haciendo impacto ». El esfuerzo de cada uno en esta dirección posibilita y posibilitará más cada día, la acción de cuantos deseen participar en la edificación de la nueva España. La experiencia de estos últimos años ilustra cumplidamente esta verdad, en el área de la literatura, en general, y en el de la poesía en particular. A un autor con preocupaciones de porvenir no le es dado ignorar esta realidad ».

Otero busca « siempre, la claridad », en cambio determinados poemas suyos son de difícil comprensión. Ello es debido — decía en las declaraciones aludidas — a que « hay circunstancias, pasajeras siempre, en que el poeta tiene que recurrir para dar a conocer su mensaje a medios más oscuros ». Esta situación — conocida por todos los intelectuales que no hemos abdicado — nos obliga a emplear expresiones ambivalentes o a recurrir a figuras retóricas e incluso — a veces — a manejar argumentos aparentemente contradictorios para escapar a las iras de los secuaces de Torquemada. Es lo que hallamos también en alguna que otra de las creaciones de Otero. Todo esto demuestra una vez más la unidad estricta del contenido y la forma y que no se puede explicar objetivamente una obra literaria sin situarla históricamente de manera precisa.

En la actual poesía de Otero sorprende la sobriedad expresiva. La palabra es precisa, incisiva es imperativa y el poema breve, riguroso, redondo:

Anda,	(Ponte	España
Levántate,	en pie	levántate
España	de paz)	y anda.
	(p. 40)	

Este laconismo sugeridor — ya característico en PIDO LA PAZ — sin menoscabo de la claridad, representa un cambio importante en la realización del poema. El poeta — en declaraciones a una revista — lo justifica como sigue: « Antes de PIDO LA PAZ, el contenido de mis poemas respondía a una exigencia existencial. Mi tema era más o menos metafísico: el hombre entre la vida y la muerte. No el pueblo: el poema, la palabra, la soledad. De pronto una realidad se me impone: el pueblo presente, devorador, exigente, gigante. Desde entonces

lo social es mi única preocupación y escribo con mayor simplicidad ». Así es como el poeta logra expresar en muy pocas palabras lo que exigiría muchas horas para ser explicado:

POR — PARA

Escribo	a borrar
por	la sangre
necesidad	y
para	la iniquidad
contribuir	del mundo
(un poco)	(incluida la caricaturesca España actual).

En Blas de Otero — como en los demás poetas de la nueva poesía, en especial — se observa un respeto y admiración profundos por Antonio Machado. Estos sentimientos están patentes en PIDO LA PAZ y en el bellissimo poema PALABRAS REUNIDAS PARA ANTONIO MACHADO incluido en el libro que comentamos. ¿Por qué esa predilección por nuestro máximo poeta contemporáneo? Otero, en dicha entrevista lo dice así: « Porque Machado ha estado presente en su pueblo, en su patria. Porque Machado es un poeta realista. Delante de él, en su tiempo, ¿quién? Poetas, ¡sí! Pero poetas de literatura. Sus últimos escritos, los más significativos, los más hermosos, los que más enseñan, a consecuencia de circunstancias especiales a España que impiden su difusión, son poco conocidos. Antonio Machado es uno de los dos o tres grandes españoles de la historia ».



Caracteriza en lo literario la creación de Otero — signo distintivo de la nueva poesía española — su raigambre nacional, no exenta, claro está, de fuerza innovadora, que es lo propio de la literatura realista. Lo nuevo de su poesía — de la poesía realista en general — reside en la crítica que introduce la experiencia en las experiencias anteriores en la interpretación de la realidad. Este realismo es nuevo, porque, ajustado a nuestro tiempo, muestra los efectos y las causas a la vez, porque es un realismo activo que situado en el sentido de las aspiraciones del hombre actual busca impulsar la sociedad hacia un estadio nuevo de la evolución humana. El nuevo realismo se inscribe en la tradición realista y popular de la literatura española y se diferencia del realismo tradicional por sus objetivos. Hasta antes de Cervantes era *crítico* o *ensorio*; en Cervantes tiende ya a *cambios*, en el seno de la estructura feudal de la sociedad. El nuevo realismo pugna por una *transformación profunda* de la actual estructura económica de la sociedad española. Los dos realismos tienen de común un amor sincero por el pueblo y manifiestan una común aspiración: hablar con la voz del pueblo. Así, Otero, al preguntársele: « ¿Poéticamente, de dónde procede Vd. ? », dirá: « Actualmente tengo mi clima: el Romancero y los Cancioneros populares. Tradicionales: la voz del pueblo ».

Al vibrar al unísono con su tiempo y al poner su sensibilidad y talento al servicio del pueblo, Blas de Otero ha logrado un libro de calidad. En EN CASTELLANO, el poeta muestra con un ejemplo que no existe incompatibilidad alguna entre el lirismo y el movimiento de la historia, entre la actualidad y el arte. EN CASTELLANO es un jalón en la lírica española de la post-guerra.

**Fermín Olmedo**

## COMPañEROS DE VIAJE

de Gil de BIEDMA

De Gil de Biedma conocíamos algún poema — todavía reciente en el tiempo, pero ya lejano en su concepción — publicado en la prohibida revista LAYE. Era entonces un poeta en agraz. COMPañEROS DE VIAJE nos revela un poeta en franca ascensión.

Este libro sitúa a su autor en el movimiento de la nueva poesía, no en la « promoción nueva de poetas », concepto tan carente de sentido como el justamente desacreditado de « generación ». Lo que distingue a un poeta de otro no es la edad, sino el contenido e intención del poema y en este aspecto esencial Gil de Biedma está más cerca de un Vicente Aleixandre, por ejemplo, que de un Bousoño, que es quien emplea el término « promoción », incluyéndose en ella al lado de poetas tan radicalmente diferentes de él como el mismo Biedma y José Agustín Goytisolo, por no retener otros nombres citados por Bousoño.

Gil de Biedma concibe la actividad creadora como una manera de actuar sobre la realidad (en un sentido de porvenir). Al « emparejarse con la vida misma », el poema — expresión de la conciencia que el poeta tiene de la realidad y de su posición frente a ella —, al ver la luz en libro, ha perdido ya de su valor en tanto que expresión de su pensamiento actual, según advierte en el Prefacio. Esta inarmonía que señala el autor se explica por el retraso que sufre la publicación en relación con el proceso de la evolución de su conciencia social.

Gil de Biedma sitúa COMPañEROS DE VIAJE entre 1952 y 1958, o sea entre los meses inmediatamente posteriores a los vastos movimientos sociales de 1951 y los meses que sucedieron a la histórica jornada nacional de protesta de mayo de 1958. Aquella primera sacudida social fué el impacto a través del cual no pocos intelectuales españoles — hasta entonces alejados de los conflictos de nuestro tiempo por razones y en modos diferentes — percibieron una llamarada en su conciencia que les permitió vislumbrar la posibilidad de cambiar en la vida que hasta allí los agoreros del régimen venían presentando como definitiva y ellos íntimamente rechazaban, pero que, solos, se consideraban, con razón, incapaces de modificar. A partir de entonces, en numerosos intelectuales se opera un movimiento de aproximación a las masas que culmina con su incorporación a los combates del pueblo por un « ahora » y « aquí » dignos del hombre. El primer poema del libro de Biedma — AMISTAD A LO LARGO — viene a resumir ese proceso y COMPañEROS DE VIAJE, en su conjunto, la historia de la conciencia de uno de esos intelectuales españoles dentro de ese movimiento.



En la primera parte del libro — AYER — el poeta aparece debatiéndose con la noche, la soledad y el silencio, estado que expresa con complejas imágenes simbólicas, de comprensión a veces difícil. Se le nota, inquieto, experimentar ya la necesidad de salirse del encierro a que le ha constreñido la disconformidad con la circunstancia. Pero la primera tentativa por escapar a la coacción del medio fracasa porque, por el momento, en lugar de hacer frente a la realidad busca rehuir sus efectos extraviándose en un pasado hipotético que no es sino la prolongación de la noche, la soledad y el silencio. El exquisito poema — MIRAD LA NOCHE DEL ADOLESCENTE — traduce cabalmente el contradictorio estado de ánimo del poeta en la primera parte del libro, correspondiente a la fase inicial de su toma de conciencia.

En el poema que encabeza la segunda parte del libro, titulado POR VIVIR AQUI, y que representa una nueva etapa en el desarrollo de la conciencia social del autor, éste aparece todavía retenido por la fuerza del pasado, pero acuciado por una creciente e imperiosa necesidad de liberarse de ella, ahora ya no huye de la realidad sino que trata de hacer algo por combatirla aunque no sepa aun con claridad adonde va:

Es sin duda el momento de pensar  
que el hecho de estar vivo exige algo,  
acaso heroicidades'.. (Arte poética, p. 30)

El poeta se percata de que la huída y las palabras usuales no conducen a nada práctico. Hay que pasar de lo imaginario a lo real, de la invención a la información, y mejor todavía, de la contemplación a la participación en la historia de todos con palabras nuevas. En lo sucesivo, vivir será actuar, aunque la acción al principio se sitúe al nivel de la revuelta. Por ello — al ser el deseo de hacer algo, de actuar, más fuerte que la conciencia que el poeta tiene del movimiento de la historia — el menor contratiempo, el primer revés — revistiendo el carácter de contratiempo la simple lentitud de los acontecimientos en relación con sus impacientes deseos o el temor— bastan para causarle desorientación o cansancio y le hagan experimentar la necesidad de esperar de nuevo, refugiándose como antes en el pasado, de cuyo influjo creía haberse liberado definitivamente, hasta que

... la vida deponga sus espinas,

si bien afirma contradictoriamente que el pasado no ha existido jamás:

... y nos volvemos  
atrás, hacia el pasado engañoso cerrándose,  
sobre el mismo temor actual, que día a día  
entonces también conocemos.

Y el temor de no llegar, el ansia de llegar — ¿adónde? — le lleva a aceptar el engaño para creer que vive. (Aunque sea un instante, p. 33)

El poeta había adaptado en cierto modo la historia a su medida y paga el error con la desilusión y el desánimo. Todavía no había comprendido que los grandes acontecimientos son quehacer de muchos y el resultado de complejas acciones e interacciones acumuladas durante un tiempo determinado y a la verdad, que le escuece, prefiere por un instante el engaño, que es más cómodo.

Y entonces tiene la impresión de que

Todo es igual, parece  
que no fué ayer. (Vals del aniversario, p. 41)

si bien reconoce que ..... no  
sin alguna reserva, porque por debajo  
algo tira más fuerte ...

(Ibid, p. 42)

Y ese algo que le tirará hacia adelante, sacándolo definitivamente del pasado — del que se burlara en una evocación postrera en los poemas AMPLIACION DE ESTUDIOS y LAS GRANDES ESPERANZAS — son los otros, los que empujan el presente hacia el porvenir. ¿Cuándo y cómo toma conciencia el poeta de ello?

Como después de un sueño,  
no acertaría  
a decir en qué instante sucedió.

(Llaman, p. 54)

Lo que sí sabe y esto le llena de contento y de esperanza es que hay quien cuenta conmigo.

.....  
... apenas puedo recordar  
qué fué de varios años de mi vida  
o adónde iba cuando desperté  
y me vi entre vosotros.

(Ibid, p. 55)

En adelante la preocupación del poeta es LA HISTORIA PARA TODOS y así titula la última parte de COMPAÑEROS DE VIAJE. El título traduce la aspiración. Ya en los poemas finales de la segunda parte — en particular INFANCIA Y CONFESIONES — se adivina que el poeta está en trance de llegar a una nueva fase del desarrollo de su conciencia social. Quedaban todavía algunos obstáculos que vencer. Una conciencia, como la historia, no avanza sin resistencias, no progresa en su desarrollo siguiendo una línea recta ideal. El peso del pasado, su influjo, juega a veces malas tretas. Pero nuestro autor se esfuerza constantemente por comprender la realidad para seguir y hasta favorecer con la creación su movimiento e irá venciendo los obstáculos que en este sentido puedan salir a su paso.

El poeta ha aprendido que el detestar una cosa no significa necesariamente que se haga algo contra ella e incluso que una protesta contra algo sin orientar las energías que genera hacia otra cosa precisa que reemplace lo detestado es gastar pólvora en salvas, nueva palabrería. Ahora sabe que estar contra todo — que es lo propio del hombre en estado de revuelta — equivale a no estar contra nada, a dejar las cosas como están. Y opta por denunciar, por despertar energías aún adormiladas, al lado de otros, en defensa de lo nuevo, del hombre que surgirá del movimiento que está en marcha hacia un mañana pletórico de bellas realidades para todos.

A la luz de la vida, el poeta se ha transformado. Ahora tiene otra visión del mundo y se asigna una misión en consonancia. Su preocupación esencial es la suerte reservada a los

desenterrados vivos

(Los aparecidos, p. 60)

ante cuyas penosas condiciones de existencia experimenta

... una estela de malestar furtivo  
un cierto sentimiento de culpabilidad.

(Ibid p. 59)

El malestar y el sentimiento de culpabilidad que siente ante las víctimas de injusticia le resuelven a participar **en la historia de todos** escribiendo LA HISTORIA PARA TODOS. Ese acto representa en la vida del poeta un momento crucial:

Yo esperaba  
con los demás, al borde la señal de cruce,  
y de pronto he sentido como un roce ligero,  
como casi una súplica en la manga.

(Ibid, p. 59)

La súplica, las llamadas que el poeta percibe vienen  
de allá, del otro lado del fondo sulfuroso,  
de las sordas  
minas del hombre y de la multitud.

(Ibid, p. 60)

Del sentimiento de culpabilidad por irresolución de la complicidad por abstención, el poeta, en intelectual responsable, pasa a la solidaridad con los oprimidos y expoliados por la acción. Y uno de sus primeros actos como tal es denunciar a los cínicos e hipócritas, a los fariseos, a

... los viles  
propagandistas diplomados  
... los curanderos  
sin honra.

(La lágrima, p. 62)

que ocultan con un velo culpable y cómplice no sólo las causas reales del sufrimiento de los que carecen de todo imputando a la naturaleza, a la condición humana lo que es debido a la naturaleza de la sociedad, sino incluso la existencia misma del dolor. Gil de Biedma hará suyo desde

... **ahora** el dolor  
de los otros, de muchos,  
.....  
dolor de tantos seres injuriados,  
rechazados, retrocedidos al último escalón.

(Ibid, p. 64)

Pero el poeta no se contentará con hacer suyo el dolor de las víctimas de la injusticia, también hará suyas sus luchas y sus esperanzas, la confianza de los que combaten por la emancipación material y espiritual de todos, que es la razón de ser de su acción. La confianza del poeta en ese mañana que preparan los combates presentes le inspira, a raíz de los acontecimientos de febrero y marzo de 1957, el magnífico poema que corrió de mano en mano en aquellas fechas y que comienza así:

Por lo visto es posible declararse hombre.  
Por lo visto es posible decir NO.  
De una vez y en la calle, de una vez, por todos  
y por todas las veces en que no pudimos

y termina con esta llamada de conciencia:

Y será preciso no olvidar la lección:  
saber, a cada instante, que en el gesto que hacemos  
hay un arma enterrada, saber que estamos vivos  
aún. Y que la vida  
todavía es posible, por lo visto.

(p. 65)

Situado en el movimiento de la historia, el poeta ve en el descontento del pueblo y en su aspiración a una vida realmente humana, hechos, acción generalizada y por tanto irresistible, el camino que conduce, por la concordia civil, al término de la injusticia, a una España hermosa. Es cierto que aquellas memorables jornadas no dieron lo que tantos esperaban. Y el poeta exclamará:

¡Ay España, tu hermosura  
qué de llantos acarrea!

(Y era el demonio de mi sueño el ángel p. 73)

Es verdad que todavía

abajo golpean  
sin sueño, furiosamente,  
muerte, asolamiento, guerra,  
civil injusticia, toda  
la historia terrible, fresca  
todavía en la memoria  
como una fiera que acecha

pero

Más allá puedan los días  
y días, manos obreras,  
pensamientos que interrogan,

.....  
... aún queda  
fuerza a tus hijos, verdor  
en tus eras.

(Los gallos de la aurora, p. 74—5)

La confianza del poeta en la fuerza y determinación del pueblo y su esperanza en una España nueva son tan hondas que le llevan a escribir el más logrado de sus hermosos poemas haciendo vislumbrar, sentir y hasta vivir los resultados de tanto esfuerzo acumulado y conjugado: la victoria.

### **Canción para ese día**

He aquí que viene el tiempo de soltar palomas  
en mitad de las plazas con estatua.  
Van a dar nuestra hora. De un momento  
a otro, sonarán campanas.

... Palabras  
van a decirse ya. Oíd. Se escucha  
rumor de pasos y batir de alas.

Gil de Biedma demuestra con arte en *COMPañEROS DE VIAJE* que no es posible realizarse al margen de los más, sino ayudando a los más a realizarse. El arte y la vida social no son dos cosas distintas, sino hermosamente complementarias, mal que les pese a los «propagandistas diplomados» del orden existente. El libro de Gil de Biedma, vigorosamente articulado, sólidamente construido y de un estilo muy personal, lo confirma plenamente.

**Fermín Olmedo**



## Notas de lectura

### **ROMANCERO DELLA RESISTENZA SPAGNOLA**

**(Romancero de la Resistencia española), presentado y recopilado por Dario Puccini, Feltrinelli Editore, Milán 1960**

Sin duda, el libro de Dario Puccini — buen conocedor de las cosas de España — es, en su género, una de las obras más logradas que se hayan publicado hasta la fecha. España y la poesía; veintitrés años de la historia de España a través de la poesía, en el espejo de su poesía. Lo cual no quiere decir que la selección hecha por Puccini, entre todos los poemas que desde el año 36 acá ha inspirado la realidad de España — trágica, gloriosa, abrumadora, nunca indiferente — sea indiscutible. Uno, en lugar de este poema de Alberti hubiese preferido aquel otro; y quien dice Alberti, dice cualquier otro nombre de los poetas incluidos. Pero el destino de toda antología es, irremediablemente, ser discutible. No se trata de esto, ahora. Lo esencial es el propósito fundamental de la obra, las grandes líneas del cuadro que en ella se traza, y éstas y aquél son, en general, acertados.

Consta la antología propiamente dicha de tres partes fundamentales. La primera la constituye el Romancero de la guerra civil, basado principalmente en el « Romancero general de la guerra española », de Emilio Prados y Rodríguez Moñino (Madrid-Valencia, 1937), y en el que, con idéntico título, publicó

Rafael Alberti en Buenos Aires, en 1944. Junto a romances y poemas más conocidos, o de cuya existencia tiene al menos cierta noticia el lector español de hoy, ha sido un acierto incluir otros de Antonio Machado, de Vicente Aleixandre y de José Bergamín. A esta parte de la antología de Puccini yo haría el solo reproche de que me parece, a todas luces, insuficiente la presencia de Miguel Hernández. Cierto que se incluyen dos poemas, « Viento del pueblo » (título éste asimismo de uno de los dos libros de guerra de Miguel), y la « Canción del esposo soldado », que es una de las más hermosas obras líricas de la lengua española, pero, con eso y con todo, no parece que resuene bastante, en estas páginas, la alta voz inmortal de nuestro Miguel.

La segunda parte del libro la componen los poemas recogidos bajo el epígrafe de « Exilio y resistencia » (1939 —1959). Entre los versos del exilio, resulta estremecedor leer éstos de José Moreno Villa, muerto en México, en el año de 1955:

Yace tu tierra más allá del agua.  
Nunca tus ojos volverán a verla.

.....

Lo grave de morir en tierra extraña  
es que mueres en otro, no en ti  
mismo.

(Tu tierra, del libro « Puerta  
severa », 1941),

versos que son hoy, en su escueta y  
amarga sonoridad, a los veintiún años.



de terminada la guerra civil, y por encima de la muerte del poeta, un aldabonazo más en el fragor que exige la amnistía, que pide el retorno a su tierra « más allá del agua », o más allá de los montes, de todos los exiliados. Sin embargo, a esta parte de la antología, la del exilio, cabe achacar, como defectos más graves, la escasa representación de la obra de Alberti y la total ausencia de la de Juan Rejano, a pesar de ser ésta última una de las más importantes de estos veinte años de « poesía peregrina ».

Se incluyen igualmente en esta parte los poetas del interior (pero, ¿qué es interior y qué exterior?, todos estos poetas están *dentro* de España), las voces que, por unos u otros cauces, de una u otra manera, después del intermedio « garcilasista », reanudaron la gran tradición de Machado: poesía para la inmensa mayoría, poesía para el pueblo. Comprende esta parte poemas de Celaya, Blas de Otero, Hierro, Nora, José Agustín Goytisolo, Valente, etc. Resulta aquí excesivo, desproporcionado, el espacio concedido a los versos anónimos — flojos de forma y de contenido — del libro « Pueblo cautivo », editado clandestinamente en 1946, en detrimento del que se concede, por ejemplo, a la obra de Celaya: un solo poema, la « Carta a Andrés Bastera », y no de los más significativos, de los más hondos, de este escritor, cuya influencia en la orientación actual de la poesía española puede decirse, sin lugar a dudas, que es esencial. También faltan, como exponente típico de uno de los « frentes poéticos » más emocionantes de la Resistencia, los versos de Marcos Ana, el poeta del penal de Burgos, editados en México por la Unión de Intelectuales Españoles. Es de suponer, sin embargo, que esta carencia se deba sencillamente a una falta de información.

La tercera parte de la antología, que recoge bajo el epígrafe de « Homenaje del mundo », poemas inspirados en todos los continentes por el heroísmo de la lucha popular española contra el fascismo, me parece un gran acierto. Aquí tenemos a César Vallejo, muerto

en París, « con aguacero », cuya voz grita silenciosamente:

..... si la madre  
España cae — digo, es un decir —  
¡salid, niños del mundo, id a  
buscarla!;

aquí tenemos a Pablo Neruda, a quien dedicara Miguel Hernández, en 1939, su último libro, prácticamente inédito, « El hombre acecha », (« Viento del pueblo » está dedicado a Vicente Aleixandre) dedicatoria de la que son estas palabras: « Pero mira el pueblo que se sonríe con una florida tristeza, augurando el porvenir de la alegre sustancia. El nos responderá. Y las tabernas, hoy tenebrosas como funerarias, irradiarán el resplandor más penetrante del vino de la poesía »; aquí están el cubano Nicolás Guillén, cantor hoy de la libertad de Cuba, y el norteamericano Langston Hughes, y el inglés John Cornford, muerto en tierra española, y los franceses Aragon y Eluard, y el alemán Bertolt Brecht, con un brevísimo y extraordinario poema, y los soviéticos Ehrenburg, Tijónov y Dolmatovski, y el búlgaro Vapzárov ... Homenaje del mundo, en efecto; homenaje a la causa de España de toda la humanidad avanzada y progresiva.

Conviene destacar, finalmente, que el aparato crítico — cosa poco corriente en libros de este tipo — es verdaderamente eficaz. Una extensa introducción de Dario Puccini, penetrante y jugosa, que no defrauda las promesas de su título: « Una historia de los intelectuales a través de la poesía, de 1920 hasta nuestros días »; una serie de notas bio-bibliográficas de los diferentes poetas; una cronología de los principales acontecimientos históricos y culturales de la España contemporánea, de 1900 a 1959; y los indispensables índices para el manejo de la obra: todo ello hace de este libro mucho más que una simple antología. La presentación, como suele ocurrir con las obras de Feltrinelli, es perfecta, y el texto español de los poemas, impreso frente a su traducción italiana (cuyos méritos, claro es, no entramos a juzgar) no adolece de erratas importantes.

A. L.

**« LA BODA, »**

**de Angel María de Lera. Ediciones Destino. Barcelona, 1959**

En «La boda», Angel María de Lera sigue el camino emprendido en «Los clarines del miedo», es decir, el de escribir novelas de raíz más o menos folklórica, de argumento agrio y que bordea el melodrama, sin caer sin embargo en el folletín sangriento y popularista al que, en principio, sus novelas, debido especialmente a los temas tratados, parecían predestinadas.

Ese difícil equilibrio entre drama y melodrama, entre tragedia y folletín, lo conserva Lera gracias a lo que nos parece un sentido innato de la medida en la deformación, de la proporción dentro del desorden. Y el instrumento del que se vale Lera para que en la narración escrita se mantengan medida y proporción, no es otro que el de la sobriedad descriptiva, el de la contención narrativa.

De ahí un atrayente realismo novelesco que si bien en ningún momento alcanza la dimensión o la profundidad de un auténtico realismo histórico, no deja de obligar al lector a una cierta reflexión sociológica sobre el pueblo cuyas reacciones psicológicas — según aparecen en la novela — indican la existencia de unas superestructuras que sólo pueden mantenerse en una sociedad detenida en el curso de su normal evolución histórica.

En el caso de «La boda», la historia consiste en la descripción de una cencerrada con motivo de la boda de un viudo rico y forastero con una muchacha del pueblo en que discurre la acción, cencerrada que termina trágicamente con la muerte violenta de los dos principales protagonistas de la novela: Luciano, el viudo, y Margarito, el promotor de la cencerrada, un tipo resentido y reprimido que, sin embargo, es capaz de arrastrar en su resentimiento a un buen número de muchachos del pueblo. Desdichadamente, esa historia, que parecerá absurda a cualquier persona crecida en ambiente urbano e industrial, es sin embargo válida — aún hoy — para muchos

pueblos españoles. Y en ello reside el valor tipificador de la novela de Lera, aunque su autor no haya insistido en los factores sociales e históricos, que aparecen en la obra solamente insinuados.

Martín Díaz

**«NUEVAS AMISTADES»,**

**de Juan García Hortelano. Premio «Biblioteca Breve»**

**(Editorial Seix Barral - Barcelona, 1959)**

Encontramos en «Nuevas amistades», novela de Juan García Hortelano que obtuvo el premio «Biblioteca Breve» 1959, diversos aspectos interesantes que justifican el interés con que su publicación ha sido acogida. Podríamos resumir dichos aspectos en dos grupos, a efectos de claridad de la presente nota, forzosamente breve: aspectos sociales y aspectos formales.

Formalmente, «Nuevas amistades» es una nueva aportación a la literatura de tipo objetivo, en la que la novela española ha conseguido algunos logros apreciables, como «El Jarama». No vamos a definir ahora esta técnica narrativa, que admite diversas interpretaciones, y de la que generalmente se habla sin tener en cuenta el contexto social e histórico en el que se manifiesta. Pero sí hay que decir que, por lo general, es una modalidad narrativa que encuentra su justificación dentro del realismo crítico al que «Nuevas amistades» se adscribe.

«Realismo crítico» significa muy concretamente una tendencia de la novela contemporánea que se propone como primer objeto la crítica de la sociedad capitalista. Esta crítica puede intentarla el novelista de un modo global, es decir, dirigiéndose contra los pilares básicos del capitalismo, o de un modo parcial, atacando algunas de las manifestaciones externas del mismo, como en el caso de «Nuevas amistades».

La novela de Juan García Hortelano muestra la vida de un grupo de jóvenes pertenecientes a la burguesía madrileña.

La intriga se ciñe «alrededor de un presunto hecho criminal», ante el cual esos jóvenes se ven obligados a tomar algunas responsabilidades. El absurdo vital de la existencia de un estrato determinado de la juventud española, con sus características de clase que determinan una conducta social y una concepción del mundo peculiares, está bien descrito por García Hortelano, que demuestra en esta primera novela que es lícito esperar de él nuevas e interesantes obras. Con ésta, García Hortelano se incorpora a la serie de jóvenes novelistas españoles — Sánchez Ferlosio, Fernández Santos, Juan Goytisolo, Jesús López Pacheco, Luis Goytisolo-Gay, Armando López Salinas, Antonio Ferres, etc. — que están transformando la novela española al aportar una conciencia histórica y un rigor formal, poco frecuentes en las últimas décadas.

Martín Díaz

**«LA PIQUETA» novela de  
ANTONIO FERRES  
Editorial Destino**

La historia de nuestro tiempo, trasunto fiel de la vida española, puede pormenorizarse en grandes o aparentemente pequeños hechos. Y ninguno de estos pormenores, por pequeño que sea, por nimio que parezca, es insignificante, todo lo contrario. A veces porque estas situaciones llevan dentro de sí un alcance no siempre previsto. Y siempre, siempre, porque las más profundas y llamativas situaciones históricas necesitan de estas pequeñas historias que día a día, pequeñas y tristes historias, vive el pueblo, completan el panorama de una circunstancia determinada.

Así Antonio Ferres, nos cuenta la historia de unos pobres «jaeneros». De esas gentes de Andalucía que huyendo del hambre y la miseria secular, del paro forzoso, llegan a Madrid en busca del pan y del trabajo. Gentes que se hacinan en los suburbios y parecen no tener más horizontes que los marcados por

esa línea invisible que marca el comienzo de la ciudad, de esa ciudad desconocida para la mayoría de ellos.

«Hombres sin tierra ni techo en la gran ciudad», así reza la solapa del libro de Ferres. Y así es.

En esta novela, una novela proletaria, hay una calidad indiscutible, una mezcla de ingenuidad, de ternura, a veces de brutalidad. Sus diálogos son directos y espontáneos. Se ve la lucha de clases, el enfrentamiento, la injusticia. La relación entre el paisaje del suburbio y el hombre está conseguida.

Nos encontramos con personajes como la mujer del Azafranao, dueño de la tienda del barrio, personaje totalmente conseguido, su forma de reaccionar ante la tragedia, sus rezos con el niño en brazos, intentando buscar la solución a los problemas por medio de un milagro. Los compañeros de la obra donde trabaja Andrés, el padre, con su carga de veinte años de miedo a las espaldas. La multitud que presencia el derribo de la chabola sin protestar violentamente. La desesperación de la madre apretando la cara contra la pared, llena de odio, preguntando quién tiene la culpa de las cosas que suceden. La borrachera de Andrés, la boda y su cortejo son escenas de cine neorealista. En López, ese hombre aburrido, que no sabe lo que quiere, un producto típico de la sociedad actual española.

Mas por encima de todo está el cariño, el amor de la pareja, los niños. Esos niños del suburbio, alegres, niños. Este amor que pone Ferres en sus personajes es un manto alegre sobre la miseria y las hambres.

Quizá hay un naturalismo, mas si es así podemos decir que bajo un nuevo concepto.

Tras el derribo de la chabola, que las gentes del barrio contemplan y donde parece no haber sucedido nada, el escritor, con una sugerencia maestra, nos dice que sí, que sí ha pasado algo, que todo sigue en marcha. «... cabía preguntarse, sin embargo, de la oscura multitud de la mañana. En apariencia no ocurría absolutamente nada».

La piqueta, las dos piquetas de la novela de Ferrer, la material que derriba la chabola y la piqueta del franquismo intentando triturar al pueblo, son impotentes para esa pareja que cogida de la mano, « por esos campos de arena donde termina Madrid », va a construir una nueva vida.

J. L.

## **PUERTA DEL SOL**

### **novela de Ricardo Bastid**

En « Puerta del Sol » — libro que « por sus méritos intrínsecos ha sido recomendado para su publicación por el Jurado que falló el Concurso Internacional de Novelas 1958 de la Editorial Losada » — se encuentran todas las debilidades: la física, la moral, la política.

Abre el autor la narración en el momento en que se cierra una celda de la Dirección General de Seguridad. « Me gusta esta fresca blancura de la cal », piensa el recién encarcelado. Y en seguida uno advierte que o ha habido un desplazamiento de la sensibilidad física que crea una antítesis entre la parte y el todo, conducente a aceptar las paredes de la propia cárcel, que en este caso es la porción de un antro total e inmensamente fatídico; o bien que el cerrojo que ha sido echado, ha encerrado a un hombre de muy incierta condición política. Después, estas anomalías « sensoriales » tienen muchas confirmaciones: « Con la piel, da gusto; se entra en seguida en calor (¡ Y acompaña tanto el sentirse calentito! ... ) ». O bien: « Esta manta de lana es otra cosa. Tan suave ... ( Y es gordita ) ». Seguimos:

En el lavabo de la Dirección:

« ( Está fría el agua ).

¡ Pues se bebe bien! ( Es como si estuviera en el campo ) ».

Yo no sé si quiere decir que bebe en la cavidad de las manos como si estuviera en el campo; pero, de todos modos, hay aquí una escalofriante disociación entre lo físico y lo moral. Una última cita sobre esto: Hasta la celda llegan los títulos voceados de la prensa

matutina. « ¡ Daba gusto oírlo! », dice. Y tiene uno que preguntarse qué clase de epicureísmo puede ser el que nos permita asociar el humano deseo de libertad con los mentidos títulos de unos diarios que amparan el encarcelamiento de quien los oye. Si tomo nota de esta rara fisiología, tan exacerbadamente independiente con respecto a lo social y a lo político, es porque en ello se encuentran los gérmenes de lo que vendrá luego: una vida, un proceso, unas deducciones, un desenlace movidos por un motor puramente fisiológico.

Es manifestación inequívoca de la debilidad moral del protagonista Juan Fernández (= Ricardo Bastid) el hecho de que pague con largueza, en la celda incomunicada, la compañía y conversación del barbero de la Dirección. Los amores de Fernández — varios y pequeños amores rosa pálido — ocupan muchas páginas de la novela. Es decir; un hombre de cierta actividad política medita sobre su vida en un calabozo de la Dirección, y dedica mucho más espacio a su intimidad amorosa que a su intimidad política ( él jamás sale de su « yo » ), que también es rosa pálido, excepto en cierto momento tenebroso, en el que el protagonista ( ¿ = Ricardo Bastid? ) vierte sangre con carácter irreparable. Por lo demás, « papá » y « mamá » aparecen frecuentemente y siempre minimizados por tan blandos apelativos. Pero es peor aún el que los diálogos de los pederastas detenidos le parezcan « sainetes » a nuestro Fernández.

En lo político, R. Bastid queda emparentado con Jan Valtin, ya que, como éste, no ha encontrado mejor medio de justificarse que idear una novela. Una narración de carácter autobiográfico, a la que se le añade lo de « novela ». Porque hay realidad, y también ficción. La ficción no es tanto para encubrir a los patriotas que permanecen bajo el régimen de terror, como para readaptar los hechos al gusto de una mejor conciencia. Así, « Puerta del Sol » quiere explicar no sólo la muerte de Fernando Viñas, soldado bajo su mando (« Yo maté al tal Viñas ». Pág. 279), sino el también asesinato de « Arturo », nombre político

adoptado para la clandestinidad por Bastid o por Fernández. Estas justificaciones quiere hacerlas el autor a través de una maraña de anécdotas íntimas, con exclusión completa nada menos que de los hechos históricos de nuestra guerra y del profundo proceso político de la postguerra. ¿Del año 1946, primer encarcelamiento? ¿Del 1957, año de su paso por la Dirección? ¿De la época? ¿De la vida de sus compañeros de armas, de la de sus antiguos camaradas? ¿De la vida de los demás, en general? Nada. A Bastid sólo le interesa su ramplón monólogo y el bien físico de su anatomía («A la calle, a ser uno más, como todos. A no temer ya nada ¡A vivir! Que ya es hora...» Pág. 170). Y, más adentro, el afán subconsciente de la justificación de su cobardía.

El Miedo se hace importante personaje freudiano en la novela de Bastid. El miedo a un pasado, del que no quiere responsabilizarse y que, sin embargo, le lleva a la añoranza, a la vuelta atrás, a la vaga rapsodia sentimental, vulgar e inútil. Miedo a su falta de sinceridad, que le pide volver a empezar la salmodia intimista («*Tú has de revisar tu vida para buscar, buscar... Y para eso lo que tienes que hacer es repasártela toda otra vez*»). Miedo a sí mismo, donde descubre que

hay «otro» e incluso «varios otros», que es lo contrario de lo que le ocurre al hombre íntegro y cabal. Reiterado temor a descubrir el miedo en las miradas de los demás («El miedo apaga los ojos», repite). Miedo de no «atreverse a romper» y miedo al «vacío» después de la ruptura. Culminación de la cobardía en la huelga de los presos del penal, que le lleva, por fin, a la traición. Una huelga a la que alude despolitizándola, deshumanizándola, y que aprovecha para dársela de más inteligente que el enlace del Partido, que trataba de incorporarle a la solidaridad, que quería ayudarle a someter su medrosa fisiología.

Finalmente y como justo colofón, la evasión, la doble evasión espiritual y corporal: Juan Fernández planea en la celda su escapada por los Pirineos:

«El caso es que nos larguemos. Y una vez en Francia...»

«Lo que pasa es que me estoy dedicando ya a vivir esa otra vida...»

(Me estoy refocilando ya)

*América es un hermoso país.*»

América. Buenos Aires. Allí quería irse Juan Fernández y allí está Ricardo Bastid.

**M. Nonell.**

## Reseña de revistas

### « PUNTA EUROPA » Y LA IDEOLOGÍA DEL CAPITAL MONOPOLISTA

La presente nota no podemos concebirla como simple reseña. Se trata, a nuestro entender, de presentar la Revista « Punta Europa ». Presentar dicha Revista, sólidamente ligada a intereses económicos y políticos muy definidos (ya lo veremos en el análisis) supone el encontrar a lo largo de sus números los ejes, las direcciones esenciales, tanto políticas como ideológicas, de dichos grupos económicos, de la oligarquía monopolista.

Antes de pasar al análisis interno conviene, sin embargo, abordar un problema más general. « Punta Europa » aparece en un momento de la vida nacional española en que la lucha ideológica se hacía ya muy aguda. Ese combate ideológico había arreciado porque las contradicciones que fueron ahogadas bajo la mascarada del « Movimiento », a causa de la concentración capitalista, por el proceso de monopolización, salen a la superficie. Con el franquismo se ha estructurado sólidamente la oligarquía financiera, se han fortalecido los lazos entre el capital financiero y la vieja aristocracia terrateniente. La « unidad nacional » se resquebraja, se pulveriza, y en este magna en desintegración, aparecen los gérmenes de nuevas fuerzas políticas, que corresponden a las transformaciones sufridas en la estructura económica.

Grandes diferenciaciones en el seno de la burguesía; fortalecimiento ideológico y orgánico de uno de los partidos obreros, el Comunista; aparición de los perfiles de un gran frente, una vasta alianza con carácter antimonopolista, anti-imperialista y de defensa de los intereses nacionales: todos estos factores han contribuido a recrudecer la lucha ideológica, y ésta es, a su vez, síntoma de que los frentes, los equilibrios de fuerzas están en movimiento.

A estos problemas interiores se suman los que se dan en la situación internacional. Crisis de toda una serie de estructuras montadas durante la guerra fría, contradicciones entre los países capitalistas, avances del espíritu de coexistencia y finalmente, despertar de los movimientos de masas que han dado al traste con dictaduras, al parecer, inamovibles.

Ante tal situación las viejas fuerzas de la reacción se ven obligadas a ocupar nuevas posiciones de defensa. Es el caso de las declaraciones del Cardenal Ottaviani hace algunos meses, de las tomas de posición de la jerarquía eclesiástica ante el viaje de Jruschov a Francia.

Dos objetivos trata de llenar la Revista « Punta Europa ».

Primero: colmar un vacío ideológico. La vieja ideología falangista, fascista, se ha desmoronado. Decimos ideología, ya que los contenidos económicos y políticos esenciales del Fascismo siguen vigentes en España, aunque en descomposición acelerada y sujetos a un creciente aislamiento. Ahora bien, se trata de remozar la cobertura ideológica, la salvaguarda de esos intereses, de esos contenidos, arrojando la cáscara y conservando lo esencial. Por razones históricas, las fuerzas que utilizaron el fascismo — experiencia fallida que diría Juan Alba — tratan de desmontar las estructuras democráticas utilizando un nuevo andamiaje. El asalto a la democracia se hace bajo nuevas banderas.

Es evidente que son las tendencias integristas de la Iglesia las que están ofreciendo una mejor masa de maniobra. Las corrientes integristas italianas, la C. D. U. de Adenauer, son pilares de la ofensiva. En España, el « Opus Dei » y su órgano ideológico, « Punta Europa », vienen a cumplir el mismo cometido.

« Con Franco o sin Franco no interesa restaurar lo que hoy sería un artificio, una especie de maquillaje que da una apariencia de salud social ... *Lo que interesa es ir estableciendo las instituciones que actúen desde una posición de autoridad ...* no ha de confundirse este movimiento con la organización monocolor que ha monopolizado su primera etapa ». (1)

\**La posición de autoridad*: he ahí la cuestión. Posición de autoridad como piedra clave a conservar en caso de cambios de fachada, para guardar lo esencial a través de las modificaciones de forma.

En segundo lugar: eliminar aquellos fenómenos de superficie — la Falange — para que sobreviva a la catástrofe la dictadura del capital monopolista.

La segunda perspectiva en que se desarrolla « Punta Europa », dentro de esa exigencia de orden más general, es la de definir una posición ideológica y política de los sectores monopolistas frente al resquebrajamiento de la unidad de amplios sectores burgueses. Definir una línea de acción, no sólo frente a las fuerzas obreras, sino frente a los otros sectores burgueses con los que han entrado en colisión, especialmente los liberales y los movimientos católicos de izquierda.

Por ello es necesario un análisis en profundidad, que ponga al descubierto los verdaderos contenidos de esta, al parecer, nueva posición que « Punta Europa » pretende definir.

Por razones de claridad vamos a pasar revista a algunos de los artículos de dicha publicación, analizándolos por materias: En primer lugar, posiciones de « Punta Europa » frente a los problemas de la democracia; después, lo que se refiere al Plan de Estabilización y política económica del franquismo; por último, lo que respecta a los asuntos internacionales: rearme, guerra fría, coexistencia, etc.

## LA DEMOCRACIA Y LA FE

En el editorial del número 39, « Congruencias y exigencias », en el que se tratan de establecer los supuestos que delimiten el concepto y funcionamiento de la libertad, leemos:

« ... para que nuestro discurrir no sea un divagar ... para que no lleguemos a apreciaciones no ya distintas sino contradictorias (*respecto a la libertad y corolarios, J. V.*) no podemos prescindir del supuesto de una actitud común ... Esta actitud de fe inicial es imprescindible. El conocimiento se da a los que creen ».

« Punta Europa » se reclama de una especie de libertad cuyo verdadero ser aparece al decirnos que los límites de la misma los señala esa posición inicial fideísta. La integración de todos en el Estado, la sibilina Unidad, por encima de partidos y clases, que el pensamiento fascista realizaba en el seno de la « unidad

de destino», se mantiene aquí como fundamento y límite de la libertad, ahora bien, la «unidad de destino» pasa, previamente, por la pila bautismal, y el carisma histórico se transforma en carisma teológico.

Laten aquí dos cuestiones de interés. De una parte hay un ataque abierto al concepto de libertad «absoluta», esencial en el pensamiento liberal. Esta vez, sin embargo, la crítica se hace por la derecha. Si, en efecto, la libertad aparece históricamente «determinada» por sus contenidos — he ahí el fallo fundamental del liberalismo como doctrina —, el determinarla en relación con contenidos «trascendentes» — religiosos, etc. — y no racionales, es negarla absolutamente.

Por otro lado, la introducción de criterios de fe en la definición de un elemento esencial en la vida pública nacional viene a escindir la nación conforme a principios que le son ajenos. La anti-España coincide entonces con la anti-Iglesia.

En la misma línea de cuestiones tiene interés la sección «Lenguas de fuego». La del número 41, mayo del 59, reproduce un texto del prólogo de Monseñor A. Herrera Oria al libro de M. Demongeot: «El mejor régimen político según Sto Tomás».

La fuente de autoridad — según el obispo de Málaga — es Dios, de modo que «la soberanía procede de Dios»... «la democracia tomista no se corresponde con la soberanía nacional moderna... ésta queda excluida doctrinal y teóricamente... Sto Tomás condiciona mucho la intervención del pueblo en el poder y debe ser contado entre los enemigos del sufragio universal inorgánico... mas alguna intervención del pueblo en el gobierno es sabia y justa».

Cabe hacer varias observaciones. La inmanencia de la soberanía no supone — ni mucho menos — el liberalismo, como lo da a entender el señor Herrera. Lo que sí es verdad es que, teóricamente, al poner la fuente de la soberanía en algo trascendente a lo social, se prepara el falseamiento de todo funcionamiento democrático. Se abre, en efecto, la puerta a los ataques de flanco.

Volvemos a encontrarnos con la hipóstasis del principio de autoridad, con su trascendencia. La pirámide mística que terminaba en la *unidad de destino* «suprahistórica», se cierra ahora en el vértice de los principios de la Providencia, que definen, determinan la libertad y fundan la democracia. El mecanismo, o mejor, el elemento esencial, se pone fuera de lo social; la participación en el gobierno está ya delimitada por ese primer concepto «fuente de soberanía» que escapa al control, a la creación del pueblo, de la sociedad concreta.

En este terreno «Punta Europa» es clara y se lo agradecemos. Pero los párrafos citados no son simples recuerdos eruditos. En ellos hay todo un programa en cuyo fondo está el falseamiento de toda real democracia.

«El poder puede transmitirse, pero no la voluntad» (2). La piedra clave de la democracia está en el reconocimiento del principio de inmanencia de la soberanía.

En los textos que hemos citado aparece con nitidez el anti-humanismo, lo alienado de toda posición trascendentalista.

Que dentro de la Iglesia nuevas corrientes se hacen sentir, es un hecho. El integrismo condenó ya a los dominicos Henri Desroches y Montuclard, del mismo modo que pone en cuestión una de las últimas aproximaciones al inmanentismo: la de Teilhard du Chardin.

En este sentido, «Punta Europa» se levanta contra los sectores católicos más avanzados y patina en plena reacción.

#### «PUNTA EUROPA» Y LOS PROBLEMAS ECONOMICOS

Permítasenos entrar en materia expresando nuestra extrañeza. Es curioso que en una Revista que se pretende de cierta altura intelectual, se publique un artículo como el titulado «Cambio en lo económico», en el número de Julio-



Agosto del 59. Con una oscuridad propia de un mediano estudiante, el autor se propone explicarnos lo que sería una « tercera línea » de acción económica, tan alejada del « laissez faire » como de la planificación marxista.

Llamamos, ante todo, la atención sobre algo que no dice mucho en pro de la solidez teórica de la publicación. En el número del mes de junio del mismo año, Manuel Funes, para justificar el Plan de Estabilización, le reza un responso al keynesismo. Pues bien, un mes más tarde vemos que se nos propone una especie de planificación keynesiana, con su « suplemento de alma », claro está.

Lo interesante es que, a pesar de todo, en esta condena del « laissez faire », en este intervencionismo que el autor nos propone, hay contenidos muy concretos, que, en el fondo, coinciden con los que alientan en los planes de austeridad y en la vuelta al liberalismo de que luego hablaremos. En definitiva, el señor Funes y el autor de « Cambio en lo económico » están de acuerdo al proponer técnicas, instrumentos que manejará el mismo cirujano.

En el intervencionismo que nos propone el editorial en cuestión, la oligarquía no busca sino la utilización del aparato del Estado para la realización de superbeneficios o de las transformaciones de estructura que le son necesarias.

La extensión del capitalismo monopolista de Estado ha sido muy rápida desde 1939, y estos intentos de arrinconar el libre juego de los mecanismos automáticos son una manifestación del fenómeno. En la literatura económica marxista, que el autor del editorial desconoce sin duda, se ha discutido ampliamente el problema. Esta superación del liberalismo, sin abandonar los límites de la propiedad privada, ha sido una de las armas de los monopolios.

« Las primeras tentativas de reglamentar la producción a la escala de toda una rama de la producción, han sido realizadas desde fines del XIX por los primeros « trusts » y « cartels » ... La finalidad de tales planes de producción era, no la adaptación de la producción a las necesidades, sino la realización de un beneficio relativamente elevado ... la adaptación de la producción a una demanda limitada, fijando los precios a un nivel superior al de competencia » (3).

\*

Nos interesa, ahora, analizar una serie de trabajos que recaen, también, sobre problemas económicos. Hablaremos primero de dos del señor Travesti, quien, al parecer, ha descubierto en el F. M. I. — Fondo Monetario Internacional — una especie de panacea.

El señor Travesti no hace, a lo largo de su artículo, sino una exposición perfectamente elemental y superficial de lo que supone, según él, la institución del F. M. I.

En realidad, tal organismo no vino a solucionar ningún problema de estructura en las relaciones económicas internacionales, sino tan sólo a hacer viable — en las condiciones de la post-guerra — el « statu quo ». El señor Travesti sigue en su desenfoco de la cuestión las huellas de las más « modernas teorías económicas » para las cuales todo es posible sobre la base de simples manipulaciones monetarias. Todo ello, para evitar el peligroso escollo de pensar en términos de estructura. En lo que al F. M. I. respecta se trata de un organismo que en nada altera o renueva la estructura de los cambios internacionales. Así, americanos y europeos se han encontrado en contradicción abierta por el proteccionismo de aquéllos, sin que el F. M. I. haya suprimido tal escollo.

Esto es lo de menos. Lo que Travesti pretende poner en primer plano es la ilusión de que la entrada de España en esos ámbitos económicos, regionales o mundiales, puede solucionar los problemas de estructura que caracterizan a nuestro país. En esas integraciones late la alianza del capital monopolista de

distintas zonas para diluir en vastos espacios las contradicciones que les ponen en peligro. Santiago Carrillo, en su Informe al VI Congreso del Partido Comunista de España, ha hablado de ello.

Es de notar que, en lo que a política económica se refiere, « Punta Europa » trabaja sobre tres ejes: el que hemos señalado ahora, apoyo de las formas de integración regionales o mundiales; el que vimos en primer termino: la seudoplanificación o « libertad controlada »; y, por último, el de defensa de una política que incluye el Plan de Estabilización franquista.

Vamos a hablar de esta última.

En el número 40, página 25, leemos, en un comentario al Plan Rueff:

« Los mayores ataques de M. Rueff (durante su estancia en Madrid) han sido dirigidos contra la inflación, fenómeno que da lugar a un nivel de vida completamente ficticio » (4).

Esto coincide con la justificación oficial que del Plan de Estabilización español se ha dado. Consúltese la Revista « S. P. » en la que se resume el discurso de Navarro Rubio ante las Cortes y se expone el fondo de esta argumentación anti-inflacionista.

« Punta Europa » se alinea, pues, con la nueva política económica del régimen.

En los comentarios de « S. P. » al discurso de Navarro Rubio quedan claros los objetivos del Plan: preparar la entrada de España en los organismos de integración europea; facilitar las exportaciones; disminuir el consumo interior — ya raquítico, como lo reconoce la misma « P. E. » — restringir el crédito y ponerlo al servicio de los intereses monopolistas, eliminando por asfixia las empresas « marginales ».

Se trata de una redistribución de la renta, canalizándola hacia aquellos sectores de la industria altamente concentrados, que aprovecharon, en la coyuntura anterior, la inflación con idénticos fines.

Un Plan de liquidación, de limpieza. La burguesía nacional ya siente sus efectos.

Todo esto « Punta Europa » lo suscribe. Es lo que vamos a ver en el artículo del señor Funes, « El Plan español de estabilización económica », número de Junio del 59.

El articulista, tras una serie de consideraciones banales, viene a situar nuestro Plan dentro de una tendencia general « occidental » que consistiría en la repudiación de las concepciones keynesianas, en una vuelta a la ortodoxia. Retorno a la convertibilidad, confianza en el libre cambio, grandes áreas sin fronteras aduaneras. Hasta aquí, nada nuevo; hace un año el ministro de Adenauer, Erhart, nos había dicho lo mismo: confianza en los mecanismos automáticos.

Esta vuelta atrás, lo es, sólo, en apariencia. Los lazos que la oligarquía financiera ha entretejido, las posiciones que ha ocupado, le permiten hoy, tras los años de inflación, hablar de liberalismo económico.

Funes, en su artículo, al hablar de la inflación — página 97 —, que ahora parece ser la causa de todos los males (hace sólo cuatro años, la « inflación controlada » era considerada en los medios de los economistas burgueses como el instrumento seguro de una expansión ininterrumpida), apunta la otra dirección de los Planes de Estabilización: estabilización por la austeridad, y ésta por el bloqueo de salarios. Partiendo de la archicriticada teoría del ciclo infernal, piensa el autor que al eliminar los aumentos de salarios podrá frenarse la inflación, estabilizándose los precios.

Integración, deflación, ésas son las directrices económicas que animan a « P. E. ».

Hay que señalar, contra lo que el señor Funes pretende, que esta « nueva orientación económica » no responde a ninguna innovación de carácter teórico. El practicismo y la hipocresía de la burguesía lo han hecho todo. La inflación y explotación era la más adecuada. Ahora, vuelta atrás, para enjugar los desequilibrios.

### « PUNTA EUROPA », LAS ORDENES TEUTÓNICAS Y EL « DRANG NACH OSTEN »

Donde aparecen con mayor claridad los intereses concretos, materiales, el carácter de clase y el núcleo ideológico que animan a « P. E. » es en los comentarios que Juan Alba hace en torno a problemas de política internacional. Vamos a analizar algunas de estas páginas.

Juan Alba es un campeón de la guerra fría, con visos de amargura y de mal profeta.

« El año que empieza — el 59 — deberá ser un año de ofensiva occidental. No se trata de provocar la guerra caliente, sino de tomar la iniciativa en la fría » (P. E. n. 37, pp 11—12).

La guerra fría es, pues, un elemento básico, la atmósfera en que el articulista concibe el desarrollo de la vida política internacional. Y esta atmósfera de tensión no la ve J. Alba como algo exterior, fatal, impuesto por las circunstancias, sino como la plataforma que Occidente debe conservar para el feliz desarrollo de sus planes.

En este horizonte erizado de cañones, la conferencia de alto nivel celebrada en Ginebra por los Ministros de asuntos extranjeros, « murió de muerte natural » y Alba se felicita de ello.

Corolario o complemento de dicha posición es la que sostiene en el número 41, donde se dice:

« Una real coexistencia pacífica, se verá una vez más, que es imposible, sólo que esta vez Occidente debe decidirse en la iniciativa de la guerra fría ».

En el mes de mayo del 59 era difícil, incluso para un hombre como Alba, no darse cuenta de que los vientos habían cambiado. Lo que en el número de enero le parecía una pesadilla, de la que ningún girón quedaba en el aire — la Conferencia de alto nivel en el mes de mayo se le impone como algo ya inevitable. En esta nueva situación, Alba sigue luchando por sus objetivos:

« Con una Conferencia cumbre o no .. nos encontramos en un momento en que algo debe cambiar, en el sentido de la inflexibilidad amenazadora por parte de Occidente. En eso tendrá el honor de tomar la iniciativa el mayor poderío del mundo, los EE. UU., para honrar así el puesto mundial que ha logrado ocupar .... y hoy puede hacerlo con mayor facilidad puesto que Europa está unida. (el subrayado es nuestro, J. V.)

Guerra fría, nada de conferencias, inflexibilidad y Santa Alianza. Acción de gracias por la « unidad europea ». Los elementos políticos son claros.

En primer lugar conviene señalar algo que al lector no avisado pudiera escapar. Este terror a todo entendimiento o forma pacífica de resolver los problemas que tienen en litigio los países socialistas y los capitalistas, no es el producto de una tozudez enfermiza, ni siquiera, al menos en primer plano, el miedo a la

contaminación ideológica. Tampoco por razones ni sutilezas de orden teológico, como sería de esperar. Lo espiritual está determinado, incluso en espiritualistas de tan alta alcurnia como nuestro J. Alba, por intereses materiales que es preciso poner en claro, desenmascarar. Es de interés notar que, al mismo tiempo que se nos propone la guerra fría, la política de Foster Dulles « avanzar hasta el borde de la guerra », que se ponen de nuevo sobre el tapete las cartas de la Gran Cruzada, del « Drang nach Osten » teutón o hitleriano, al mismo tiempo se nos habla de un elemento político y económico íntimamente ligado a tales proyectos de agresión: la integración en el Mercado Común.

Guerra fría, rearme, Europa Unida. Este es el eje de la maniobra. Veamos los intereses materiales que se « santifican » bajo la advocación de Occidente y cultura occidental.

La Revista « U. S. News World Report » de Junio del 50, lanzaba un rayo de luz sobre las entrañas de la Santa Cruzada:

« Justo cuando podía pensarse que el « boom » se acababa, la guerra de Corea ha abierto un nuevo período de « boom » ... una situación propicia a mantener un elevado nivel de negocios. Los acontecimientos de Corea han enterrado la crisis ».

La misma publicación, el 23 de abril del 54, decía:

« La bomba H representa, para los negocios, un largo período de inversiones masivas ... una perspectiva de actividad económica ».

H. Claude en el número 16 de la revista « Problemas de la Paz y del Socialismo » expone, con claridad, el fenómeno que se da en el mundo capitalista de militarización de las economías nacionales. En los EE. UU. nos encontramos con que los gastos militares en el presupuesto de 1949 representaban el 1.307% de los del presupuesto de 1939.

Los países de la NATO han gastado en el rearme:

1949	—	18.723 millones de dólares
1953	—	64.014 millones de dólares
1958	—	59.944 millones de dólares

Esta militarización de la economía tiende a crear un mercado para las industrias que se encuentran en dificultad, y es un factor utilizado para aminorar las fluctuaciones del ciclo. Ahora bien, este remedio estabilizador crea a su vez dos problemas: la inflación galopante y el empobrecimiento de las masas que pagan el rearme. Todo ello no es sino un aspecto de esa redistribución de la renta nacional, hecha en beneficio de los monopolios.

Juan Alba y con él « P. E. » se sitúan en las perspectivas de los intereses de ese capital monopolista, cuyos beneficios no pueden sostenerse a un nivel elevado en un mundo de paz.

\*

Un segundo problema que suscitan las « meditaciones » de J. Alba es el de ver por qué una posición tal como la que sostiene respecto al problema de la coexistencia, del desarme, se articula con la que adopta en torno a la cuestión del Mercado Común.

Alba considera la integración económica europea como el reverso de una moneda cuyo anverso es la organización política de la reacción europea en torno al eje París-Bonn.

« Construyéndose cultural, económica y militarmente este bloque en el centro de Europa, las perspectivas de una devastadora guerra se alejan (!) y al mismo tiempo se aproximan las perspectivas ... de la liberación de los 120 millones de europeos puestos bajo la tiranía de la nueva clase ».

La organización política y económica de esa Pequeña Europa tiene un contenido puesto ya de relieve en diferentes estudios, venidos en especial de los economistas marxistas. El Mercado Común aparece como una construcción que sirve a los intereses de las ramas de la industria altamente concentradas, monopolistas en suma. En este sentido, determinados intereses monopolistas son el eslabón que une la política de rearme y la de integración económica.

En el número 16 de la citada revista, « Problemas de la Paz y del Socialismo » bajo la pluma de Alberdi, leemos:

« Si los imperialistas lanzan la idea de mercados regionales es con el fin de ampliar los mercados de las empresas industriales... asegurar mercados a la producción industrial de los países más avanzados en los menos desarrollados, incluso a riesgo de frenar el desarrollo de la industria nacional de estos últimos ».

Los análisis dedicados a las ambiciones de los monopolios italianos, en el mismo lugar que acabamos de citar, ponen de relieve que lo que éstos buscan es la construcción de un triángulo Bonn-París-Roma, triángulo de armamento, encuadrado en la más vasta construcción de la Europa Unida.

Alba y « P. E. » no deliran al proponer el recrudecimiento de la guerra fría y la urgente construcción del Mercado Europeo. La raíz común a ambas empresas es la defensa de intereses perfectamente determinados: los de la oligarquía financiera.

\*

En Abril del 59, en el n. 40 de « P. E. » la orientación a que Alba nos tenía acostumbrados ha sufrido un ligero retoque. Ya no se trata de una Europa Unida, hierro de lanza apoyada en los EE. UU. Esta Europa, según Alba, — y en cierto modo tiene razón — parece no contar ya, incondicionalmente, con los anglosajones. El viaje de Mac Millan a Moscú y ciertas resistencias americanas levantan gritos de escándalo. Y Alba presenta la nueva línea defensiva:

« El triángulo de la última resistencia del mundo libre, París-Roma-Bonn, será un hecho... A las concesiones extraeuropeas contestará el endurecimiento europeo ».

Las contradicciones que existen entre los asociados del « mundo libre » han minado, en cierta medida, las viejas alianzas. La economía americana presenta síntomas de cansancio; existen divergencias entre los Seis y los Siete; síntomas de desintegración nos los ofrece el Plan De Gaulle del Petróleo Francés.

Estas contradicciones, y la fuerza adquirida por el mundo socialista, van volviendo a la razón a los más avisados, van desmontando el andamiaje agresivo, y la coexistencia pacífica se abre paso, mientras naufraga la política de las situaciones de fuerza. Sólo los más testarudos continúan amenazando y se encierran en los últimos rincones tácticos que les quedan.

Las perspectivas de J. Alba se cierran en el fuego, y no el del Paráclito, como sería de esperar, sino en el fuego purificador del hongo atómico.

\*

Hemos escogido algunos trabajos para hacer esta presentación y para facilitar el análisis de las tendencias que se integran en « Punta Europa », así como para poner de manifiesto cuáles son los intereses que en ella se defienden, a qué exigencias ideológicas responde la publicación.

Hemos señalado aquellas orientaciones que, en el mundo en que vivimos, son las más caracterizadas. Quizá hayamos simplificado. Podrían señalarse otros trabajos en los que el contenido, netamente reaccionario de la publicación, aparece

desarrollado conforme a líneas teóricas ligeramente divergentes de las que acabamos de indicar. En el fondo, dichas divergencias no son sino síntomas de falta de coherencia teórica en el bando de la reacción, o incluso de divergencias a secas.

« Punta Europa » aparece como una publicación en la que alientan con gran claridad las ideas y orientaciones de los grupos monopolistas y de sus ideólogos. El « Opus Dei » es una de las armas políticas de la oligarquía y « P. E. », uno de sus órganos teóricos.

Decíamos al principio que el « Opus », y en consecuencia « P. E. », se pretenden representantes de una *tercera fuerza*. En efecto, dicha fuerza existe en la medida en que el desmoronamiento de la Falange ha obligado a la oligarquía a reformar el perfil de su frente de lucha, para intentar continuar en el poder.

Esta « tercera fuerza » constituye un repliegue táctico de la oligarquía. Cambio de forma, sin duda, de la dictadura de las camarillas que detentan el poder.

A su vez, incluso dentro de la oligarquía, en los momentos actuales, existen contradicciones, y el « Opus Dei » y la « tercera fuerza » serían el instrumento en manos de una de esas fracciones.

Ahora bien, esta descomposición de las formas dictatoriales fascistas, en cuyo desarrollo se sitúa en un primer plano un autoritarismo más o menos toológico, no debe hacernos olvidar que, en el interior de ambas, actúan contenidos idénticos.

Este contenido subsiste y es precisamente lo que hay que pulverizar para dar los primeros pasos, por muy limitados que sean, en el camino de la democracia. En este sentido, la lucha contra la dictadura exige luchar contra cualquiera de las formas de enmascaramiento que la dictadura adopte para intentar sobrevivir.

**Juan Valdés**

(1) « Punta Europa », n° 40, abril del 59, en su editorial

(2) « El Contrato social », lib. II, cap. I

(3) Ch. Bettelheim — « Problèmes théoriques et pratiques de planification ». P. U. F. París. pág. 19

(4) Lo admirable es que en la página anterior a la aquí citada — 24 del n° 40 de « P. E. » — leemos: « El equilibrio en España entre los ingresos normales y el costo de vida se hace cada año más difícil de alcanzar ».

## CARTA SOBRE «SONATAS»

Queridos amigos:

Permítanme que, por una vez, les escriba un comentario cinematográfico. Lo hago, simplemente, como espectador de películas, no como crítico del séptimo arte. Creo que, de vez en cuando, conviene tener en cuenta la opinión de los espectadores, del público — esto es: del pueblo —, destinatario lógico de cualquier obra de arte. El hecho de que hoy, en el mundo «occidental», se escriba, cada día más, para escritores, se haga cine para cineastas, etc., y el hecho, no menos cierto, de que, en ese mundo, se ofrezca al pueblo drogas y bazofia, en lugar de arte, no hacen más que reflejar la descomposición de un sistema cultural, el capitalista; pero no invalidan el derecho de los lectores, espectadores, etc., a exponer su opinión. El alejamiento progresivo de las grandes masas del mundo de la cultura, alejamiento premeditado y fomentado por múltiples procedimientos, justifica, hasta cierto grado, que los miembros de las capas intelectuales de la sociedad desdeñen la opinión popular sobre asuntos de su competencia. Se puede imaginar el poco interés que ha de tener un gran poeta o un buen director de cine en escuchar la opinión de un lector de novelas del Oeste y del FBI o un espectador satisfecho de «westerns» o de «cuplés». Pero, cuando el lector o espectador no se ha dejado drogar, ese gran poeta, o buen director, haría mal en no escuchar lo que aquél tiene que decir, pues, en tal caso, la opinión popular viene a ser el aire puro de la calle, entrando en la atmósfera viciada y sofocante donde, por lo general, se mueven los intelectuales.

El comentario que quisiera hacer se refiere a «Sonatas», la última película de Bardem. Como todo el mundo, a pesar de que soy completamente ajeno al mundillo cinematográfico, «sabía» ya, mucho antes de que se estrenara, que era una película «mala». Como las anteriores realizaciones de este director, «Sonatas» había ido a un festival internacional. Debido a ello, los críticos de la prensa española, salvo excepciones, nos comunicaron su decepción; al mismo tiempo, y sin disimular su satisfacción, nos comunicaron la análoga decepción de la crítica extranjera. Por otro lado, como siempre ocurre con las películas de Bardem — antes de estrenarse, antes de verse en sesiones privadas, antes de realizarse, antes de que el guión esté escrito, cuando sólo es proyecto o germen: en todas sus etapas —, ya se conocían sus «fallos» en las tertulias y cafeterías, gracias a los «enterados», gente que vive del cine o que aspira a vivir de él.

A pesar de todo, fui a ver la película con unos amigos. Al salir, alguien comentó:

- Pues no es tan mala.
- Qué va.

Lo mismo parecieron pensar los críticos de los periódicos franquistas que, suavizando su criterio del Festival, tuvieron que decir que «había muchas películas españolas peores», «que estaba bien hecha», «que tenía momentos felices».

Queridos amigos: «Sonatas», a mi juicio, es una película más de Bardem. En nuestro panorama artístico hay ya un nuevo producto con características propias: la película Bardem. ¿Qué es una «película Bardem»? Para la crítica cosmopolita, una película que, a pesar de ser española, ha asimilado la última moda cinematográfica mundial, llámese ésta neorrealismo, joven ola o como quiera llamarse. Para los críticos franquistas, una película técnicamente buena, pero tarada por la «obsesión social y política del realizador». Para los «enterados», una ocasión para que Bardem gane un dinero que podrían haber ganado ellos o, por lo menos, en el que podrían haber participado. Para los espectadores como yo, una película de Bardem es, ante todo, una obra de arte.

El gran valor del cine de Bardem es que consiste en arte. Pero hay que añadir más. Nuestra época, que presencia el dominio creciente del hombre sobre la naturaleza; que empieza a ser, por primera vez en la historia, una época verdaderamente humana, se caracteriza también, a pesar de las interpretaciones pesimistas de las clases declinantes, por la aparición de un arte nuevo, un arte que se esfuerza por ser consciente de sí mismo. Por razones que ignoro, y no obstante las dificultades enormes que se oponen a ese arte en nuestro país, Bardem es un ejemplo de artista que se esfuerza en esa dirección. Por eso sus obras, en lo esencial, tienen poco que ver con la última moda del cine mundial. Por eso se diferencian también de las obras de «arte social», «comprometidas», obras que, aunque me resultan muy simpáticas, considero productos de cierta confusión ideológica. Por eso son cualquier cosa menos intentos ilegítimos de enriquecerse; ¡extraña manera de enriquecerse en el país del cine folklórico y alfonsodoceañista!

El artista consciente es el que procura aclarar — aclararse a sí mismo, principalmente — qué es el arte, qué función social realiza, qué es el artista y cómo se justifica filosóficamente su actividad creadora. Es el que sabe las fuentes donde se nutre su arte — la realidad social y natural — y el que sabe también que la obra artística volverá a esas fuentes, para enriquecerlas o envenenarlas. Pero eso no basta; sabiendo sólo eso, el arte se queda en la semiconsciencia. Para que sea completamente consciente, el artista ha de saber también que necesita estudiar a fondo esa materia prima — la realidad social y natural —, conocer sus leyes, dominarla. Y, al mismo tiempo, conocer, estudiar y dominar, cuanto más mejor, la técnica de la transmisión de sus hallazgos a los lectores o espectadores. Hasta aquí, todavía no existe la obra de arte; para que surja, es necesaria, además, la sensibilidad individual, insustituible, del artista, que convierta esa materia prima, así conocida, estudiada y dominada, en luminosa y palpitante belleza. A través de esta última exigencia la obra de arte nueva, de nuestro tiempo, prosigue la tradición de todo el arte universal anterior; pero se diferencia de él en que es consciente de su sometimiento voluntario a la realidad insoslayable que nos circunda, por fin conocida y dominada. Un aspecto importante de esta visión general del arte consciente de nuestro tiempo es el que se refiere a su «utilitarismo». El artista consciente sabe que su arte, salido de la realidad, va a volver a ella, convertido en obra de arte, y va a contribuir a transformar esa realidad de diferentes maneras: enriqueciendo la sensibilidad humana, aclarando problemas de toda índole, impulsando tendencias, polarizando entusiasmos; convirtiéndose, en suma, en un factor del desarrollo social. De ahí, la tremenda responsabilidad del artista consciente: él sabe que no hay «arte por el arte» — fórmula que justifica cualquier estupidez afortunada; él sabe que no hay arte irresponsable; él sabe que, si vende su grandeza futura por el plato de lentejas momentáneo, perderá su primogenitura de arquitecto de almas.

Perdónenme, queridos amigos, esta digresión. Era necesaria para lo que sigue. Desde «Cómicos», todas las películas de Bardem han demostrado que



él es uno de esos artistas conscientes a que me he referido. La etapa anterior, la que se inicia con « La pareja feliz », estaba compuesta por obras menores, y no es ahora el momento de ver por qué. Concretándonos a « Sonatas », no veo motivos para cambiar de opinión, a pesar de las críticas nacionales o extranjeras, escritas o cuchicheadas.

« Sonatas » es una historia de la lucha por la libertad vista a través de una conciencia humana: la del Marqués de Bradomín. ¿El personaje de Valle Inclán? Lo que sabemos de él, por las Sonatas de D. Ramón, es únicamente la serie de sus aventuras amorosas. Bardem, asiéndose a esa faceta de una vida humana, reconstruye su existencia concreta: la de un miembro de la aristocracia española, sin dinero y con blasones, en los comienzos del siglo XIX. La sociedad que le corresponde, la que hubiera podido justificar su vida plenamente, es la sociedad feudal en descomposición; no hay ya mundos que conquistar, ni batallas que ganar a ningún rey davivoso, ni botín que perseguir, ni grandezas que soñar, ni religión en que sea provechoso creer. La única posibilidad positiva es incorporarse a la nueva sociedad que nace, a la revolución, a la libertad. Pero las energías vitales de Bradomín, sin posibilidades objetivas en el plano social, dada su conciencia reaccionaria, se vierten en aventuras intrascendentes de juego, de burla, de amor. Este Bradomín no es el de Valle Inclán; es el de Bardem y, si nos dejamos de beatorías culturales, tendremos que reconocer que este Bradomín es más completo, más humano, más real que el de D. Ramón. Valle Inclán está, esencialmente, en la película, en esas imágenes maravillosas, decadentes, del parque del Pazo; en el sensualismo lánguido de las escenas amorosas; en la endemoniada y los pasajes de los exorcismos; en el México romántico y revolucionario; en los personajes femeninos del film. Es curioso que reprochen a Bardem no haber sido fiel a Valle Inclán los mismos que impedirían hoy desarrollarse a un nuevo Valle Inclán: los franquistas de la censura y de Arias Salgado.

Pero sigamos. « Sonatas » es una historia de la lucha por la libertad en un marco concreto: el de la reacción fernandina, el de la « década ignominiosa » de 1823 a 1833, cuando fueron ejecutados Riego, El Empecinado, Torrijos, Bazán y Mariana Pineda, cuando las libertades recién nacidas fueron aplastadas por los Cien Mil Hijos de San Luis, cuando los « apostólicos » querían ser más fernandistas que Fernando VII, cuando los liberales emigran como pueden a Francia, a Inglaterra, a América. Esa es la realidad que constituye la materia prima de la obra de Bardem. Y Bardem la ha estudiado a fondo y nos la ha transmitido bien, con una técnica expositiva bien dominada, que nos va mostrando el señor feudal interesado en conservar sus privilegios de antaño, a sus fuerzas sometidas por el miedo o la superstición, al puñado de guerrilleros acorralados pero no sometidos ...

Pero « Sonatas » es, también, la historia de una conciencia humana: la de Bradomín. Una conciencia disponible que va evolucionando desde el principio al fin de la película. Cuando Bradomín ve a los ahorcados por la Junta de Purificación — primera escena —, sólo piensa en cambiar sus botas. Cuando se incorpora a la batalla mexicana — escena final — culmina esa evolución. Nos vamos enterando de ella de una manera tan natural que casi no la percibimos. La decisión brusca con que termina la película es provocada por muchos choques sentimentales, sufridos por Bradomín, que se van acumulando durante toda la película: el marido de Concha explicando fríamente cómo piensa explotar los sentimientos religiosos de algunos guerrilleros; el asesinato de éstos en la playa; la muerte de Concha; la ley de fugas del patio de la cárcel mexicana ... Todo un proceso que Bardem nos va contando cinematográficamente, en silencio, magníficamente ayudado por Rabal. Ese proceso, necesariamente, tiene que culminar, hacer crisis, saltar; casi está a punto de hacerlo cuando vemos el intento de detención del general revolucionario mexicano. Y hace crisis, efectivamente, por fin, al final de la película, de una manera lógica, en el momento en que la historia narrada llega al límite de su intensidad artística, en un estallido final.

Un español, que pertenecía al viejo orden que muere, se incorpora a la revolución, se salva socialmente, mientras la lucha por la libertad, por un mundo mejor, por la gran familia humana, prosigue en los campos de México y en los de España y en el mundo entero.

Es difícil encontrar hoy en nuestra patria alguien que conozca y domine con tanta profundidad los temas que elige y la manera de desarrollarlos — esto es, de transmitirlos. Como espectador, comprendo que una película está bien hecha técnicamente cuando no veo la técnica, cuando ésta se ha hecho transparente, como el agua, y me permite ver el fondo con toda claridad. No voy a descubrir, por eso, aquí, la maestría técnica de «Sonatas». En eso, por lo menos, parecen estar todos de acuerdo. Únicamente, además de lo señalado, he de decir que hay momentos en la película en los que las imágenes cobran vida propia, duplican su contenido, y nos transmiten otros temas, sin dejar de servir al tema general. Así, cuando el teniente del ataúd escapa por las marismas, su desesperación nos entra en la sangre, al verle acorralado por los jinetes, corriendo por los charcos, frente a la lejanía infinita del mar. Así, cuando el hombre de espaldas a la vida, Bradomín, marcha solo por la calle polvorienta del pueblo mexicano y, en dirección contraria, desfila el ejército de la revolución y marchan las mujeres y los niños para despedirlo y verlo partir. Así, cuando Bradomín está a punto de ser ejecutado dos veces por las masas revolucionarias, que se mueven por motivos sentimentales y apasionados — en el fondo, elementalmente justos —, y es salvado por los dirigentes revolucionarios, que canalizan la furia popular porque comprenden que no es necesaria, porque la vida no necesita el terror para imponerse; esto, en contraste con el terror reaccionario, que corre por toda la película, metódico, frío, organizado conscientemente por los dirigentes de la reacción que, sin terror, no pueden vivir. Del mismo modo, me parece un lenguaje cinematográfico estupendo el empleado en la batalla y en el contraste amoroso-macabro del convento.

Así he visto «Sonatas» y así puede verla quien tenga ojos para mirar. Pero, además, los que hemos vivido plenamente estos últimos 20 años de historia española vemos más. ¿Cómo no identificar a Bradomín con tantos tipos marginales de la actualidad, que cabalgan sobre el cinismo, porque la vida les ha dejado atrás y no se atreven a incorporarse a ella? ¿Cómo no recordar otros guerrilleros, también acorralados, tampoco sometidos, en esos campesinos, intelectuales, estudiantes y oficiales gallegos? ¿Cómo no pensar en nuestros exiliados de hoy? ¿Cómo no recoger el mensaje heroico de la invitación de «Sonatas»? ¿Cómo no sentir en esos torturados y esos presos el dolor, la tortura y las cárceles de hoy?

Si «Sonatas» es como la he visto yo, ¿cómo explicarse el juicio adverso tan general? Por lo que respecta a la crítica internacional, me figuro que obedece a su radical incompreensión de nuestra patria y sus problemas. Le gustó «Muerte de un ciclista» y «Calle Mayor» porque parecían encajar en sus preferencias formales. El cine español se vestía a la moda de cualquier Christian Dior cinematográfico. «La Venganza» ya no le gustó. ¿Qué le decían a ella las dificultades e ilusiones de una cuadrilla de segadores? En cuanto a «Sonatas», Jean de Baroncelli, el crítico de Le Monde, por ejemplo, hubiera querido que Bardem hiciera «una especie de «western» (sic) histórico, de epopeya picaresca, tumultuosa y un poco loca», un film «donde Stendhal hubiera debido dar la mano a Cervantes». Confieso que mi inteligencia no llega a comprender del todo el deseo de Baroncelli; pero sí, que éste apunta a un blanco muy lejano del elegido por Bardem para realizar su película.

Por lo que se refiere a los críticos franquistas, léase la crítica de Gómez Tello en «Primer Plano». Esa es la crítica que hubieran firmado muchos si tuviesen el valor suficiente para ello, si no temieran verse descalificados por sus colegas del exterior. ¡Triste mundo éste donde ni siquiera se puede ser ya, tranquilamente, reaccionario! La responsabilidad de esos críticos es grande en estos momentos

en que el cine español está amenazado de muerte por la invasión americana y que debían ser los de la defensa nacional de nuestro cine, uno de cuyos valores máximos es Bardem. Curioso patriotismo que se reserva para reivindicar a Fernando VII y que se utiliza para traicionar la patria de hoy.

Los «enterados», esos que viven o aspiran a vivir del cine, detractores de Bardem, deben reflexionar. Deben, ellos también, intentar ser conscientes y conocer, así, las causas de su murmuración. La producción artística, como cualquier otra producción, no escapa a las leyes económicas de la sociedad capitalista. En ésta, la competencia feroz, el monopolio, la lucha por posiciones ventajosas, tienen su correlación, en el plano moral, en los ataques innobles, en la envidia, en la codicia, en la zancadilla rastrera, en el arrivismo más repugnante. Sobre todo, en el cine, donde dos o tres películas de éxito pueden permitirle a uno el darse una vida de «burgués». Entre esa gente, sin duda, hay despistados que, de buena fe, creen defender buenas causas al apoyar a los más «enterados». A ello contribuye la confusión ideológica, que es necesario superar. A ello contribuye el contagio propagado por los críticos cosmopolitas, formalistas, e, incluso, franquistas, contra el que deben vacunarse nuestros jóvenes talentos si quieren, de verdad, cuajar. Pero, sobre todo, el intelectual joven, consciente, que deseamos para nuestro pueblo, debe arrancar de cuajo las yerbas venenosas del resentimiento pequeñoburgués, que, en lugar de luchar por sus intereses contra el verdadero enemigo — la oligarquía financiera —, lucha contra su aliado, contra su hermano, por el mero hecho de que haya tenido más suerte que él.

¿Quiere esto decir que Bardem no necesita críticas? Nada de eso. Al contrario; precisamente el hecho de que Bardem sea un intelectual consciente le obliga — y en qué medida — a someterse a una implacable crítica, no sólo de lo hecho, sino también de lo que aún tiene que hacer. Pero las críticas que yo conozco, procedentes de esos tres frentes de ataques, no son críticas, son tonterías. Ante la importancia de «Sonatas», ¿qué valen las críticas de los «enterados» sobre el dinero gastado, el mal negocio, las concesiones en la elección de artistas, la exageración al caracterizar a los malos, la pedantería de que «esa película yo la veo en negro y no en color», etc.? ¿Qué valen los puntos de vista arcaicos en el arte, que están muy bien para esos «enterados», pero que harían retroceder a Bardem a una etapa muy superada ya por él?

Personalmente, lo único que no me ha gustado de «Sonatas» son los bichos que salen entre las campesinas alucinadas y los ejercicios aéreos de los indios mexicanos. Todo lo demás, que sería más o menos razonable en otras circunstancias, carece de importancia frente a lo que ese cine significa hoy, en un ambiente hostil, en la amarga y gloriosa coyuntura española actual.

El temor que nosotros, los espectadores también conscientes, sentimos, cuando oímos hablar así de una nueva película de Bardem, es el de que éste sea vencido por las peculiaridades de la situación. Pensamos que Bardem debe sentirse casi asfixiado por las dificultades y, a la vez, seguro de sí mismo, con toda su capacidad creadora lista para marchar. En esas condiciones, la tentación de eludir su responsabilidad artística debe ser muy fuerte para él. El que Bardem eligiese ese camino fácil sería una gran desgracia; pero, en primer lugar, una gran desgracia para él. Bardem podría vender al mejor postor su maestría técnica, sus grandes conocimientos teóricos, incluso, su sensibilidad artística. Lo que no podría vender sería su conciencia. Y ésta le estaría repitiendo, constantemente, que se había hecho traición a sí mismo y a los que creen en él. Y le diría también que sus películas habían dejado de ser obras de arte, para convertirse en guardarropía, más o menos bella, en falsedades ornamentales o en escapatorias vergonzosas. Por eso casi estamos seguros de que Bardem seguirá donde está. De que podemos desechar ese temor.

M. ARRAZOLA

## NOTA SOBRE LA CENSURA

La censura en la España franquista es como un gran pulpo que desde el 18 de julio de 1936 se ha ido desarrollando y ha ido adquiriendo tentáculos con los que poder ahogar toda expresión de libertad, por pequeña que esta sea. La España de Franco sabe bien hasta qué punto le es preciso evitar cualquier resquicio por el que pueda asomar el más leve signo de verdad.

En los departamentos de censura (que no todos están centralizados en Madrid sino que se multiplican en provincias hasta formar ese monstruoso pulpo que es la censura de la censura, y así hasta el infinito), mandan esos pobre burócratas franquistas, a sueldo de la policía, que igual tachan un escote de la Brigitte Bardot, el nombre de Rafael Alberti, la cita de un librepensador o la noticia de Ankara que puede recordar el propio malestar nacional.

Sin embargo y desde siempre, la inmensa mayoría española ha levantado frente al pulpo censor el ingenio, la destreza y la necesidad de decir de una forma u otra la verdad y nada más que la verdad. Y más reciente, los signos de que ya no bastan la destreza y el ingenio, sino la lucha activa, van adquiriendo su importancia. La Sociedad de Autores, por ejemplo, en diversas asambleas, ha aprobado resoluciones protestando de las injusticias de la censura y de los infortunios del teatro español. Las asociaciones de editores, por su parte, han mostrado oficialmente su disconformidad con los métodos que no sólo estropean libros editados sino negocios industriales. Como es lógico la cabeza del pulpo, el Sr. Arias Salgado, recibe a unas y otras comisiones, pero evita los compromisos y, habitualmente, trata de engañar. Sin embargo, los engaños, en esta hora de la descomposición franquista, ya no bastan. De nuevo, autores teatrales demandan una libertad. Y los editores, por su parte, y los responsables de publicaciones periódicas por la suya, no cejan de exigir la desaparición de un mal tan conocido y disparatado. A esos gestos y tomas de posición se han unido, recientemente, los directores y guionistas cinematográficos, que en asambleas respectivas, han aprobado por unanimidad y elevado « a la superioridad » un escrito que encabezan estas líneas bien elocuentes:

*« La actuación de la Censura Cinematográfica española, en el pasado y en el presente, han hecho culminar un estado de profunda preocupación entre los profesionales de la cinematografía española y muy especialmente entre los encuadrados en los sub-grupos de autores-guionistas y directores-realizadores del Sindicato Nacional del Espectáculo, sobre los que gravitan más específicamente los dictámenes de dicha censura.*

*« A lo largo del tiempo se ha venido estableciendo un continuo diálogo entre dichos profesionales, mediante el cual se ha podido decantar hoy una postura colectiva de atención y estudio de los abundantes problemas que se producen en el choque de la expresión cinematográfica con la censura.*

*« Este sub-grupo de autores-guionistas viene examinando desde hace mucho la posibilidad de encontrar una solución que resuelva, de un modo claro y concreto, ese constante litigio de los guionistas y directores cinematográficos con las autoridades censoras correspondientes.*

*« Así, colectivamente y como tal sub-grupo de autores-guionistas, nos permitimos señalar a la atención de la Dirección General de Cinematografía y Teatro, las conclusiones que resumen sus puntos de vista y que, conjunta y solidariamente, aprueban, apoyan y presentan ».*

Esta muestra es una más de las crecientes que frente a la censura los intelectuales españoles desarrollan. El problema de la censura, mientras tanto, está cada vez más ligado al problema del régimen franquista. Sólo el triunfo de las libertades políticas y de expresión y el restablecimiento de unas normas de convivencia nacional podrán obtener la liquidación de una censura no por arbitraria menos injusta.

P. V.



**LIBROS Y ARTICULOS SOBRE LA LITERATURA  
ESPAÑOLA PUBLICADOS EN CHECOSLOVAQUIA  
EN LOS AÑOS 1953 - 1957**

Esta breve bibliografía incluye los libros y artículos más importantes relativos a la *literatura castellana*, que se han publicado en Checoslovaquia en los años 1953—1957. No se toman en cuenta traducciones checas y eslovacas de obras literarias españolas ni prefacios y estudios que las acompañan, ya que estos trabajos serán objeto de otra reseña bibliográfica nuestra. Tampoco se citan obras de carácter puramente histórico o político cultural. En la reseña se emplea la abreviatura ČMF, Časopis pro moderní filologii, Revista de Filología moderna, publicada trimestralmente por la Academia Checoslovaca de Ciencias.

**LIBROS**

Oldřich Bělič: *Vicente Blasco Ibáñez. Jeho názory na společnost a jeho umělecká metoda.* (V. B. Ibáñez. Sus conceptos de la sociedad y su método artístico.) Nakladatelství Československé akademie věd, Praha, 1953, 215 págs. Es una monografía, cuyas cuatro partes principales analizan la situación de España en los tiempos de Blasco Ibáñez, sus conceptos de la sociedad, método artístico y relación entre él y la generación del 98. La mayor atención está dedicada al análisis de la evolución ideológica del escritor, cómo se manifiesta ésta en su actuación pública y especialmente en sus obras. Del análisis se desprende que Blasco Ibáñez no pertenece a la generación del 98 ni ideológica ni artísticamente. (El libro fue reseñado por K. Uhlíř en ČMF, 36, 1954, págs. 220—224.)

Oldřich Bělič: *Cervantes uv Don Quijote. Jeho smysl a význam.* (Don Quijote, de Cervantes. Su sentido y significación.) Orbis, Praha, 1955, 76 págs. La primera parte del libro, publicado con motivo del 350 aniversario de la primera publicación del primer tomo de Don Quijote, recapitula la vida y actividad literaria de Cervantes. La segunda parte analiza su Don Quijote y contesta a tres preguntas formuladas por el autor: 1. ¿Cuál es el sentido de esa parodia de las novelas caballerescas?. 2. ¿Qué es lo que Cervantes critica en la sociedad contemporánea?. 3. ¿Cuáles son los valores positivos que plantea en su obra?. Respuestas: 1. Con su parodia de las novelas caballerescas Cervantes condena también la ideología de esas novelas y la clase que la sustenta. 2. Cervantes somete a una crítica despiadada a todo cuanto está ligado a la sociedad decadente del pasado,

así como a todos los elementos negativos de la nueva sociedad naciente. 3. Los nuevos ideales, por los cuales Cervantes lucha, son: libertad, igualdad y justicia.

Vlado Oleríny: *Cervantes*. Slovenský spisovateľ, 1955, 139 págs. Es otra monografía que contiene los siguientes capítulos: Introducción. La época. El Siglo de Oro de la literatura española. La vida y la personalidad. Las Novelas ejemplares. La novela sobre Don Quijote. Cervantes y la actualidad. (Reseñado por J. Boor, en Slovenské pohľady LXXI/1955/ págs. 1200—1202, y por O. Bělič, en Kulturný život XI /1956/, N° 6.)

## MANUALES

Oldřich Bělič: *Dějiny španělské literatury I*. (Historia de la literatura española I.) Statní pedagogické nakladatelství, Praha, 1957, 183 págs. Historia de la literatura española en el período del auge del feudalismo (desde mediados del siglo XII hasta finales del siglo XV.) (Reseñado por Zd. Hampejs en ČMF 40, 1958, págs. 122—124, y en Bulletin hispanique /en prensa/.)

Zdeněk Hampejs: *Průhled dějin španělské literatury*. (Esbozo de la literatura castellana.) Studijní a informační ústav odborného školství, Praha, I., 1957, 118 págs., II., 1958, 105 págs. Antología de la literatura castellana desde el Cantar del Mío Cid hasta la actualidad, con introducciones crítico-literarias en español.

Vladimír Hvíždála: *Ukázky z moderní španělské literatury*. (Trazos escogidos de la literatura española moderna.) Studijní a informační ústav odborného školství, Praha, 161 págs. Antología de las literaturas hispanoamericanas y de la española modernas.

## ARTÍCULOS DE HISTORIA Y CRÍTICA LITERARIA

Oldřich Bělič: *Kotázce „nepravého“ Dona Quijota*. (Apuntes para el problema del « falso » Don Quijote.) Sborník vysoké školy pedagogické v Olomouci — serie Jazyk a literatura, I, 1954, págs. 89—100. El autor analiza el Don Quijote de Avellaneda y, confrontándolo con el de Cervantes, demuestra el profundo abismo ideológico que separa a las dos obras.

Oldřich Bělič: *K problematice španělského kritického realismu*. (Sobre los problemas del realismo español crítico.) ČMF 38, 1956, págs. 11—19. El autor divide el realismo crítico /burgués/ español en tres períodos: años 50 y 60 del siglo XIX /período preparatorio/; años 70—90 /período de auge/ y las tres primeras décadas del siglo XX /período de decadencia y el del nacimiento de las condiciones para la creación de un realismo de tipo superior/. Define, además, tres características de ese realismo en España: 1. la de las tres corrientes que corresponden a las tres orientaciones de la vida política española; 2. la de ser marcadamente optimista; 3. la de faltarle grandes tipos artísticos.

Oldřich Bělič: *Třídní proudy ve starší španělské literatuře*. (División de clases manifestada en la antigua literatura española.) ČMF 35, 1953, págs. 84—99. El elemento más fuerte, genuino y creador en la literatura española medieval es el popular. La aristocracia cosmopolita es menos original y está más expuesta a influencias extranjeras. Tomando en cuenta la evolución de los géneros literarios, la literatura medieval en España es divisible en dos períodos como la Reconquista; la línea divisoria se remonta a la segunda parte del siglo XIII.

Oldřich Bělič: *Nesmrtelný Don Quijote*. (El inmortal Don Quijote.) Literární noviny, 16 de abril 1955. Este artículo fué escrito en ocasión del 150 aniversario de la primera edición del primer tomo de la obra de Cervantes.

Zdeněk Hampejs: *Španělská poesie žije*. (La poesía española vive.) Kultura 1957, N° 5, pág. 9.

Zdeněk Hampejs: *Juan Ramón Jiménez*. Světová literatura, 1957, N° 5, págs. 60—61.

Zdeněk Hampejs: *350. výročí prvního vydání Cervantesova Dona Quijota*. (El 350 aniversario de la primera edición de Don Quijote, de Cervantes.) ČMF 38, 1956, pág. 177. (En el artículo se resumen los trabajos realizados en ocasión de ese aniversario en Checoslovaquia.)

Eduard Hodoušek: *J. K. Tyl jako první český překladatel Calderóna*. (J. K. Tyl, dramaturgo checo, primer traductor checo de Calderón.) ČMF 39, 1957, págs. 1—8.

Jaroslav Rosendorfský: *Vyroci nesmrtelné knihy*. (Aniversario de una obra inmortal.) Host do domu, 1955, págs. 231—233. Habla sobre Don Quijote.

**ZDENEK HLMPEJS**

(Praga)



MINISTERIO  
DE CULTURA